

Mundo Argentino

20 centavos en
toda la República

Año XXV - Nº 1289
OCTUBRE 2 de 1935

El niño de la escuela

Siento una enorme tristeza cuando veo las rejas de una cárcel o las puertas de una mala escuela. Dos cárceles.

Una es el corolario de la otra; la ignorancia produce el crimen: la mala escuela produce la cárcel.

Los pueblos tienen un corazón: la escuela.

¿Queréis suprimir la cárcel? Ponedle dentro una escuela.

De noche se iluminan las calles a causa de los ladrones. ¿Queréis seguridad? Iluminad los espíritus y apagad los faroles.

Es para las almas delicadas un cuadro doloroso ver a las criaturas durante seis horas en las escuelas, sentadas, inmóviles. El niño, cuyo organismo físico y moral requiere imperiosamente la agitación, cuya sangre es áspera, viva, inquieta, petulante; el niño, que es todo hecho de alegría virgen, de movimiento rápido, de vibraciones aladas, no puede estar durante un día entero estúpidamente contrariado en una posición incorrecta.

¡Pobres flores!

Se les obliga a estar doblados sobre un libro árido, seco, abstracto; se les inquieta con el reposo forzado; y cuando, soñolientos y cansados, levantan los ojos del libro, que no entienden, para mirar por la ventana a un pedazo de cielo, encuentran ante su mirada, húmeda y tierna, la mirada dogmática de un profesor pedante.

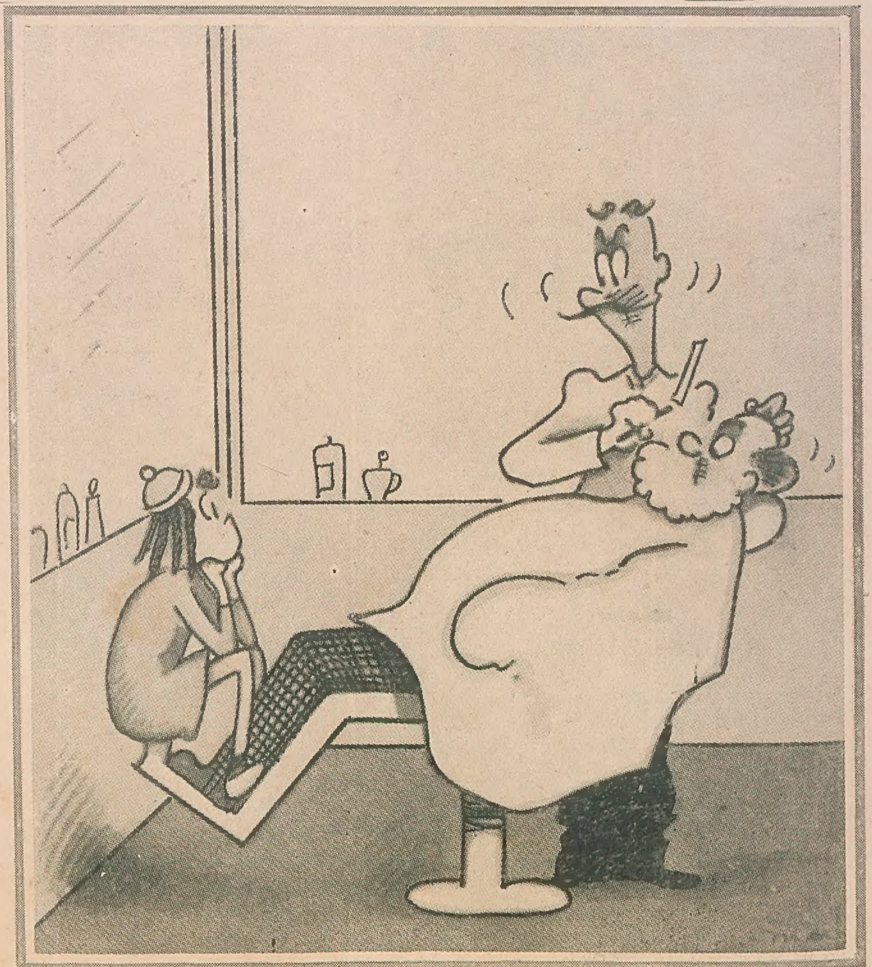
¡Por Dios! Dejad correr a los niños, saturadlos de luz, equilibrad su sistema muscular y su sistema nervioso; dadles fuerza, armonía, movimiento y libertad.

¿Queréis modelar la escuela? No copiéis la cárcel. Imitad al niño.

Por eso, cuando los niños salen de las clases tienen una alegría vibrante, radiante, alucinada: gritan, saltan, trepan a los árboles, roban los nidos, apedrean perros y gatos, corren, desaparecen, vuelan como pájaros que huyen de la jaula.

¿Vuelan? Sí, la alegría tiene alas.

Guerra Junqueiro.



¡LULÚ!...

Por MARGE (Nueva York)

SALPICON



—...Este para mí..., éste para usted..., éste para el Museo de Historia Natural.

(De "The New Yorker", Nueva York)

Proverbios indios

La mujer coqueta es como la sombra: si la sigues, te huirá; si la huyes, te seguirá.

* *

El cielo da a la tierra lluvia bienhechora; la tierra no da al cielo sino polvo.

* *

La paciencia es la llave que, tarde o temprano, abre todas las puertas.

* *

El gato es un tigre para el ratón; pero a su vez es un ratón para el tigre.

ANECDOTARIO

Cuando su expedición al desierto, destinada al sometimiento de los ranqueles, el general Mansilla se vió en muchas ocasiones sin más alimento para la tropa que la carne de potro.

Esta aceptaba resignada "el manjar", pero había un oficialito que no se avenía al régimen.

—Abre el apetito esa carne — decíale el jefe para animarlo.

—Es que yo no tengo apetito, jefe.

—Fortalece la dentadura — insistía.

—Si yo no tengo dentadura.

—Fortalece el estómago.

El oficial se quedó callado; entonces Mansilla le dijo:

—No me querrá decir también que no tiene estómago...



EN EL PAIS DE LOS ANTROPOFAGOS

—Vuestro rey es viudo, ¿verdad?

—Sí. Un día, jugando al ajedrez, se comió la reina.

(De "Estampa", Madrid)

● ●

Entre las personas de su familia contaba don Guillermo Perrín con un allegado que tenía pujos de actor, pero que nunca había pasado de hacer papelitos de escasísima importancia: entrar con una carta, decir que la comida estaba dispuesta, etc. Siempre papelitos insignificantes.

Una vez hubo de recomendarle Perrín a un empresario, y preguntó éste:

—¿Qué sabe hacer su recomendado?

Y Perrín, rápido, contestó:

—Confetti.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION:

Mundo Argentino, Semanario Ilustrado	REPUBLICA ARGENTINA: CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR: TODA AMERICA Y ESPAÑA	EXTERIOR: DEMAS PAISES
1 año (52 números)..	$ % 9.—	$ % 11 —	$ % 15.—
6 meses (26 „)..	„ „ 5.—	„ „ 6 —	„ „ 8.—

Dirección y Redacción:
RIO DE JANEIRO 300
U. T. 60, Caballito 1020 - 29

OFICINA DE AVISOS Y SUBSCRIPCIONES:
Avenida Diagonal
ROQUE S. PEÑA 655
U. T. MAYO (38) 2012, 2013 y 2031 al 2033.

Mundo Argentino
SEMANARIO ILUSTRADO
Buenos Aires 2 de Octubre de 1935
APARECE LOS MIÉRCOLES



NUESTRO PROXIMO NUMERO

FUNDADOR:
ALBERTO M. HAYNES

Hay que comer carne... sí, pero hay que ponerla al alcance del pueblo

La última fórmula propuesta por la Junta Nacional de Carnes para resolver el problema ganadero argentino, parece ser la de "coma más carne". Es indudable que con ello se beneficiaría la salud del pueblo, al paso que se aliviaría el problema ganadero, pero la cuestión debe ser encarada con un criterio eminentemente práctico y empezar por el principio: poner la carne al alcance del pueblo.

Apremiado por la crisis que sembró el desasosiego entre los hacendados del país, el gobierno instituyó hace dos años la Junta Nacional de Carnes, dotándola de recursos propios y con funciones específicas, para tutelar las negociaciones de ganados. Entraba en tales funciones la de "organizar en forma permanente, en el exterior del país, una propaganda de carácter comercial con objeto de mantener los mercados actuales o ampliarlos y de conquistar otros nuevos", y la de organizar asimismo una propaganda análoga dentro del país para

"PROPENDER POR TODOS LOS MEDIOS A SU ALCANCE AL MAYOR CONSUMO Y ABARATAMIENTO DE LAS CARNES".

El primer paso en este último sentido fué dado la semana pasada, mediante una ceremonia solemne, en un local de la calle Florida, y con la contribución de un profesor, sabio dietólogo encargado de exaltar el valor alimenticio de la carne, rica en proteínas y en hierro, y, por consiguiente, indispensables a una sana nutrición del organismo. Sólo que para orientar esta propaganda, es necesario, a su juicio, "conocer la producción de carne de cada raza en relación con la alimentación y la zona del país donde se cría", determinar las "diferencias nutritivas de las diferentes partes del animal", estudiar la carne desde "su triple faz química, histológica y coquinaria", y establecer la oficialización de los cortes y la de su denominación "para evitar equívocos en la venta al detalle". Como se ve, todo un vasto plan de investigación cuyo cumplimiento requiere la creación de

UN "LABORATORIO DE CARNES" QUE FUNCIONARIA DENTRO DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE LA NUTRICION, YA EXISTENTE.

Es lo inevitable entre nosotros. Iniciativa que surge apareja la consiguiente fundación burocrática, que en este caso costearía, por supuesto, la Junta de Carnes. En el país donde anualmente se sacrifican entre lanares y vacunos alrededor de doce millones de cabezas, y donde bastaría regular la distribución y el precio de la carne para aumentar considerablemente el consumo, vamos a entrar a averiguar el "rinde" de un ternero puntano comparado con uno de Pehuajó, o el poder vitamínico de la falda comparada con la carne de lomo. Como si no hubiera zonas enteras del país donde la carne bovina es un lujo y otras donde es muy mala y muy cara, y otras donde es francamente inhallable. Tanto que lo del "hueso para gustador" con que sazonan el caldo en algunos pueblos pobres de las provincias del Norte es algo más que una historia divertida. Sin contar con que en el país de la carne, más de una vez, los inescrupulosos fabricantes de embutidos se han embarcado en la aventura de fabricarlos con carnes de dudosa procedencia. De modo que

SERIAMENTE ENCARADO EL PROBLEMA NO PUEDE CONDUCIRNOS A ESA DISPUTA DE SI SON GALGOS O PODENCOS.

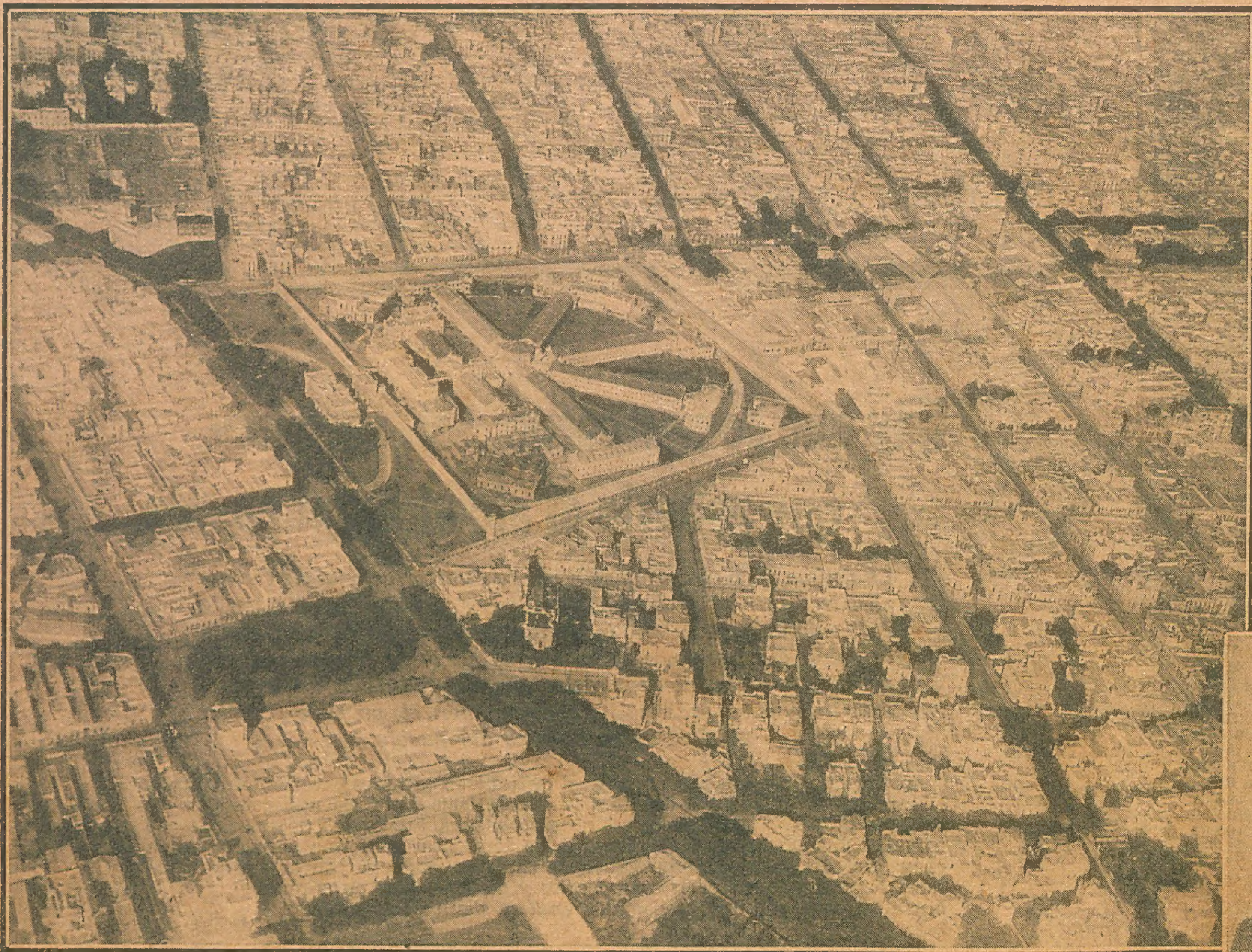
Para que el pueblo coma carne, para aumentar el consumo de ésta, hay que abaratarla y hacerla llegar a todas las poblaciones del interior del país, utilizando los recursos que ahora tiene en sus manos la junta aludida. El carnicero de las ciudades que tiene que vivir con la reventa de una media res, no es el más indicado para abaratarla. Y mientras no la abarate, el pobre seguirá consumiendo su polenta o amasando su pasta para llenarle el estómago a su prole. Y toda propaganda que no arranque de aquí, por elocuente que parezca, estará destinada al fracaso. Si nuestras clases humildes están mal nutridas porque comen poca carne, no es porque necesiten las conclusiones de un laboratorio que las adoctrine sobre la cantidad de hierro o de proteínas que contiene un buen churrasco. Comen poca carne, o ninguna, porque mucha gravitaría a la larga sobre el presupuesto mejor defendido, cuando la familia es numerosa.



El problema CARCELARIO data de la

Según lo prueba esta reseña de

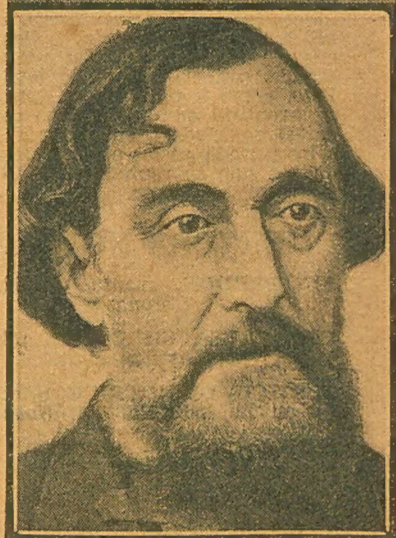
Raúl Goldstein



Vista aérea de la Penitenciaría Nacional, que permite apreciar lo compacto de la población circundante.



Enrique Ferri, el gran penalista italiano, cuyas ideas suscitaron acalorados debates entre sus colegas. El fué quien dijo que en nuestro país no había cuestión de clases.



General Bartolomé Mitre, durante cuya presidencia se habilitó, como cárcel, el caserón de la calle San Juan, que hoy sirve para alojar a las mujeres procesadas, condenadas y a las menores huérfanas.

CADA día se acentúa más la necesidad de trasladar los presos de la calle Las Heras a establecimientos más adecuados con las exigencias sociales de readaptación y aprendizaje, condiciones de la moderna ciencia carcelaria que lleva el estudio del delincuente a límites imprevistos y altamente beneficiosos.

El estado actual de esa misma ciencia convierte a la Penitenciaría en un sistema vetusto, si no pernicioso, pues es remoto el provecho para el preso y la sociedad de las medidas de previsión y reeducación requeridas.

Otro de los argumentos que se esgrimen con justicia para propender a la eliminación del caserón de marras, consiste en su ubicación, porque el lugar que ocupa, densamente poblado, implica un serio peligro para el vecindario y un no despreciable factor de influencia moral para el mismo recluído: el saberse en el mismo núcleo de la ciudad.

Allí no es posible desarrollar el plan progresivo que señala la ley de la materia, que consiste en una escala de libertades paulatinas, desde la reclusión severa hasta la semilibertad, con lo cual se consigue acostumbrar al detenido a la vida provechosa de trabajo honrado, evitando a la vez el serio inconveniente de dar bruscamente la libertad a un preso — por ejemplo — de veinte años de vida restringida, para quien la libertad encandilaría tal como la luz al que estuvo mucho tiempo a obscuras.

DIRECTIVAS DEL NUEVO PENSAMIENTO

El estudio racional de las necesidades del detenido y la lucha por su readaptación al medio social del que fuera segregado a raíz de su delito, llega a conclusiones impensadas, pero altamente humanitarias.

La Dirección General de Institutos Penales, que ha estudiado intensamente el asunto, determina que la ubicación del penal debe estar alejado de los centro poblados, conviniendo construirlo en un campo de quinientas hectáreas, dentro del cual pueda establecerse el núcleo penitenciario, con quintas y talleres.

Indica también, como beneficioso, no hacer el establecimiento con una capacidad mayor de seiscientos hombres, que se clasifican considerando su mayor o menor peligrosidad. Clasificación que importa necesariamente a los constructores, pues se evitan de este modo los altos e innecesarios muros, clásicos de cada presidio, con el consiguiente ahorro de gastos.

Quizá se acelere la demolición de la Penitenciaría si se recuerda que existe la idea de levantar allí la Catedral de Buenos Aires; pero, sea como sea, ella debe desaparecer de esta capital y estar lejos de todo otro centro populoso.

ANTECEDENTES CARCELARIOS ARGENTINOS

Es tarea difícil abarcar en una simple reseña la evolución carcelaria argentina, pues no existen documentos ni referencias lo suficientemente coordinados y precisos que permitan seguir paso a paso esa evolución, principalmente a causa de la despreocupación habida entonces por todo cuanto significara preso.

EPOCA de la organización NACIONAL

En mérito a la verdad, no existía en los tiempos de la emancipación el *presidio*, propiamente dicho. Las penas de entonces eran de un rigor inhumano, y la condena a muerte era moneda corriente. Una prueba de esto es el bando del 4 de octubre de 1811, por el cual se condena a la horca a los que robaran dinero o efectos por más de cien pesos, y a diez años de "presidio" a los que robaran menos de esa suma.

Si bien en el bando se menciona el presidio, esa pena consistía en trabajos forzados, que se realizaban en las calles de Buenos Aires, empedrándolas con las piedras extraídas por otros presos que trabajaban en las canteras de la isla Martín García.

Los presos políticos, o de estado, iban al *fuerte*, situado, aproximadamente, en el lugar que ocupa hoy la casa de gobierno. En la plaza de Montevideo se recibía el resto de los condenados.

En todos estos lugares eran duramente tratados por los jefes, quienes los dedicaban a las tareas más penosas, excepto aquellos que por sus dotes intelectuales, podrían servir en las oficinas.

Los pueblos fronterizos, es decir, las avanzadas de la civilización contra el "indio infiel", servían de presidios, entre ellos Bahía Blanca, Patagones, Azul, Bragado y Fuerte Milincué, que hoy es San Urbano.

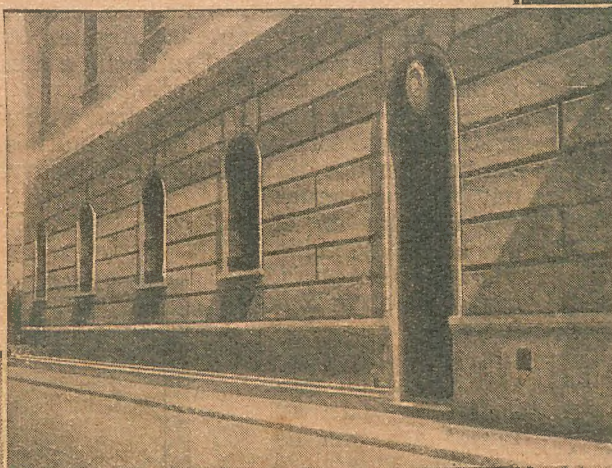
Los detenidos servían a la vez como peones y soldados, pues guerreaban con el indio y colonizaban esas regiones, hoy de las más progresistas.

El tratamiento que recibían era similar al sufrido por Martín Fierro.

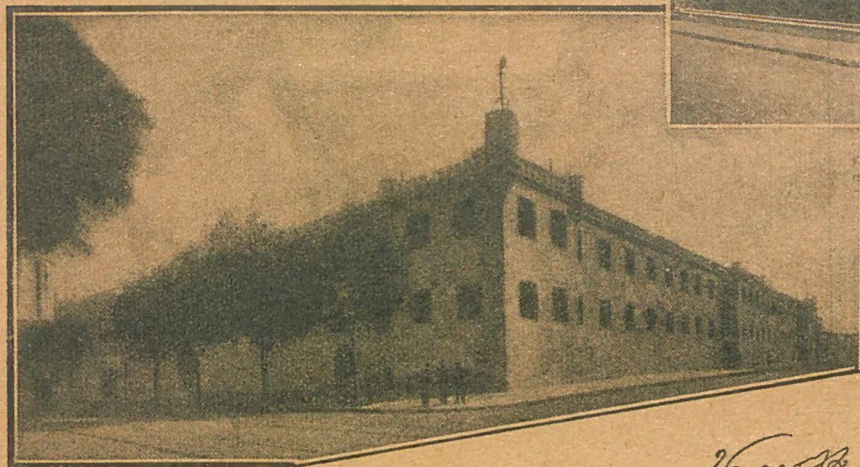
La primera cárcel, construída especialmente, fué la llamada de Oruro, levantada con el objeto de alojar a los detenidos de la sublevación de Tupac-Amarú. Al finalizar el siglo XVIII se habilitó la planta baja del Cabildo para cárcel. Allí se destinaron primeramente a los detenidos y encausados, pero más tarde se hizo una clasificación entre los presos, creándose la *cárcel de deudores*, llamada también *cuna*, por estar situada frente a esa institución de beneficencia, en un convento de franciscanos que fuera también la antigua universidad. Su ubicación actual correspondería a la esquina de Montes de Oca y Caseros, detrás de Constitución.



El histórico Cabildo sirvió durante mucho tiempo como cárcel. En el grabado, hecho por un autor contemporáneo, puede observarse la casa de la policía, en donde está hoy la Municipalidad.



Parte posterior del triple centenario convento de jesuítas, que hace setenta y cinco años no sirviera para cárcel de hombres, y que hoy es de mujeres y asilo de menores huérfanos.



Edificio de la Cárcel de Encausados, en Caseros y Pichincha. Antes fué convento, asilo de menores y mujeres, y luego prisión nacional.

26 agosto 908

Director de la Penitenciaría Nacional

Sono sinceramente ammirato per quello che ho visto di questo Penitenziario, nella sua forma esterna e, soprattutto, nella sua anima.

Il Direttore Ballvé ha saputo, con intelligenza veramente umana, conservare del sistema cellulare quello che esso ha di vitale e di utile, integrandolo con una efficace organizzazione del lavoro industriale, ed anche agricolo, e animandolo con una disciplina psicologica veramente ammirabile.

Questo penitenziario — anche quando si realizzeranno le proposte della scuola criminale positiva — resterà come uno dei modelli, degni di imitazione in ogni paese civile.

Enrico Ferri

Autógrafo del célebre profesor Enrique Ferri, dejado durante su visita a la Penitenciaría, en el año 1908.

Durante la tiranía de Rosas estos establecimientos aumentaron enormemente, creándose entonces las llamadas *crujías de Santos Lugares de Rosas*, a la manera de campos de concentración, donde los infelices que caían, si salían en libertad, salían enfermos o locos.

Tales eran de horrendos estos lugares, que no bien el país se dió su constitución, se apresuró a repetir las olvidadas palabras del decreto de 1811, que es más o menos, el artículo 18 de la Carta actual, con el agregado de prohibir toda especie de tormentos y los azotes y las "ejecuciones a lanza o cuchillo".

Es que había especial interés en garantir la seguridad personal, pues, mal que bien, todos los constituyentes habían sido vejados en carne propia, porque, según Sarmiento, "desde 1835 a 1840, casi toda la ciudad de Buenos Aires ha pasado por las cárceles".

LA ERA CONSTITUCIONAL

Advenida la organización federal, se continuó usando la *Cárcel de Cabildo* y la *Cuna*, o de deudores, sirviendo la primera para los acusados y condenados por delitos graves, y la segunda para los quebrados y simples contraventores.

Desde Paraná, capital de la Confederación, se dicta el 5 de febrero de 1855 el primer reglamento formal para cárceles, que sirvió para las de las ciudades y villas del territorio federalizado.

La provincia de Buenos Aires se preocupó intensamente en el problema, correspondiéndole el mérito de las principales mejoras.

Durante la administración del general Mitre, se gastaron 300.000 pesos en habilitar el caserón de un vetusto convento de jesuítas, situado en la ca-

(Continúa en la página 16)

Habíase resignado a su dolor, pero...

La MUJER

PERO, hombre; que no se diga! ¡Ríete una vez!

—¡Déjalo! ¡Qué va a reírse! ¡Si no sabe!

—Sí que sabe. Lo que debe ocurrirle es que no puede. ¿No ves que la risa se le ha petrificado en los labios?

Armando Rosman sufría en silencio las pullas de sus compañeros. Comprendía que ardían en deseos de saber las causas de su mutismo, y él se vengaba de todos no haciendo la menor referencia a ellas.

Y los días corrían, y aunque todos parecían olvidarse del mutismo de Armando Rosman, de cuando en cuando, por un azar cualquiera, alguien se lo recordaba.

—¡Qué cara de pocos amigos tienes, Rosman! ¿Es que te debemos algo?

—¿Por qué no seremos unos entes grotescos, para ver si nuestras deformidades te hacen gracia?

—¿Quieres que bailemos de cabeza ante ti, a ver si se te alegra el espíritu?

No había nada que hacerle. Armando Rosman seguía impertérrito, hierático como una esfinge, ante sus camaradas. Es verdad que conversaba con ellos, pero su aire era siempre doctoral, frío, y algunas veces hasta agrio. A ninguno de sus compañeros se le escapaba que había en su vida un gran misterio; que su corazón sangraría aún por una pena de amor lejana. En esto no se equivocaban. ¿Qué otra cosa que una gran pena de amor podía sumir a un hombre, joven como él, en semejante estado? ¿Qué otra cosa sino una pena de amor podía convertirlo en un pelele, en un autómata, en algo sin vida, a pesar de vivir?

Acompañaba un rato a sus camaradas en la tertulia nocturna del café, y luego regresaba a su casa; una casita modesta, como un relicario, en un barrio suburbano. Vivía en ella solo, conservando las habitaciones tal como habían quedado un día inolvidable; el día aquel en que la risa se había petrificado en sus labios.

¡Qué tragedia la suya! La recordaba a cada momento; pero evitaba toda ocasión de revelarla. Era como un secreto, como algo sagrado que debía respetar; y contarla a alguien era profanarla, llenarla de lodo, y él no lo haría jamás. Un 13 de junio fatal, hacía de ello nueve años, Margarita, su adorada compañera, había desaparecido del hogar. Lo había hecho misteriosamente, sin unas letras que lo explicaran.

La desaparición de su mujer no le habría afectado tanto de haber sabido que le abandonaba deliberadamente para ir a reunirse con otro hombre. En este caso la hubiera maldecido, y habría acabado por consolarse. Pero no había sido la suya una desaparición culpable, sino por el contrario llena de misterio. Había desaparecido vestida de casa: con batón y delantal. Esto pudo comprobarlo Armando al hacer el recuento de las ropas de su mujer, y lo consideró sorprendente. ¿Cómo, al marcharse, no se había cambiado, ni se había llevado una sola de sus alhajas? Pero esto no era todo; lo que más había contribuido a anonadarle, fué encontrar en la cocina, sobre un fuego casi consumido, una cacerola con un guiso a medio hacer.

El corazón de Armando Rosman había pasado por momentos angustiosos frente a este descubrimiento. Si Margarita le había abandonado para irse con otro, ¿se habría molestado en preparar la cena? ¿No se hubiera llevado sus alhajas, que eran suyas, muy suyas? Sobre todo, ¿no se habría puesto uno de sus vestidos de calle? Lo evidente, lo enloquecedor para el infortunado marido, era que su mujer habría sido raptada. Alguien habría llamado, a la puerta y al salir ella a atenderle, habríase consumado el atentado.

En vano dió cuenta a la policía; todas las gestiones que ésta realizó fueron inútiles. Como por aquellos días, casualmente, ocurrió un naufragio en aguas del Paraná, en el que habían perecido muchas personas, especialmente mujeres, que no pudieron ser identificadas, Armando quiso creer que su mujer era una de aquéllas, y la lloró muchos días y muchas noches pidiendo al cielo por ella.

La desesperación de los primeros días fué cediendo poco a poco, y acabó por resignarse a su suerte. Pero, no obstante, desde el momento de la desaparición de Margarita, no volvió a florecer la risa en sus labios. Parecía como que se hubiera olvidado de reír, ¡y hasta de sonreír! Perdió, asimismo, el amor a la vida y al trabajo, y si bien no se echó al abandono, fué porque, a pesar de todo, su corazón alimentaba una esperanza. No se resignaba a la idea de haberla perdido para siempre. Le parecía que un día, inesperadamente, Margarita surgiría ante él, tan sin mácula como la había dejado al salir para su empleo, aquella tarde fatal del 13 de junio.

La recordaba con veneración, con obstinación pueril. Las escenas íntimas se sucedían en su mente sin cesar. Su imaginación, volando a los días pretéritos, la veía siempre grácil y amorosa, dulce y resignada. El recuerdo más vivo, el que con más insistencia venía a su mente, era el de una tarde en que, al regresar él, ella lo recibió hundida en un sillón, con un gran aire de inquietud y de dicha en el rostro. A su pregunta ansiosa de: "—Qué te ocurre, Marga?", ella había entornado los ojos, musitando débilmente: "—¿No lo adivinas?"... ¡Ah! ¡Qué vuelco le dió entonces el corazón!... ¡Y qué angustiado lo sintió luego, al correr del tiempo, cuando tuvo la amarga certidumbre de que aquello había sido sólo una simple ilusión, algo peor quizá: una burla del destino, que no quería dejarles ser felices!...

Y así fueron pasando los meses y los años. Cerrado en un mutismo desesperante,

Por ELENA



del AUTO

. . . inesperadamente, había abierto de nuevo sus heridas.

nadie pudo penetrar su tragedia. ¿Para qué hablar de ella, si nadie sabría compadecerle más que con las trilladas frases de rigor? Además, él no podía profanar su dolor lanzándolo a lo largo de su camino. Lo guardaba oculto en el fondo de su ser, y lo guardaría allí hasta que, rompiendo su estrecha cárcel, lo ahogara.

Una tarde, al ir a la oficina, Armando Rosman vió pasar, en un auto veloz, a una mujer envejecida pero ataviada con todo lujo, que le arrancó una exclamación de asombro:

—¡Margarita!

El impulso que sintió de echar a correr tras el vehículo fué anulado por su mismo asombro. Permaneció largo rato como clavado en el suelo, viendo al auto perderse entre otros coches, allá lejos, a lo largo de la calle. "¿Era, en efecto, Margarita?" — se preguntó poco después, reaccionando. — "¿Era ella?" La duda, que por un momento pareció clavársele en el corazón, fué eclipsada de pronto por sus razonamientos. "Era ella, sí. De no serlo, ¿me habría sorprendido tanto? Además..., ella también, al verme, se sobrecogió, y hasta se volvió una vez a mirarme. ¡Era ella!"

Sin moverse de su sitio, como si, efectivamente, estuviera clavado en el suelo, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y que se le desgarraba el corazón. "Si es ella — se decía con angustia, — si no ha muerto, ¿por qué Dios la ha cruzado en mi camino? ¿Por qué Dios me da este nuevo dolor, cuando bastante tenía con el de saberla muerta; con el de recordarla a cada minuto? Esto quiere decir que..." Le dió miedo pronunciar la frase que le vino a los labios. No; su Margarita no pudo ser tan desleal, abandonándole para irse con otro. Sus pruebas de amor, su vivo agradecimiento no podían ser mentidos.

S. MUÑOZ



Una tarde, al regresar él, ella lo recibió hundida en un sillón, con un gran aire de inquietud y de dicha en el rostro.

Pensarlo era ofenderla, y él, él no podía inferirle semejante ultraje, siquiera en homenaje a las horas de placer que le debía. Aquella mujer que la fatalidad acababa de cruzar en su camino, no era ella, no podía ser ella. Su Margarita estaba muerta; había muerto aquel día fatal de su desaparición. De no haber muerto aquel día, ¿no habría vuelto a su lado, desengañada de la vida y arrepentida de su acción? La mente de Armando Rosman era un caos donde las ideas se sucedían rápidamente, chocando unas con otras, produciéndole un vivo dolor en todo el cuerpo.

"—¿Por qué, Señor, me das esta prueba, si no sabes si podré resistirla? ¿No tenía yo bastante dolor con el de mi soledad, con el de vivir consagrado a su dulce recuerdo, bendiciendo su nombre y proclamando sus virtudes?... ¡Líbrame, Señor, de esta nueva tortura! ¡Haz que pueda olvidarla, que pueda seguir creyendo en ella con toda mi alma! ¡Hazlo, Señor!"

Esa tarde no concurrió a su empleo. Su falta, inesperada, sorprendió a su jefe y a sus compañeros. ¡Era desusado aquello! ¿Armando Rosman faltar? Debía ocurrirle algo grave, porque no había faltado nunca, porque hasta enfermo había acudido a ocupar su puesto, en el alto pupitre, entre los libros comerciales. Y mientras el que más y el que menos le suponía en su casa, atado a la cama víctima de un mal grave, acaso mortal, Armando Rosman vagaba por las calles centrales como un autómata, procurando inútilmente poner paz entre sus ideas, que libraban infinitas batallas en su cerebro.

Así llegó la noche. Entonces, cansado, sentóse junto a una mesilla de un café de la Avenida, y pidió coñac. Tomó una copa tras otra, contra su costumbre. Cesó de beber cuando comprendió que ya había logrado dominar sus ideas, cuando se sintió como despertado de un pesado sueño que le había hecho sufrir mucho. Pero esto duró apenas unos instantes. En seguida tornó a obsesionarle el inesperado encuentro de aquella tarde. Tan pronto se convencía de que aquella mujer no era su Margarita, como se aferraba a creer que era ella. Esto, naturalmente, volvió a llenar de sombras su mente, y sus ideas volvieron a librar una nueva batalla. ¿Era o no era Margarita? ¿Cómo saberlo?... ¿Cómo averiguarlo?... ¡Ah!; se lo preguntaría a la almohada esa misma noche. ¿No dicen que la almohada es una gran consejera?

Con gran sorpresa de sus compañeros, Armando Rosman seguía faltando; ya llevaba tres días sin aparecer por la oficina. ¿Es que estaba en realidad enfermo? No; Armando Rosman había consultado su caso con la almohada, y la almohada le había iluminado. Desde la mañana siguiente se pasaba la horas muertas plantado en la esquina de la Avenida de Mayo y Bernardo de Irigoyen, saeteando todos los vehículos que pasaban, en la seguridad de volver a encontrarse con aquella misteriosa mujer que había transtornado su vida tan inesperadamente...; de aquella mujer que, por el lujo que ostentaba, sólo viajaría en automóvil...

FIN



se trata de un disgusto con papá o mamá porque te contrariaron en un capricho fútil o te prohibieron tus gustos inconvenientes. Ahora se trata de algo mucho más serio, de algo en que te juegas tu felicidad.

Por eso comencé hablándote de la coquetería. Este es tu gran defecto, querida Isabelita. Desde que tenías seis años te agradaba contemplarte largamente en el espejo. Ibas de puntillas al "toilette" de tu madre (que en la gloria esté), y allí te

Saber con toda exactitud de qué te acusa y qué advierte de reprochable en tu conducta, hasta el punto de haber ido transformando su amor en un sentimiento de hostilidad y desdén. Sin duda que Jorge te echará en cara, en primer término, tu irreflexiva coquetería. Y, como si lo oyera, te dirá así:

— La mujer casada no puede ser coqueta como la joven que busca novio, o como la novia que no está segura aún del amor de su prometido. Cuando éramos novios, tu coquetería tenía para mí un hondo halago, era hasta un motivo de vanidad para mi amor. Las miradas de admiración que te dirigían los demás, aunque me encelaban y atormentaban, me daban la medida de cuán hermosa y seductora eras... Era para mí un exquisito tormento el percibir que entre todos aquellos adoradores que se sentían felices con una mirada o una sonrisa tuya, me preferías a mí... Pero ahora, de casada, esas mismas coqueterías son peligrosas, y, aunque no haya mala intención en ti (quiero creerlo), me ponen en ridículo...

Esto es, querida Isabelita, lo que te diría, más o menos, Jorge, si tú tuvieras el valor y la humildad de provocar una explicación. En este caso — si es que quieres evitar lo irremediable — tú debes abrirle con entera sinceridad y cariño tu alma y disipar sus vagas dudas y cavilaciones. Nada de medias tintas ni piadosas mentiras. Has de explicarle el sentido candoroso y natural de tu coquetería. Prometerle renunciar a todo aquello que pueda ser motivo de la suspicacia de la gente y sea susceptible de inspirar sospechas y malentendidos. Sé que tú amas demasiado a Jorge y harás cualquier sacrificio por reconquistarlo. Yo haré lo demás...

La coquetería, que ofrece tantos motivos de vanidad a las mujeres, suele atraer muchos peligros en el matrimonio

POR

TERESA MEDINA DE CORTES

QUERIDA Isabelita:

En mis tiempos la coquetería era un pecado, del que nos absolvían los confesores no sin pedirnos un propósito de enmienda. Eramos coquetas con cierto candor, que realzaba esa ostentación juvenil con un hechizo delicado, del que no tienen idea las niñas de hoy. Yo creo, querida Isabelita, que no se puede ser verdaderamente coqueta con las modas de hoy. Todo eso se parece mucho más a la ostentación de las vedettes del cine o al desfile de candidatas de un concurso de belleza, que al delicado anhelo de agradar.

Por eso me explico la actitud de tu esposo. Conozco a Jorge tanto como a ti; y si hasta hace poco habéis sido felices, no creo que sea él únicamente el culpable del cambio de situación. Son injustos y antojadizos los reproches que le haces. No es Jorge un ser mezquino y tiránico, incapaz de comprender tu alma y tus sentimientos. Quien te ama tan profundamente, quien durante el noviazgo — según tu propia confesión — te dió infinitas pruebas de su delicada sensibilidad, de la más fina comprensión de tus ensueños, que se adelantaba a todos tus deseos y celebraba la gracia de tus travesuras, ¿cómo es posible que ese hombre haya cambiado, sin motivo, tan profundamente como me dices?

Temo, querida sobrina, que este primer disgusto serio de tu vida matrimonial pueda influir desastrosamente en el resto de tus días. No tomes las cosas locamente, con tu irreflexivo atolondramiento de soltera, pues ahora no peinabas, te empolvabas y ponías un innecesario carmín en tu roja boquita. ¿Por qué Jorge demuestra ahora en sus relaciones contigo ese aire de desconfianza, ese fastidio desdeñoso y ese aspecto insufrible de víctima, que a ti tanto te sublevan? ¿No habrá otras causas que, teniendo origen en tu coquetería, hayan inducido poco a poco a Jorge en la falsa sospecha de que tú ya no lo amas... y su casamiento contigo ha sido, por lo tanto, una gran equivocación?

Todo esto es lo que me obliga ahora a escribirte muy seria y muy claramente, querida Isabelita. ¡Renuncia a esa locura del divorcio y del abandono inmediato de tu esposo, como me anuncias en tu carta! Conmigo no cuentes para eso, ni te recibiré en mi casa a pesar de lo mucho que te quiero, si antes no has procurado una reconciliación con Jorge. Si éste persiste en su actitud, entonces ya veríamos de arreglar el delicado conflicto con mi intervención.

Has de procurar, antes de tomar resoluciones definitivas, una explicación completa, que despeje todas las dudas, sobre esa desconfianza y fastidio que ahora le inspiras a Jorge.

Invitaré a tu esposo a visitarme, una de estas tardes, y le hablaré largamente. Entretanto, quiero terminar esta carta dándote unos consejos: la coquetería, en otra mujer que no fueras tú, tendría, sin duda, un perverso sentido, sería un vicio odioso, que justificaría las dudas de cualquier marido. Te conozco bien. Eres en todo idéntica a tu abuela, que también hizo sufrir algo, por el mismo motivo, a tu enamorado abuelo. La coquetería es en ti un instinto, una naturaleza... y difícilmente podrás renunciar a ella, aunque te lo propongas. Necesitas esa atmósfera de admiración y adulación que rodea en los salones, fiestas y teatros a las mujeres deslumbrantemente hermosas. Después de casadas necesitan, para no sentirse envejecer, esa constante afirmación de su juventud y su hermosura. Por eso, con un esposo de las condiciones de Jorge, debes proceder con un delicado tacto para no herir sus lógicas susceptibilidades. Procura que esa afirmación admirativa de tu juventud y hermosura en los salones, halague el amor y el legítimo orgullo de tu esposo, en vez de inspirarle desconfianza y fastidio. Porque él no está celoso de tu primorosa coquetería — cuyo sentido candoroso conoce desde que eras su novia de seis años, — sino de ciertos indicios de preferencia hacia determinadas personas, que cree haber advertido en estos últimos tiempos. Y esto es lo que has de evitar a todo trance, si quieres ser feliz en adelante.

Te besa, tu tía *Teresa.*

PANORAMA SONRIENTE

Por FULVIO Fs. VUELTA



LA PAZ REINA EN LA JUSTICIA DE PAZ

Afortunadamente ya podemos anunciar la buena nueva. Litigantes de menor cuantía: ¡de pie! Agradeced al Congreso Todopoderoso el advenimiento de la paz, en la jurisdicción de trocha angosta. Ya se encarrilan los hombres y apenas se rozan los hasta ayer enconados y contradictorios intereses. Agradeced a los ejecutores—en el buen sentido de la palabra — de la dulce Ley, la mensura, amojonamiento y deslinde de los caminos que conducen a la obtención definitiva y fulgurante del Derecho.

Aquel sordo grito del pleitista en "Intereses creados" — ¡Señor juez, mi dinero, mi dinero! — ya ha perdido hasta el eco que llegaba aún a los intemperantes, a los turiferarios.

Acercaos sin temor a los altares temísticos y pedid—como en los cocktails-party de lujo—lo que queráis. Seréis servido al paladar y *a piacere*.

Rencores y querellas, vocinglerías y botellazos, coimas y recoimas, todo ha pasado a los sótanos de la historia.

A la historia y a la novela; pero, de cualquier modo, al archivo.

Justicia de Paz, en los días que corremos — y aun en los que no corremos—deben escribirse con mayúsculas, no solamente las iniciales sino también las de "adentro", así: JUSTICIA DE PAZ, como los letreros luminosos, sin amarretismo alguno.

¿Y por qué?

¿Por qué esta algarabía?

Cuando comenzaron a organizarse los frescos batallones que constituirían las Cámaras de la Paz, los Juzgados, las Secretarías, el oficialato, el auxiliarismo y el ordenanzazgo, el pueblo se estremeció con tal despligue de fuerzas armadas..., de balanzas, espadas y bastos simbólicos, que, aunque en miniatura, podrían ser un peligro capital para la Capital.

Y se alborotó más el cotarro de los futuros litigantes (paganinis de costumbre) al enterarse de las primeras escaramuzas que los batallones trabaron entre sí para conocerse, organizarse, plasmarse y comenzar la guerra santa contra la corrupción y el dolo acumulados en el fuero, y fuera de todo control hasta entonces.

Y creció el alboroto cuando las altas autoridades directrices, tocando a somatén, lanzaron sus agudos apóstrofes, jugaron a las quinielas los nombramientos, llamaron al orden a los *aquo*, fijándoles normas y horarios, y por último, inauguraron la era de las reuniones en pleno o semipleno para la producción de las acordadas o de las olvidadas que la prensa recogió con tanta premura como respetuosa consideración.

Y multiplicóse el alboroto cuando las camarillas comenzaron a ponerse serias y ya tenían sus acuerditos, sus desinteligencias, su jurisprudencita, y hasta un diarito que se reflejaba diariamente, como si se tratase de los tribunales verdaderos, los diminutos acontecimientos de sus resorte.

También todo eso ha pasado a la historia.

La justicia pacera, es, como Dios lo quiso, un lugar de agradable esparcimiento, una plaza de recreos infantiles.

Y digo lugar de apacible jolgorio porque a la exégesis y a la hermenéutica de los códigos, al laberinto de los procedimientos, a la mulatesca literatura judicial de los procuradores de parroquia — verdaderas catapultas cuyos proyectiles herían el cráneo de los sacerdotes de la diosa ciega y veleidosa en épocas "recién pasadas" — ha sucedido la mansedumbre de las partes, el acogimiento paternal de los juzgadores y auxiliares, y la ansiada sencillez de las resoluciones dentro de fórmulas fáciles de avenimiento.

Y todo mucho más barato.

En menos palabras y con mayor claridad: vívese allí una eglógica existencia.

Lo prueba el anecdotario que al margen de las serenas actividades se está formando.

¿TIENE LA AUTO-EJECUCION ALGUNA VENTAJA?

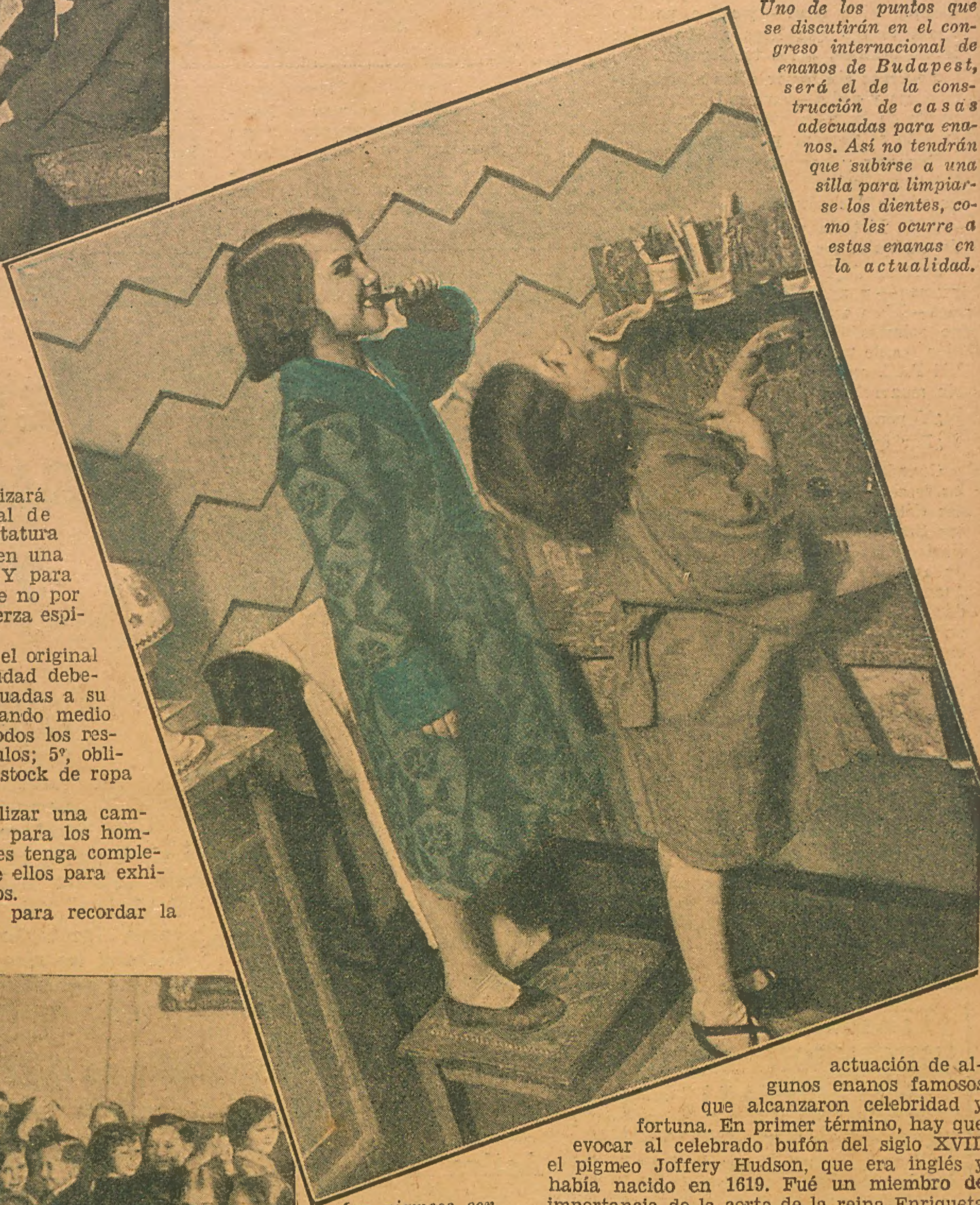
El asesino Pablo Voigemast, condenado a muerte por la Cour d'assises de Reval, en Estonia, se ha ejecutado a sí mismo, bebiendo el veneno que le alcanzó el verdugo. Es el primer caso que se recuerda en los anales criminales del país, de que un condenado a muerte acepte esta forma de ejecución. El médico que asistió al cumplimiento de la pena comprobó que la muerte fué instantánea. El veneno "servido" al asesino era cianuro de potasio.

Conviene agregar que el nuevo código penal estoniano, que entró en vigor el 1º de febrero de este año, previene que si el veneno no hace su efecto al cabo de cinco minutos, el condenado a muerte tiene que ser ultimado en la horca.

TAMBIEN LOS ENANOS TIENEN DERECHOS Y CELEBRAN CONGRESOS...



Los enanos son muy sociables entre ellos y gustan de frecuentar el café, donde leen los diarios y comentan los sucesos de actualidad. Aunque no lo parezca, se interesan mucho por la política internacional y quieren estar al tanto de todos los acontecimientos mundiales.



Uno de los puntos que se discutirán en el congreso internacional de enanos de Budapest, será el de la construcción de casas adecuadas para enanos. Así no tendrán que subirse a una silla para limpiarse los dientes, como les ocurre a estas enanas en la actualidad.

SI se cumple lo anunciado, en estos días se realizará en Budapest el primer congreso internacional de enanos. Los hombres y mujeres de pequeña estatura quieren demostrar al mundo que ellos constituyen una fuerza respetable, digna de ser tomada en cuenta. Y para esto nada mejor que cambiar ideas entre los seres que no por ser de escasa estatura, carecen de inteligencia y de fuerza espiritual para hacer valer sus derechos.

Entre los curiosos puntos que han de discutirse en el original congreso, figuran los siguientes: 1º, en toda gran ciudad deberán construirse casa especiales para los enanos, adecuadas a su estatura y necesidades; 2º, el derecho de viajar pagando medio boleto; 3º, una rebaja del cincuenta por ciento en todos los restaurantes; 4º, derecho idéntico en todos los espectáculos; 5º, obligar, por ley, a todas las grandes tiendas a tener un stock de ropa confeccionada especialmente para los enanos.

Como se ve, los liliputienses están resueltos a realizar una campaña contra la egoísta civilización, creada solamente para los hombres de estatura normal. Están cansados de que se les tenga completamente olvidados, y que solamente nos acordemos de ellos para exhibirlos en los circos o ferias populares como fenómenos.

No estará de más echar un vistazo a la historia para recordar la actuación de algunos enanos famosos que alcanzaron celebridad y fortuna. En primer término, hay que evocar al celebrado bufón del siglo XVII, el pigmeo Joffery Hudson, que era inglés y había nacido en 1619. Fué un miembro de importancia de la corte de la reina Enriqueta de Francia, y hasta el rey Carlos le dió el título de baronet.

Jeffery Hudson era un hombre de carácter. Cierta vez un gentilhombre llamado Crofts se atrevió a burlarse del bufón, y éste, que no soportaba insolencias de nadie, no titubeó en enviar los padrinos al gentilhombre. El ofensor, creyendo que se trataba de una broma, llegó al terreno del honor con una honda y varias arvejas: para vencer a un enano, suponía, no hacía falta más... Pero Hudson se presentó con un par de pistolas e hizo que su adversario empuñara una de ellas y se dispusiera a tomar parte en el duelo.

El resultado tuvo un final inesperado: el gentilhombre cayó con el corazón atravesado de un balazo. El enano se había vengado de



Los pigmeos son gente alegre y amiga de divertirse. Por eso se reúnen a menudo para entregarse al placer de la danza. La orquesta, como se ve, también está compuesta por enanos, y así evitan las sonrisas y los comentarios burlones de los hombres "normales".

Se reunirán en breve en Budapest, según nos cuenta en esta nota nuestro colaborador CARLOS J. MONTES



¡Buen apetito! Reunidos para celebrar el éxito de un cóngenere, los liliputienses hacen honor al sabroso chocolate y los bizcochos y masas. Correctamente vestidos y pulcros, los hombrecitos dan la impresión de ser unos niños que poseyeran el aplomo de la madurez.



Otro de los puntos que también han de discutirse en estos días en el congreso de Budapest es lo relativo a la ropa, de la que ellos piden que las grandes tiendas posean un stock adecuado a su estatura. De este modo los enanos encontrarán fácilmente la vestimenta que les conviene.

En algunas ciudades europeas hay hoteles que tienen habitaciones especiales para enanos, con camas, mesas y sillas construídas ex profeso. Pero, naturalmente, no abundan. Por eso los pigmeos que van a reunirse en la capital de Hungría reclamarán, entre otras cosas, la construcción de habitaciones para ellos.

las burlas que le hacía aquel hombre que le triplicaba la estatura.

Otro enano que alcanzó renombre universal fué el llamado general Tom Thumb, y cuyo verdadero nombre era Charles Straiton. Barnum, el empresario famoso, hizo un gran negocio con él, exhibiéndolo en las más importantes ciudades del mundo. Los monarcas le recibían en sus palacios como a un personaje que les honraba con su presencia. El pueblo lo llevaba en andas y un mundo de gente curiosa se apretujaba en la puerta de la sala de espectáculo donde se axhibía.

El general Tom Thumb terminó casándose con una enana, Lavinia Warren, a quien llamaban la "Princesa Lavinia". La ceremonia nupcial se efectuó con gran lujo. Y en poco tiempo esta pareja de pigmeos hizo una soberbia fortuna trabajando bajo la dirección de ese genio de los espectáculos que se llamó Barnun.

Para terminar, digamos que algunos reyes tuvieron la idea de querer crear razas de enanos, y que es famosa la unión de dos liliputienses patrocinada por Pedro "el Grande" de Rusia, quien hasta hizo construir carrozas en miniatura e invitó al casamiento a nada menos que noventa y tantos pigmeos. Pero todas las uniones entre enanos han resultado infecundas. Son fenómenos de la naturaleza que no pueden reproducirse, a pesar de los estudios científicos que se han hecho para lograrlo.

El congreso internacional de enanos de Budapest, cuya apertura se anuncia para estos días, ha de revelarnos tal vez muchos y curiosos aspectos de esta raza de hombres que comienza a reclamar sus derechos a una civilización que se ha olvidado de ella.



Son muy ordenados estos hombres de escasa estatura, y ellos mismos desean arreglar su equipaje cuando se aperciben para algún viaje, pues dicen que los "hombres grandes" lo echan todo a perder. Y acaso no les falte razón.

¿BODAS DE PLATA DEL SALON DE BELLAS ARTES O DIVORCIO DE ESTAS CON EL SALON?

Por JULIO AGOSTO

Aquellas personas afectas a las emociones fuertes, pero que odian las aglomeraciones frente a las pizarras de los diarios, los viajes en colectivo y la muchedumbre vociferante de las canchas de fútbol, me permito recomendarles una visita al llamado Salón Anual de Arte, actualmente abierto al público en el antiguo Palais de Glace, en la Recoleta.

La primera impresión que sufre el visitante, al transponer el umbral, después de haber pagado la pequeña suma de veinte centavos en concepto de entrada, es de placidez y soledad. El lugar es tranquilo, la luz es suave, la concurrencia escasa. Pero no hay que desanimarse. Al poco tiempo, y así que los ojos van familiarizándose con el ambiente, comienza el visitante a sentir las emociones deseadas. Desde todos los ángulos, seres deformes nos acechan. Mujeres monstruosas exhiben desnudeces inverosímiles; niños de madera con ropajes mineralizados, parodian el amor filial ante madres deshumanizadas; gauchos de hojalata tañen guitarras de "celotex" y parientes hidrópicos de las "quimeras" de Nôtre Dame juegan a las cartas...

BODAS DE PLATA EN PLENO DIVORCIO

Este año el Salón de Bellas Artes, conmemora con esta exposición su 25º año de existencia, Sus organizadores han querido enaltecer ese fausto acontecimiento celebrando esas bodas. ¿Bodas de plata de quién? ¿Del arte con el Salón? El arte está tan ausente de ese lugar, que hubiera sido más apropiado celebrar su divorcio.

APOTEOSIS DE LA NEGACION DEL ARTE

Decíamos, que en el Salón de este año el arte está ausente; lo está más que en ningún otro lugar del mundo. Sugiera el lector el sitio más triste, más sórdido, más sucio, y allí se hallará siempre alguna manifestación de arte. La miseria, la mugre la sordidez de los hombres, no lograrán jamás degenerar el milagro maravilloso de la luz transmutado en el color de la naturaleza. Pero cuando el hombre cierra sus ojos a la realidad o hace de su cerebro y corazón un laboratorio donde se manejan recetarios y se manipulan fórmulas caprichosas, la pobre naturaleza huye espantada y la parodia se adueña de ese insignificante mundo irreal.

ORIGINALIDAD A BASE DE RECETARIOS

Hacia adonde se dirija la vista, los monstruos humanos, las creaciones de pesadillas interminables, miran espantados al visitante sobrecogido. Y todos parecen haber surgido de la misma imaginación, haber salido de las mismas manos, haber germinado en la misma paleta. Sin embargo, las firmas que autentifican los despropósitos artísticos demuestran que allí hubo diversas manos y diferentes pinceles. Es la semejanza en los temas, en el dibujo, en el colorido, lo que desconcierta. Estamos ante un esfuerzo realizado por nuestros pintores para demostrar su originalidad, su afán de ser ellos mismos, vale decir, de no parecerse a nadie, y todos son iguales y se parecen entre ellos.

Han caído en una maravillosa originalidad colectiva, es decir, una originalidad falsa, porque en ella no hay personalidad de ninguna especie. Han querido ser originales, sin esforzarse por ser sinceros. Eligieron el camino más corto, la línea de menor resistencia, y se robaron unos a otros la receta del modernismo, falso marbete de originalidad. Esa receta exige, por ejemplo, que manos y antebrazos sean ampulosos y deformes; que los pliegues de las ropas sean de cartón o de hojalata; que la piel no sea lisa ni blanda, transparente o flexible, sino terrosa, apergaminada, opaca, insubstancial. Subconscientemente han ido declarando una guerra sin cuartel, y sin ninguna convicción que la justifique, a la línea y al color.

En otras palabras, pretenden transformar, con dos pesos de pintura y un peso de pinceles, la ley que rige la gravitación de los cuerpos y el espectro solar.



"ARRIEROS", por Enrique Larrañaga



"EL MUÑECO", por Emilio Centurión



"UN CANTOR", por Luis Tessandori



"LA MUJER DE LOT", por Raquel Forner



"FIGURAS", por Lino E. Spilimbergo

OYEN LLOVER, PERO NO SABEN DONDE

Nuestros pintores saben que en los centros artísticos europeos nuevas tendencias aparecen cada día, algunas de las cuales logran imponerse y acaso perduran en lo que poseen como noble y constructiva renovación artística. Pero parecen ignorar la razón básica de esos triunfos; se dejan llevar por simples referencias o por una impresión imprecisa de una apresurada visita a Europa. Y como el afán de pintar por hacer arte ha desaparecido por el de pintar para sorprender a las buenas gentes y aun a los mismos colegas, ya desaprensivos, nuestro Salón de Bellas Artes es lo que dejamos descripto más arriba.

Por otra parte, es fácil comprobar hasta dónde estamos en lo cierto.

La entrada cuesta veinte centavos. Vaya el lector; juzgue por su propia cuenta, y medite...

INFORMACION MENDOCINA



La Cámara de Comercio de San Rafael ofreció un banquete al gobernador de la provincia, doctor Guillermo G. Cano, con motivo de su reciente jira por el Norte de la provincia, asistiendo a la demostración numerosos representantes del comercio de la localidad.



En el local del Jockey Club se inauguró la Quinta Exposición Avícola, con la presencia del gobernador de la provincia, doctor Guillermo G. Cano, el ministro de Obras Públicas, el director general de Industrias y otros altos funcionarios.



También en Mendoza pronunció una serie de conferencias el filósofo hindú Krishnamurti, a quien vemos en esta fotografía después de la disertación que dió en el Círculo de Periodistas. A la izquierda del conferenciante aparece el doctor Arturo Orzábal Quintana, su eficaz intérprete en todas las conferencias que está dando en nuestro país.



Entre los niños de la Maternidad José Federico Moreno se realizó un reparto de ropas enviadas por el Círculo de Damas Mendocinas, adherido a la Confederación Nacional de Beneficencia. He aquí las madres de los pequeños que se vieron favorecidos en el reparto.



Lunch ofrecido al ingeniero Luis A. Serra, presidente de la Liga Mendocina de Football, al entregársele un carnet vitalicio como testimonio de simpatía y reconocimiento al presidente de la mencionada institución.

Fotos López Medina

ACTUALIDAD METROPOLITANA



Acaba de batir el record mundial de vuelo invertido el piloto argentino Francisco Aroza, quien realizó la hazaña en 4 horas y 25 minutos, volando desde Paraná a Buenos Aires. En la fotografía de la izquierda vemos al aviador poco después de haber descendido del avión en Seis de Septiembre, felicitado por amigos y colegas, y en la de abajo se reproduce la escena de la llegada al aeródromo, apenas tocó tierra el aparato, entre las aclamaciones jubilosas de los espectadores.



Organizado por la Sociedad Rural Argentina, se llevó a cabo en el frigorífico La Blanca un concurso de reses de cordero del tipo exportación argentino. El primer premio correspondió al expositor Octavio F. Ducós, que aparece en esta fotografía junto al lote prepremiado y rodeado de algunos concurrentes a la exposición.





Con asistencia del presidente de la república, general Agustín P. Justo, su esposa, doña Ana Bernal, el nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi, el embajador de Francia, señor Gastón Josse Curély y otras personalidades, se inauguraron las nuevas aulas del Colegio San Marón, que dirigen los religiosos misioneros libaneses maronitas.



Fué colocada la piedra fundamental del nuevo edificio que proyecta construir el Círculo de la Prensa en el terreno que posee en la calle Corrientes 319 al 343. Al acto concurrieron el presidente de la república, el intendente municipal, señor Mariano de Vedia y Mitre, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Santiago Luis Copello, y numerosas personas.





Seis muertos y diez heridos causó el derrumbamiento del edificio en construcción de la calle Republiquetas y Cabildo. Nuestros grabados muestran dos aspectos del derrumbe, entre cuyos escombros quedaron sepultados diez y seis obreros que fueron sorprendidos mientras trabajaban y se produjo el doloroso suceso. Los bomberos y personal de la Municipalidad removieron los escombros y extrajeron las víctimas, de las cuales, como dijimos, seis perecieron y diez resultaron heridas. Entre las causas del derrumbamiento se habló de la inconsistencia del subsuelo en ese paraje.

Era su mayor obsesión . . .

La CHICA del PERRO

...que pasaba todas las noches por frente a su casa.



CUENTO

Por

JULIO MALDIN



LE llamábamos "la Chica del perro" porque todas las noches, dadas las veintidós, paseaba por frente a nuestra puerta llevando a un gozquecillo atado de un cordel. Era una muchacha como de unos diez y siete años, espigadita, bien formada, y de rostro bastante agraciado.

Nos hallábamos sentados a la puerta de calle, tomando el fresco, cuando la vi pasar por primera vez. Entonces, sin el menor asomo de curiosidad, le pregunté a mi mujer:

—¿Quién es esa muchacha? ¿Tú la conoces?

—Sí; le llaman "la Tota". Es vecina de la otra cuadra. Sus padres son esos espárragos que tanto te hicieron reír cuando se mudaron.

—¡Ah, ya sé quiénes son!

Instantáneamente se presentaron a mi imaginación: flacos hasta tentar la risa y con cara de pocos amigos. Tenían dos hijos: un varón y una mujer; ésta era la muchachita del perro, que nos había preocupado momentáneamente.

Aquella noche "la Tota", llevando el perro del cordel, no nos causó ninguna extrañeza. ¿Qué tenía de particular que lo paseara, alrededor de la manzana, para que hiciera algún ejercicio? Además, aunque la hora era algo avanzada, estábamos en verano y la calle no podía ser más concurrida: en casi todas las puertas había gente sentada, tomando el aire, ese aire que no se dignaba mover una sola hoja de los árboles.

Al día siguiente, y al otro, y varios después, "la Tota" siguió pasando por frente a nuestra puerta remolcando al gozquecillo. En ese momento nos sugería un pequeño comentario, y luego la olvidábamos para charlar de otras cosas. Nunca la habíamos visto regresar, ni se nos había ocurrido pensar en ello. Pero una noche, a las veintitrés y pico, la vimos volver arrastrando el perro, que se negaba a caminar. Al verla, no pudimos menos que sorprendernos:

—¡Cómo es eso! — exclamé. — ¡Recién vuelve de pasear al perro!

—¡Caramba con tu extrañeza! — saltó mi mujer. — ¿Qué tiene eso de particular?

—¡Cómo que tiene de particular! ¡Es que no sabes qué hora es? Son las veintitrés y cuarto, y cuando pasó, llevándolo, eran apenas las veintidós.

—¡No digas! ¡Pues sí que habrá sido largo el paseo que acaba de darle! ¡No hay más que verlo! El pobre animalito ya no quiere andar.

—Veo que eres una tonta, Aída — la increpé malhumorado. — ¡Eso es inmoral! ¡Inmoral! ¡Tú eres la primera que debía comprenderlo!

—¿Yo? ¿Y qué me importa a mí de esa muchacha?

—Es que tú tienes hijas, y no creo que les consentirías salir a estas horas a pasear un perro.

—¡Claro que no lo consentiría! Cualquiera de mis hijas que fuera, saldría conmigo, ¡conmigo!, por más perros que tuviera que pasear...

"La Tota" se reunió a poco con sus padres y su hermano, que se hallaban sentados a la puerta de su casa. El foco que pendía en el centro de la calzada, les daba a todos de lleno con su luz macilenta. Observando atentamente, no advertí que le hicieran ninguna observación por la tardanza. Eso contribuyó a exacerbar mis escrúpulos.

—Esa gente no tiene sangre en las venas — exclamé. — ¡No tiene dignidad ni vergüenza!

—¡Pero, Pablo, por Dios! — insistía mi mujer. — ¡Ni que fuera hija tuya!

—¡Es que yo tengo hijas, recórcholis!

—Bueno; pues guarda esos desplantes para cuando tus hijas te den motivos para que los luzcas.

—¡Para cuando me den motivos!... ¡Es que no me los darán jamás! ¡Jamás! Antes les retuerzo el pescuezo como a las gallinas.

Ciertamente, yo me salía de mis casillas sin necesidad. ¿Qué me importaba que "la Tota" paseara a su perro a la hora que le viniera en gana? Pero, a pesar mío, lo consideraba indecoroso, porque hablaba muy poco en favor de aquellos padres que seguramente no se molestaban en preguntarle, al ir o al volver, adónde llevaba el perro.

Los días seguían corriendo y, a punto de las veintidós, "la Chica del perro" salía de su casa y como siempre, pasaba por frente a nuestra puerta, tironeando del gozquecillo, que en ocasiones se negaba a andar. Diríase que el animal comprendía que le condenaban a hacer un papel ridículo que le repugnaba. Al ver aproximarse a la muchacha, me venían a los labios mil y un disparates. Mi mujer, que me observaba, me echaba la mano a la boca, suplicando:

—¡Por amor de Dios, Pablo! No le digas nada. Déjala. ¿Qué mal te hace? Acaso va a ver a su novio, y este es el único momento que puede hacerlo.

—¡Bravo! Pues sí que es cómodo ese novio, que una muchacha decente tiene que ir a verlo, quién sabe adónde, y a una hora intempestiva!

—Desde este punto de vista, Pablo, yo no lo veo tan mal. He sido muchacha y lo comprendo: yo hubiera hecho lo mismo, y nadie hubiera tenido que señalarme con el dedo, porque hubiera sabido conducirme como Dios manda. Y no me apures mucho, Pablo, porque llegaremos a un caso en que no tendrás defensa.

—¿Qué dices, Aída?

—¡A ver si te acuerdas! Siendo novios, te tocó hacer el servicio militar en Campo de Mayo. Entonces no se podía ir hasta allá con la facilidad de ahora. Tú no eras novio oficial, y, por tanto, mi familia no sabía tu existencia más que por suposiciones. Sin embargo, ¿me negarás que en una ocasión en que estuviste arrestado, yo fuí a verte, diciendo en casa que iba a ver a una amiga?

—Aquello no tiene importancia.

—Sí que la tiene, porque aquel día regresé tarde a causa de haber equivocado el camino. Y si bien pudieron pensar mal de mí, ¿hubieran tenido razón? ¡Ninguna!, porque me había conducido con toda honestidad.

—Esto es diferente..., diferente...

Siguió corriendo el tiempo y pasó el verano. Desde los primeros días del otoño, el tiempo cambió. La brisa fresca no permitía salir a la puerta a recrear el espíritu. Y como siempre que llegaba el frío, consagramos nuestras veladas a escuchar la radio o a leer.

"La Chica del perro" ya no me preocupaba. Cuando mi mujer me la mentaba, la hacía callar con un gruñido.

—No me la nombres. Esa muchacha ha muerto para mí.

(Continúa en la página 46)

El problema carcelario...
(Continuación de la página 5)

lle San Juan al trescientos, para un establecimiento que se llamó impropiamente cárcel penitenciaría, aprovechándose para ello el cuadro que sirviera para los locos del antiguo hospital.

Al respecto, el doctor Burgos escribía: "Este establecimiento no pasaba, ni pasó nunca de una cárcel común, pésimamente construída e inaplicable a ningún sistema penitenciario. Fué tan insegura, que repetidas veces la escalaron los presos, y las continuas evasiones que tuvieron lugar, demostraron el torpe engaño que en todo sentido había sufrido el gobierno."

Imposible de mantener esa situación, se trasladaron los presos a la antigua cárcel de Cabildo, dejando al ex convento para correccional.

¡Y esto, que 1860 no servía para los criminales, se usa hoy para alojar a las mujeres procesadas, condenadas y a las menores huérfanas!

LA PENITENCIARIA

En 1869, bajo el gobierno del doctor Emilio Castro, se firma el decreto disponiendo la construcción de un edificio adecuado y científico.

De la situación de los establecimientos da una idea el entonces ministro de Gobierno, doctor Malaver, en su memoria del período 1871|72:

"Nuestro principal y casi único medio de castigo es la prisión. Siendo tan ineficaz el presidio de Patagones, el gobierno ha resuelto detener en la cárcel a varios delincuentes condenados a dicha pena, pensando que la prisión importa una pena más positiva, preferible como castigo a un presidio que no existe en realidad.

"Nuestras cárceles son, sin embargo, malísimas como lugares de detención, insalubres por la mala disposición de los edificios, estrechos por el número de personas que generalmente contienen. Y no puede hacerse en ellas la separación de detenidos y condenados, de los hombres formados y los jóvenes, y, en fin, de los que sufren pena por un delito leve con los que han sido autores de los más atroces."

Pese a la preocupación del activo ministro, recién en 1877, el 22 de mayo, bajo el gobierno del doctor Acosta y Casares, fué terminada e inaugurada la actual penitenciaría, de propiedad de la provincia de Buenos Aires, hasta 1880, que pasó a ser nacional.

Construída de acuerdo con los más avanzados preceptos de la ciencia carcelaria de entonces, influenciada enormemente por las teorías de la escuela positivista de Lombroso, mereció los elogios de grandes personalidades científicas que la visitaron, entre ellas Ferrero, Gina Lombroso y Ferri.

Pero luego nada más se ha hecho. La población penal, que aumenta en relación directa con el número de habitantes de la nación, la hace pequeña.

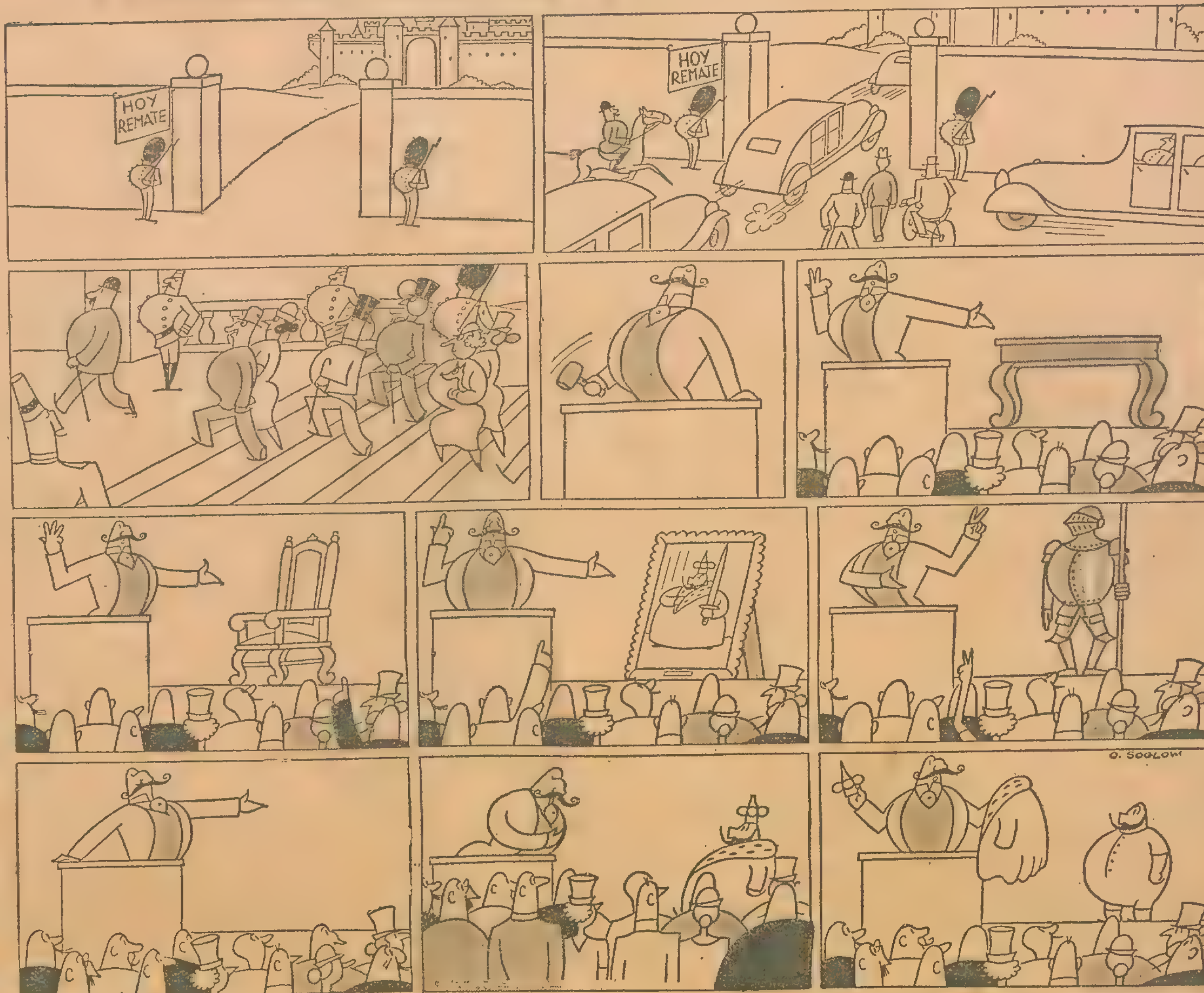
¡Hoy hacen falta mil quinientas celdas para alojar a todos los presos de jurisdicción nacional!

Eusebio Gómez, penalista y juez, dice: "El régimen penitenciario argentino es deficiente por la escasez de establecimientos adecuados para la adopción de un sistema que implique la efectividad de los preceptos legales relativos a la pena."

En 1913 se presenta un proyecto de reformas tendientes a convertir la penitenciaría en lugar para los procesados, y ampliar la Prisión Nacional, que era un convento de monjes convertido en correccional, asilo de huérfanos y cárcel de mujeres, que es hoy la cárcel de encausados, de Caseros y Pichincha. También se proyectaba la creación de dos colonias penales, una al Norte y otra al Sur del país (en la isla Choele-Choel). Esta propuesta, bien inspirada, no se consideró porque pedía nada menos que cincuenta millones de pesos.

La ley 11.833 autoriza el gasto de dos millones para la realización de un amplio plan de construcciones, creación de los tribunales del crimen, nueva cárcel de encausados, cárcel de mujeres, cárceles de territorios, etc., pero esos pesos todavía son abstractos. Si se tiene en cuenta que la actual penitenciaría costó esa misma cantidad, no se explica la tardanza. — FIN

Aventuras del rey Petiso, por SOGLOW



EL EXITO DEL REMATE ENTUSIASMA A S. M.

CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

¿POR QUE NO HABLAR BIEN?

Es una torpeza inexplicable en las mujeres encontrar gracioso el mal hablar. La expresión cursi y la expresión "arrabalera" se han hecho de práctica.

La posesión de un lenguaje depurado denota el rango de cultura que una mujer posee, marca su distinción y su situación social, su grado de inteligencia y su refinamiento espiritual. Pero no parece comprenderse así, ya que es moda hablar mal y usar palabras grotescas.

Hablar lúcida y claramente es una necesidad; es, además, un atractivo. Pero esto se ha perdido, tanto que ahora, en vez de ser una cosa común es una cosa rara.

Se conversa, se menciona a una señora, y como quien contara una virtud, se dice: "Fulana de tal, esa señora que habla muy bien y muy correctamente", así como un caso aislado.

Si hay mujeres ceceosas o tartamudas, es porque no las han corregido, porque no han querido corregirse. Y un hombre o una mujer con uno de estos defectos, corre el riesgo de arruinar su porvenir; siempre será ridículo un profesional que cecea; nunca podrá dictar una cátedra un hombre tartumudo. En cuanto a la mujer, evitará el hablar en un salón, y a fuerza de guardar silencio será siempre la misma inadvertida.

¿Por qué no hablar bien? La lengua castellana es la más rica de todas. Nuestras abuelas hablaron el correcto español; nuestros padres no usaron el "vos" ni dijeron "macana", ni "chau", ni tantas otras cosas desairadas que suelen decir las mujeres que pretenden ser elegantes y que renuncian a la mejor de las elegancias: al bien hablar tan delicioso y armónico siempre.

DESCORTESIA

Si la descortesía es la rudeza, la rudeza es, sin duda, la que conduce a todas las faltas en el trato social y familiar.

Me inspiran lástima esos hombres y esas mujeres que sin razón alguna y por desconsideración caen de súbito en el mal humor: un mal humor que se traduce en fraseo cortante, chocante o hiriente, y que otras veces caen en prolongados silencios.

Hay gente culta y distinguida que sufre de este mal, digno de la clase inferior.

La cortesía es el bien del espíritu, porque ella suaviza todos los hechos y los dichos del hombre.

Es la que le enseña a decir lo grato y a callar lo ingrato; es, pues, la que le hace ser simpático. Es una forma de respetar al prójimo, eso de emitir juicios amables.

No hay nadie que pueda soportar ver indignarse a una mujer impertinente que lleve en el espíritu el vicio de herir.

No hay que olvidar que en la vida todos procuramos encontrar y frecuentar aquello que nos da un verdadero placer, y la mujer que quiera inspirar simpatía, ser rodeada por amigos, ganar el amor, debe procurar no ser descortés en ninguna forma. Y no olvidar que la simpatía es uno de los grandes secretos de la vida.

Con sólo saber ser simpático pueden ganársele a la vida todas las batallas.

La simpatía liga a las mujeres entre sí, atrae al hombre, ya que es siempre el comienzo del amor, y el puente tendido a todas las comunicaciones espirituales.

—¿Por qué triunfa Fulana?— hemos oído preguntar muchas veces. — No tiene dinero ni tiene talento.

Pues triunfa porque posee el don de la simpatía; porque lleva abiertas las puertas del alma y del corazón. Y así, tiene abiertas para ella todas las puertas que la llevan al triunfo.

HONRADEZ

La honradez no es precisamente el decoro personal, como se cree con frecuencia. Honradez es un sinnúmero de cosas que debemos abrazar, porque es la verdad de la vida, y la verdad y la honradez van siempre de la mano.

Son dos elementos en contra de la falsedad, de la falsedad que alguien ha llamado "de dos caras"; y en verdad lo es, ya que desiste de todo método honrado; ya que no se habla como se piensa, ni se procede como se promete, ni se ejecuta la verdad en ningún sentido.

Marco Aurelio dijo:

"Aquel que deja de ser honrado y desconoce la práctica de la verdad; el que miente, comete pecado de impiedad contra la divinidad y contra la naturaleza universal, que se llama "Verdad". El que falta de honradez, atenta contra sus propios derechos."

La honradez es sencilla y humilde; está siempre en las grandes y en las pequeñas cosas de la vida; no debe creerse que dejar de ser honrado es robar o faltar al deber de la fidelidad conyugal..., no; dejar de ser honrada es hablar mal de las amigas, es entregar por bueno un trabajo malo; es enseñar sin paciencia al niño que aprende a leer; dejar de ser honrada es ser acusada por su propia conciencia de cualquier acto grande o pequeño que una mujer realice.



El NUEVO

Por
GLADYS JOHNSON

Mujer sin

LA luz del farol de la calle entraba oblicuamente por la banderola del vestíbulo, dejando en la penumbra el rincón al pie del recodo de la escalera.

—¡Un beso, querida!

—¡No! No, Alberto...

En el corazón de la muchacha aleteaba el temor invencible que las caricias de Alberto le inspiraban siempre. Luchando por libertarse de los brazos que la circundaban, logró desviar la cara; el beso encontró la mejilla en lugar de la boca. La presión de aquellos labios sobre su rostro levantaba un tumulto en su mente, una ola de complejas emociones que no podía asegurar que fuesen todas agradables.

—¡Déjame ir, Alberto! Extrañarán mi tardanza — murmuró frenética.

—Otro beso antes...

—Es tarde y me esperan. — Forcejeando para desasirse, su voz había subido de tono más de lo prudente. — Si viniese alguno y nos sorpren...

Acababan de resonar pasos afuera. Alguien entró desde la calle, pasó junto a ellos, que permanecían abrazados e inmóviles, y subió al piso alto.

—¡Era Tomás! — cuchicheó ella cuando oyó que arriba cerraban la puerta. — Ahora es forzoso que me vaya.

El hechizo estaba roto. Alberto ya no insistió.

—¿Vamos al cine esta noche? — preguntó en voz baja, reteniéndola por el brazo.

—Imposible — dijo ella, buscando a tientas el pasamano. — Tengo que hacer.

—¡Vas a salir con otro! — murmuró él, celoso como siempre.

—Bien sabes que no salgo con nadie más que contigo, ¡tonto! — contestó ella riendo. Y voló escaleras arriba.

Se detuvo un instante frente a la entrada del departamento. Sabía que al otro lado de la puerta unos ojos perspicaces la aguardaban. Por eso, en la semiobscuridad, trató de borrar las huellas delatoras de las efusiones de Alberto. No era que hubiese nada de censurable en las caricias de él. Tres años hacía que la cortejaba y todo el mundo se había habituado a considerarlos novios, aun cuando ella no estaba muy convencida de que Alberto fuese su ideal. De todos modos, no le parecía bien que noche a noche la esperara en las sombras del vestíbulo, al regreso de su empleo, para asaltarla en esa forma. Además, la hacía llegar tarde a su casa, exponiéndola a un disgusto.

La voz estridente de una mujer cortó sus cavilaciones. La tía Estela estaba hablando. Hablaba siempre a gritos y se enfadaba a cada paso, sobre todo con ella. No había más remedio que entrar y hacer cara a la tormenta en cierne.

Quedó un momento apoyada en la puerta que acababa de cerrar. Encandilada por la transición brusca de la obscuridad a la luz, no podía ver claramente a los que sentados en torno de la mesa la observaban. Pero los otros sí la veían bien, aunque ninguno de los cinco habría podido expresar con palabras la impresión que les producía esa muchacha, que era, por lo mucho que de ellos difería, como una viva llama que brillase sobre el fondo gris de sus vulgares vidas.

Había distinción en su figura graciosa y esbelta. La juventud y la pasión naciente animaban su rostro perfecto con un brillo extraordinario. Los rizos de oro que escapaban por debajo del ala de su sombrero acariciaban mejillas que ostentaban el tinte róseo del durazno maduro. Sus ojos azules tenían profundidades de ensueño y sus labios frescos y deliciosos dibujaban una cautivadora sonrisa.

Sin embargo, ensueños y sonrisas nada significaban para Estela de Harrison. Desde su sitio al extremo de la mesa, donde estaban trinchando el asado, increpó a la recién llegada.

—¿Será posible que ni una vez vengas a tiempo para la hora de la comida? ¡Qué desconsideración! Una tostándose la cara para cocinar para ella, y ella pensando

FOLLETIN de "MUNDO ARGENTINO"

que puede llegar aquí como una gran señora, cuando le da la gana y sin una palabra de agradecimiento o de disculpa.

—Lo siento, tía Estela. — Sus ojos tenían ahora la mirada atónita de un despertar a la ruda realidad. — El señor Hugueson me necesitó a último momento...

—¡Eso no pasa! — chilló su prima Isabel. — Como si no supiéramos que estabas en el vestíbulo de abajo con Alberto Burke. ¡Qué vergüenza si un vecino entrase de repente!

—Quiere decir que me has estado espiando, ¿no? — replicó ella en el tono de inquina con que habitualmente se dirigía a la envidiosa Isabel.

—No hace falta espiar para enterarse de tus papelones. ¡Cazadora de hombres!

—¡Me lo dices tú, que vives pendiente del teléfono, esperando...!

—¡Basta! — la interrumpió doña Estela, apuntándole con el trinchante como si quisiera dar más énfasis a sus palabras. — Te voy a advertir una cosa, una vez por todas...

—¡Demonio con las cotorras — tronó la voz de Tomás. — ¿Quieren callarse? ¿Cómo se puede leer tranquilamente el diario con semejante alboroto?

Siguió un silencio absoluto, porque Tomás era el zar allí. Sólo tenía veintiséis años; pero, por ser el hijo que había aportado al matrimonio Eduardo Harrison, a la muerte de éste se había convertido en el jefe natural de la familia. Lanzó a las tres mujeres una mirada autocrática y tornó a la lectura de la página deportiva.

Isabel agachó la cabeza con aire de injuriada inocencia. Fanny y Pablo, los mellizos, que se aprestaban a presenciar una nueva reyerta, volvieron, defraudados, a su pan y su salsa. Doña Estela amainó su

miedo

indignación y se puso a cortar de mala gana otra porción de asado.

La causante del disgusto, dominada por la depresión que a menudo se apoderaba de ella en aquel ambiente tan distinto del suyo, se encaminó al dormitorio para cambiarse de ropa.

Detestaba las escenas como la que acababa de ocurrir, especialmente cuando se producían al final de una pesada jornada de trabajo. Detestaba la habitación que compartía con Isabel, los muebles vetustos y descuidados, la alfombra raída, los adornos charros con que su prima creía haber engalando el cuarto. Todo lo de buen gusto y delicado que allí podía descubrirse, a ella misma se debía: la lámpara rosada sobre el tocador, regalo de Alberto para su último cumpleaños; las alegres cortinas de cretona, en cuya confección había sacrificado dos domingos; el primoroso cubrecama que había costado sus ahorros de un mes.

Contra el marco del espejo se escalonaban pequeñas fotografías, sacadas por Alberto en sus salidas de los domingos. Había una que su prima no podía mirar sin disgusto. Constituía un artístico cuadrito en que aparecía ella dando de comer a los cisnes del lago, en el parque, y riendo con expresión de serena felicidad. Parecía una princesa solazándose en los jardines de su palacio. Alberto había transcripto al dorso — con algún error de ortografía — cuatro versos de un soneto de Rod Cuber que habrían podido ser inspirados por ella:

> *"...Y para dar más fuerza a sus hechizos,*
> *ojos zarcos refulgen en su cara,*
> *y en su cabeza, de hermosura rara,*
> *tiembla un incendio de dorados rizos."*

Nadie la quería en su casa. "Demasiado señorita" les resultaba. Pero ganaba un buen sueldo en la Galería de Arte, de David Hugueson, y una cosa compensaba la otra.

Era idéntica a su padre; tal vez en ese parecido debía buscarse la razón de la antipatía de Estela. No es agradable tener siempre ante los ojos un retrato viviente que recuerda cada día un secreto amor sin esperanza. Porque Juan Carroll, al casarse con Telma, había defraudado a Estela.

Juan Carroll profesaba el culto de lo bello. Amaba las cosas extrañas y hermosas, hasta en el mundo del sonido. De ahí que hubiera escogido para su hija el nombre de Ardeth. "Excentricidades de mi cuñado", solía comentar Estela con acritud.

La guerra se había llevado al padre de Ardeth. Y Telma de Carroll, que idolatraba a su esposo, no había podido sobrevivirle mucho tiempo. Un amor así era el que Ardeth soñaba para ella. Lo esperaba siempre, presintiendo que el día en que llegara, su alma y su corazón se encadenarían a él hasta más allá de la muerte.

Al quedar huérfana, Ardeth fué a vivir con sus tíos. Eduardo Harrison lo había querido así, contra la opinión de su mujer. Después, para la época del fallecimiento de Eduardo, la muchacha ganaba suficiente dinero como para dejar de ser un estorbo en la casa.

Ardeth sospechaba que la severidad con que la trataba su tía era un reflejo de la envidia de Isabel. Hasta cierto punto tenía razón. Isabel Harrison, aunque bonitilla con sus cabellos rojizos y su cara redonda de muñeca, parecía más vulgar y menos vistosa cuando se la comparaba con su prima. Los mozalbetes del barrio dejaron de tomarla en cuenta apenas llegó Ardeth. Ya a los doce años ésta no podía salir ni hasta el almacén de la esquina sin que la siguiera una escolta de admiradores embobados por su belleza. Pero Alberto Burke, con el derecho que le daba su condición de vecino más próximo y su apostura de lindo muchacho, no tardó en conquistar a la chica. Fué entonces cuando Isabel comenzó a padecer el mismo suplicio que su madre había conocido años atrás.

A **Ardeth** Carroll le encantaban los domingos por la deliciosa ilusión de libertad que le brindaban. Podía vestirse sosegadamente, libre de las exigencias del reloj, y ostentar sus galas mejores. Esto para ella era ya una aventura; era evadirse durante algunas horas de la dura realidad de la vida y de la tristeza aplastante que pesaba sobre su alma en el encierro hostil de su casa.

Aquel domingo el paseo se realizaba en el automóvil de Alberto: una decadente voiturette que había conocido tiempos mejores;

(Continúa en la página 21)



Ilustró BERNABO

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

Los sucesivos triunfos de la cinematografía británica y su implantación definitiva ha hecho que en sus estudios se plantee un problema de gran importancia. ¿Deben los productores "fabricar" sus artistas, puliendo a los que aún no pueden ser considerados como figuras de primera línea, o deben contratar directamente a los grandes nombres de Hollywood? Ambas tendencias tratan en la actualidad de imponer sus puntos de vista. Mientras quienes sostienen la primera se sienten impulsados por un espíritu excesivamente localista, los otros, con un sentido mucho más práctico, reconocen la necesidad de proteger primero al cine inglés y después al artista.

Es innegable que el inconveniente mayor con que la cinematografía británica tropieza es la escasa popularidad de que sus artistas gozan fuera de sus fronteras. En Inglaterra todos son muy conocidos. Pero fuera de allí casi nadie los conoce. En Hollywood hay mil artistas cuyos solos nombres bastan para atraer al espectador de cualquier parte del mundo. En Inglaterra no llegan a cinco. Esta enorme ventaja (simplemente de orden popular y no artístico) Hollywood la obtuvo gracias a la acción del tiempo. En veinte años de ardua labor han surgido todos esos nombres. Hollywood los "fabricó", los fué puliendo. Hizo lo que mucha gente quiere hacer hoy en Inglaterra. Crear a los grandes artistas...

Pero no debemos olvidar que hace veinte años Hollywood luchaba solito, sin competidores de ninguna índole. No temía que alguien le robase el primer puesto por la sencilla razón de que ese alguien no existía. Era dueño absoluto de la cinematografía. Por lenta que fuese su acción nadie podía aventajarlo. Y es en este detalle donde Inglaterra lleva todas las de perder. ¿Cuánto tardará, gracias a los modernos procedimientos de publicidad, en popularizar mundialmente sus nombres? Seamos optimistas y calculemos que lo hará en diez años. Pero mientras tanto, ¿hasta dónde se habrá alargado la ventaja de Hollywood? Al crear artistas la expansión de los films británicos en el mercado extranjero será muy lenta. El público prefiere a los nombres ya consagrados y no gusta arriesgar su tiempo ni su dinero con gente que le es casi desconocida.

Todas estas consecuencias han sido contempladas por quienes desean que los productores contraten a las grandes figuras de Hollywood y las hagan filmar en Londres. De esta manera sus películas encontrarán más rápida aceptación en todas partes, y en poco tiempo Londres habrá avanzado un largo trecho. Afortunadamente es esta la tendencia que mayores probabilidades tiene de triunfar. En cinematografía la Gran Bretaña no puede bastarse a sí misma, ni aun cuando se propusiera no exhibir sus films más que en su propio territorio. El público inglés, al igual que el de cualquier parte del mundo, está demasiado acostumbrado a ver películas hechas en Hollywood.



Loretta Young y Robert Young

Nuestra excelente colaboradora Delia A. Muñoz Nario, domiciliada en Entre Ríos 235, Concordia (Entre Ríos) ha obtenido por este fiel trabajo el premio de diez pesos m|n, que semanalmente otorgamos a la mejor ilustración recibida.

Films recomendados

LA FAVORITA DE CARLOS II

Intérpretes principales: Anna Neagle, Sir Cedric Hardwicke, Jeanne de Casalis y Lawrence Anderson.
Producción: British and Dominions.
Dirección: Herbert Wilcox.

Otra película británica con ambiente de época. Lo cual significa otro acierto de los estudios londinenses, que, indudablemente, manejan muy bien estos temas. El film es suave y de corte galante. No hay complicaciones, y en cambio abundan las situaciones graciosas, algunas de ellas con ribetes de picardía. Pero es una picardía que no ofende, pues está llevada siempre con gran delicadeza, y muchas veces es sólo sugerida. Por momentos el severo ambiente palaciego choca con la trivialidad de los dos amantes. Hacen juegos de palabras, cuya substancia los títulos en castellano no alcanzan a recoger, y cada vez que están juntos se conducen poco menos que como criaturas. Frente a ella el monarca desaparece y sólo queda el hombre. Esto da lugar a que las libertades que la amante se toma constituyan el punto alto de la comicidad. Y entre situaciones cómicas muy bien obtenidas llegamos a las últimas escenas que marcan la muerte del rey, cambian fundamentalmente el aspecto de la película dándole amplia dramaticidad.

El rey Carlos II de Inglaterra acude cierta noche al teatro Drury Lane. Allí ve actuar a Nell Gwyn, una vendedora de naranjas que es a la vez artista. La simpatía de la joven seduce al rey, que la convierte en su favorita y la lleva al palacio a pesar de la presencia de la duquesa de Portsmouth, con la que ha tenido relaciones amorosas. Lo que él creyó en principio que era una inclinación pasajera se convierte más tarde en un gran amor. Y lo mismo ocurre con Nell Gwyn, que ya ha abandonado definitivamente las tablas. La duquesa de Portsmouth hace esfuerzos por reconquistar al monarca, pero fracasa. Pasan los años y el tiempo debilita la salud del rey, que finalmente se enferma de gravedad. No hay salvación para él. Al saberlo, la duquesa de Portsmouth huye a Francia. En cambio, Nell Gwyn corre al palacio. No puede ver a su amado. Pero minutos antes de que éste muera le hace llegar su amor por intermedio de un amigo. Nell Gwyn ha sido fiel a Carlos II hasta el día de su muerte.

Anna Neagle, figura central del film, tiene aciertos indiscutibles. Llena de gracia y de simpatía conquista de inmediato al espectador, que justifica de esta manera la posibilidad de que haya conquistado también a un rey. Sir Cedric Hardwicke no pierde, aun en los momentos de mayor comicidad, esa gravedad que corresponde a un monarca. Se halla a tono con su personaje, que, aunque no es muy difícil, requiere una delicada combinación entre la seriedad y el humorismo para no desentonar con el rey ni con el amante. Jeanne de Casalis está correcta, y su trabajo es meritorio a poco que se considere su obligación de hacer casi constantemente el ridículo. Dirigiendo el film, Herbert Wilcox sólo adoleció de un defecto: no haber logrado, hasta las escenas finales, infiltrar en el público la sensación de que Nell Gwyn no fué para Carlos II un capricho, sino el gran amor de su vida.

LAS CRUZADAS

Intérpretes principales: Loretta Young, Henry Wilcoxon, Ian Keith, Katherine de Mille, Joseph Schildkraut y C. Aubrey Smith.
Producción: Paramount.
Dirección: Cecil B. de Mille.

El título de la película y el nombre de su director son suficientes para determinar la índole de esta producción. Un romance, guerra y multitud de guerreros. El veterano de Mille, maestro de las masas, evidencia, una vez más, su gran habilidad para movilizar a gran cantidad de gente. Es único en tal género. Nadie ha intentado superarlo, y probablemente nadie lo superará jamás. Miles y miles de hombres desfilan ante la cámara, los escenarios amplios, llenos de detalles espectaculares se suceden de continuo, y la aparatosidad de los soldados, de los fuertes y de las guerras ponen la nota imponente que siempre ha sido el norte de Mille. Las expediciones armadas en procura de la Tierra Santa, las históricas figuras y la leyenda magnífica, casi completamente desfiguradas aquí, encierran episodios épicos, llevados a la tela con innegable audacia. No preocupa mayormente la suerte que habrán de correr los personajes. El espectáculo grandioso obliga a la imaginación a concentrarse más en el detalle artístico que en la argumentación misma

Desfilan por la tela las figuras de Ricardo I Corazón de León, de su joven esposa Berenguela, de Sancho VI de Navarra, del emperador Saladino, de Felipe Augusto de Francia y de Federico I de Alemania. Y presenciamos la magnífica entrada de los expedicionarios en Jerusalén, la histórica batalla de Jafa, el avance sobre las fortalezas de San Juan de Acre y otros movimientos que exigen escenarios inmensos y verdaderas proezas fotográficas. La épica cruzada no puede, en conjunto, estar mejor representada. La impresión general que se recibe es de primer orden. El ambiente guerrero, el amor mismo y la reciedumbre de todo la obra satisfacen al más exigente. La vista no se cansa de abarcar grandes extensiones, de contemplar el despliegue de fuerzas y los desfiles armados. Es aquí donde el director se eleva y repite sus hazañas de "Los diez mandamientos" y "Rey de reyes". Halaga la vista del espectador y mueve a sus personajes como si fueran hormigas, brindando cuadros inmensos y llenos de aparatosidad.

Pero si triunfa ampliamente manejando a las multitudes, se queda corto cuando trata de sondear el alma de uno solo de esos personajes. Es aquí donde la garra de de Mille desaparece y su calidad de gran director se rebaja. Pero esto no es más que un lunar sin importancia. Su otro aspecto es tan grande, que hace que su debilidad en este sentido pase casi inadvertida. Cecil B. de Mille es todo en las cruzadas. Los demás personajes, aun los de mayor importancia, palidecen ante su magnífica labor oculta. Loretta Young no hace nada extraordinario, y su figurita no es muy apropiada para encerrarse en un marco tan grande. Henry Wilcoxon tiene, sobre todas las cosas, un físico lleno de vigor y una imponencia que están a tono con su personaje. En cambio, Ian Keith, aun sin tener la importancia de los dos anteriores, cumple una labor llena de mérito, enérgica y pletórica de vida. Katherine de Mille está un poco disminuída, mitad por su calidad de novicia y mitad por la imponencia de todo cuanto la rodeaba. Pero como lo que interesan son los personajes sólo en conjunto, "Las cruzadas" resulta así una película magnífica desde el punto de vista del espectáculo.

Mujer sin miedo

(Continuación de la página 19)

pero puesto que brillaba el sol después de una semana nebulosa y todo en la naturaleza era color y alegría, tenía sobrados motivos para sentirse dichosa.

Los caminos del parque estaban atestados de coches. Los esbeltos *roadsters* y las graciosas *limousines* que se deslizaban silenciosamente junto a su modesto cochecito no despertaban la envidia de Ardeth, sino su admiración. Bastábale sentirse palpitante de vida y dichosa bajo la caricia solar, saber que era joven y bonita, experimentar la secreta emoción de la expectativa, de la esperanza de algún agradable e imprevisto acontecimiento...

En el punto en que el paseo para jinetes cruzaba el camino, el agente de tráfico detuvo el desfile de automóviles. Casi rozando el radiador de la *voiturette* pasó un grupo alegre y bullicioso de amazonas y caballeros.

Ardeth los observó con la despreocupación con que se contemplan figuras de un mundo diferente y distante. Pero su mirada quedó súbitamente prendida en una amazona rubia y en el caballero que con ella conversaba. Y como si los ojos de Ardeth hubiesen atraído a los del hombre, miróla éste fijamente, y continuó mirándola mientras la cabalgata se alejaba. Fueron pocos segundos; sin embargo, a partir de ese instante, el curso de la vida había cambiado para un pequeño mundo de personas.

Ardeth quedó deslumbrada ante la inesperada aparición. Una inusitada alegría tintineaba en su alma, avivando la llama de sus ojos. ¡Volver a verlo así, tan de cerca, después de tanto tiempo! ¡Y la había mirado en una forma extraña, como si también él la recordase!

—¡Bueno! — El tono amargo de Alberto cortó sus meditaciones. — Espero que te sentirás feliz de haber encontrado de nuevo al centro half de Stanford.

—No sé de qué me hablas — respondió ella, con el rostro encendido.

—Sí que sabes — dijo él rudamente. Luego le inquirió con voz temblorosa de ansiedad: — ¿Te has seguido viendo con él? ¿Sales con él?

—No creo que tengas derecho para preguntármelo — observó ella con ofendida dignidad. — Pero ni salgo con él, ni le he hablado jamás en mi vida. Quizá no lo hubiese reconocido, a no ser por tu salida de tono.

—¿Te atreves a decirme eso cuando has guardado tanto tiempo un retrato de él?

La veracidad de la afirmación desconcertó a Ardeth. ¿Cómo lo sabía? En seguida ella misma encontró la respuesta.

—¡Esa curiosa de Isabel te lo ha dicho! Has estado hablando de mí con ella... ¡No te lo perdono!

—Y yo no te perdono que después de que ese hombre te ha clavado los ojos como si fuera a comerte, me salgas con no lo hasta visto...

¡No era ilusión de ella, entonces! También Alberto había notado que la miraba con interés...

—Te aseguro que no me fijé en él. Si me notaste sorprendida, es porque en el grupo he visto a Mercedes Parker, una asidua clienta del señor Hugueson que simpatiza mucho conmigo... Y esa rubia tan vistosa que iba al lado — estaba por decir "al lado de él", — que iba al lado de Mercedes, era su hermana Cecilia. La conozco porque a cada momento salen fotografías de ella en las páginas sociales.

Como su charla no lograba desvanecer las sospechas de Alberto, que seguía conduciendo silencioso y malhumorado, optó por abismarse en sus recuerdos.

Tres años atrás, en la tarde de un sábado, Alberto la había llevado a presenciar un partido de foot-ball entre universitarios. Digna hija de Juan Carroll, Ardeth no podía menos que admirar un espectáculo, nuevo para ella, en que se hacía derroche de movimiento, entusiasmo y destreza. Una jugada espectacular de Carlos Gleason, el capitán de Stanford, había sido el acontecimiento de la tarde. Para el resto del partido, Gleason se convirtió en el punto de mira de Ardeth. Lo alentaba con sus gritos y se sentía orgullosa con cada una de sus eficaces intervenciones. (Todas le parecían eficaces.) Tanto, que Alberto acabó por ponerse celoso.

Ardeth había recortado al día siguiente la fotografía de Gleason que un diario publicaba, ocultándola, desde entonces, en su pañuelera. Procediendo así, no obedecía a un simple capricho. Había algo de más profundo en ese acto de apariencia trivial. Ni ella sabía que la imagen había quedado indeleble en lo más recóndito de su alma y palpitaba obscuramente en el fondo de sus ensueños juveniles.

—¡Estás pensando en él! — dijo repentinamente Alberto, observándola con expresión torturada. — Me cuesta creerlo, pero lo leo en tus ojos.

—¿Te interesa, acaso? No eres mi dueño, ni el de mis pensamientos, supongo.

—¡No vuelvas a repetirlo, Ardeth, porque me volverás loco! Bien sabes cuánto te quiero. Eres mi novia, además, y tengo pleno derecho para vigilar tu conducta — dijo en un tono tan áspero, que ella se indignó.

—¡Para inmediatamente, que voy a bajar! No he venido aquí a pelearme contigo ni a escuchar tus rezongos. — Pero luego, advirtiendo la profunda tristeza de los ojos de Alberto, su natural dulzura la impulsó a decir, poniendo una mano sobre la de él, en el volante: — ¡No nos enojemos, Alberto! ¡Precisamente hoy, que es un día tan hermoso!... Sé bueno y llévame a la playa. ¡Mira qué quietecito y que azul está el mar!

Dejaron el coche a la orilla de la carretera y caminaron un rato en silencio por entre las dunas. Luego se tendieron en la arena tibia de la playa.

—¿Verdad que me quieres, Ardeth? ¿Por qué nunca me lo dices, si sabes que estoy loco por ti?

Ella dejó vagar su mirada por el mar.

—¡Oh, Alberto..., no hay que ser tan... ansioso! Yo..., yo pienso muchísimo en ti..., y no lo ignoras. — Había tratado de que fuera ligero el tono de su voz.

El la rodeó con su brazo y sus labios buscaron los de ella.

De nuevo una extraña mezcla de encontradas emociones se agitaba en el corazón de Ardeth. Pero ahora comprendía claramente por qué no deseaba los besos de Alberto.

(Continuará en el número próximo)



—Es un excelente partido. El padre es dueño de una gran fábrica.
—¿Tiene usted una "foto"?
—¿De la señorita?
—No, de la fábrica.

(De "Life", N. York.)

UNA EXCELENTE COYUNTURA PARA UN BUEN NEGOCIO

UN importante cargamento de tejidos y de ropa blanca confeccionada en el Japón, llegó últimamente a Alejandría, en Egipto. Sobre los artículos distribuídos entre los comisionistas de la ciudad se notó un número considerable de camisas negras, como las utilizadas por las tropas fascistas. Estas camisas negras, provenientes del Japón, son extremadamente baratas, pues se venden en Egipto al precio de tres liras italianas, y lo más curioso es que los fabricantes japoneses han hecho bordar sobre las camisas inscripciones tales como: "¡Viva el Duce!" "¡A noi la Abisinia!" "¡Me ne frego!" Dado el precio, los japoneses han colocado varios miles de camisas entre los italianos residentes en Egipto. Alentados por el suceso, los fabricantes nipones se proponen ahora enviar centenares de docenas de camisas negras a Eritrea, donde serán vendidas a los **fascistas a precios aun más bajos.**



CUENTO para LOS NIÑOS - Por la TIA POMPON

BIEN por MAL

ERA un niño malo; tan malo que nadie lo podía soportar. Pegaba a sus amiguitos, humillaba a los criados, deprimía a sus maestros.

Era un niño mimado y rico.

Su madre sufría mucho, porque su pequeño hijo era feo y era delgaducho. Las piernas parecían alambres; era cabezón y, a fuerza de ser delgado, se encorvaba.

El médico dijo que su organismo era sano, pero que dado el carácter perverso del pequeño, poco podía hacer la medicina, ya que su maldad le hacía difíciles las digestiones, malo el sueño, insuficiente el descanso.

Se llamaba José. Una noche, mientras dormía, alguien le sacudió del brazo.

—Oye, pequeño — le dijo la voz de una mujer. — ¡Yo soy el hada de los niños buenos! Voy a darte un consejo. Tus criados y tus maestros no son inferiores a ti; son más pobres que tú, eso es todo, y precisan para vivir del salario que tus padres les pagan, no ya por cuidarte y educarte, sino por soportarte. Cambia de conducta. Trátales bien. No realices maldad, porque te amenaza un peligro, el de pagar tus culpas, y no encontrarás, llegado el momento, quien te defienda. Te aconsejo que cambies de conducta.

Pero el niño malo se rió del consejo del hada y siguió siendo peor, siendo más cruel.

Sucedió que el hada, mientras dormía, volvió a despertarle y le dijo:

—Mañana expiarás tus faltas; aún estás a tiempo de corregirte.

Y el niño soltó su carcajada impertinente. De un puntapié rompio la pata de un perro, de un ladrillazo volcó al suelo un nido y con el taco de su zapato aplastó la cabeza de tres pichones. Respondió mal y con un insulto a un reproche de su madre, arrojó al criado una taza de café al rostro.

Y aquella noche, mientras dormía, alguien le llevó en brazos y le dejó sobre un camino espinoso. Marchó por él buscando su casa, que no halló. Tenía los pies ensangrentados; no podía marchar, cuando de pronto encontró al perro al que le había roto la pata, y el perro, humilde y generoso, lamió los pies del niño malo, y fué curando sus heridas. El niño quiso acariciarle, pero el perro siguió su camino. El niño se sorprendió.

—¿Cómo? — se dijo. — ¿Es que alguien a quien se hace daño y se maltrata, como yo maltraté al perro, puede olvidar el mal causado, y devolver bien por mal?

Siguió su camino. De pronto, bajo sus pies, algo se hundió; había pisado en terreno falso. Parecían hierbas y era en cambio un lago de agua helada.

El niño gritó: "¡Me ahogo!" Y recordó que el hada le había dicho: "Estarás en peligro, y nadie te salvará." Pero, de pronto, sintió que dos manos fuertes le arrancaban del peligro. Era el criado a quien él había tratado despiadadamente.

—Gracias — le dijo. — Pero el criado había realizado el bien y se alejaba sin oírle, sin responderle.

—¡Qué soledad horrible la mía! — dijo el niño. — El perro y el criado, los dos me han despreciado.

Se moría de hambre.

—¿Qué comeré? — se preguntó.

De pronto vió que el maestro, a quien había él menospreciado, estaba allí al borde de un camino, sentado, comiendo un delicioso pedazo de jamón entre dos panes crujientes y dorados.

No se atrevió a pedirle un bocado, pero dulcemente se acercó a él y poniendo una rodilla en tierra, dijo:

—¡Perdón, maestro!

El maestro se levantó, le tomó por los brazos, le puso de pie, y le dijo:

—Come primero de mi pan.

Luego que el niño hubo comido, le dijo:

—Has tenido suerte. Todos hemos respondido a tu llamado. El perro te curó las heridas, el criado te salvó la vida, yo calmé tu hambre. Todo esto es devolver bien por mal. Una cosa hay que tú no podrá lograr, y es calmar el llanto de tu madre. Llora ella por tus maldades cometidas y llora por tu ausencia, y, además, porque te supone pagando tus culpas.

José se echó a llorar.

—Soy bien desgraciado, maestro — dijo, cubriéndose la cara con ambas manos, — pero quiero ver a mi madre, enjugar su llanto. Soy bueno ya; no siento en mí ninguna crueldad, ningún deseo de hacer daño. Por el contrario, siento una gran dulzura en el corazón, una gran bondad en mi alma. Yo no sabía llorar; yo sólo sabía causar llanto. Mire usted, maestro, cómo corren mis lágrimas.

Y al retirar las manos mojadas, por el llanto, el niño miró al maestro, pero el maestro había desaparecido. José estaba solo. Se tendió sobre el borde del camino y lloró ruidosamente, hasta quedarse dormido.

Brazos amorosos cargaron al niño, convertido en bueno, y lo depositaron en su lecho.

Cuando a la mañana siguiente la cariñosa madre encontró a su hijo en su camita, le cubrió de besos y de ternezas. José se despertó.

—Madre: soy bueno; ya no cometeré jamás pecado de maldad. El perro, el criado y el maestro me dieron una lección de humildad. Seré desde hoy justo y bondadoso.

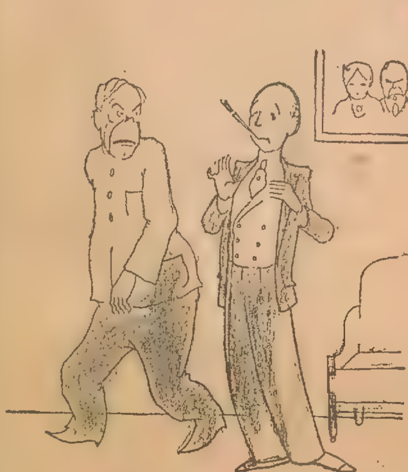
Niños: No seáis nunca crueles con nadie. La maldad y la crueldad siembran crueldad y maldad. En cambio la bondad es siempre recompensada en la vida.

Ilustró MONTERO LACASA

EL BUEN HUMOR EN NUESTROS TEATROS

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



ERNESTO (L. Arata.) — ¿En qué te ocupás ahora?...
FELIPE (M. Citelli.) — ¡Trabajo de antropófago!...
ERNESTO. — ¿De qué?...
FELIPE. — ¡Es bien claro!... ¡Me como un inspector en San Martín y un vigilante en Avellaneda!...

De "MI SAINETE Y TU TRAGEDIA", teatro Ateneo.



COCA (Berta Gangloff.) — ¿Qué pasa con Ernesto que, de un tiempo a esta parte, tiene un carácter imposible?...
ROSA (Herminia Mancini.) — ¡Desde que el dentista, por error, le puso cuatro caninos, en lugar de cuatro incisivos, el pobre rabia a cada momento!...

De "MI SAINETE Y TU TRAGEDIA", teatro Ateneo.



EL IMPONENTE (A. L. Barreta.) — No te preocupes por l'adición... Este gasto lo pagará mi hijo...
NUÑEZ (J. León.) — ¿Su hijo?... ¿Qué va a pagá su hijo?... ¡Si le ha escrito usté seis cartas y no le ha contestao!...
EL IMPONENTE. — Eso te demuestra lo bien educao que es... ¡incapaz de contestar a su padre!...

De "PAPA CHARLOT", teatro Avenida.



CABO MOREIRA (J. Bengoechea.) — ¿Otra vez por aquí?... ¿Se puede saber qué andan rondando?...
CHIRIMOYA (F. Charmiello.) — Nada, mi cabo... ¡esta noche se nos ha dao por trasnochar!...

De "TRES MUCHACHOS DE PRESTANCIA, EN UN CABARET DE FRANCIA", teatro Mayo.



CONDESA TAGLIAMONTE (Pierina Dealessi.) — Il póvera principe cada día recibe más anónimos...
POMPOFF (R. Pastore.) — Se dice añónimos, siñora condesa... La siñora condesa, como di costumbres, no poide evitar las "gaffes"...
CONDESA. — ¡Qué quiere!... ¡Cada día estoy ma corta de vista!...

De "BOITE RUSA", teatro Liceo.



GERTRUDIS (Susana Vargas.) — En amor ¡ay! cuanto más se da, menos se recibe...
PRINCIPE PEDRO (J. Olarra.) — Exactamente como en el Banco Municipal, señora...

De "BOITE RUSA", teatro Liceo.



Muchos dramas sombríos, tremendamente dolorosos, no tienen otro origen que la

I

HACIA seis meses que estaba en el hospital esperando que la operaran. Pero la operación iba siendo diferida por los cirujanos, y Marta, cansada de sufrir y de la espera inútil, sentía que estaba viviendo los días más dolorosos de su triste existencia de mujer del pueblo.

Ese día esperaba la visita de su marido, y aunque era un hombre desabrido y de modales bruscos, ella lo seguía queriendo todavía, acaso porque era el padre de sus cuatro hijos. Carlos entró con el rostro ensombrecido y revelando que su mal humor era más agresivo que nunca.

—¿Cómo te encuentras? — le preguntó casi sin ganas.

—Como siempre... — respondió ella.

Y luego de una pausa, Marta preguntó:

—¿Y los chicos?

El hizo un gesto ambiguo, y luego respondió:

—Allá están, como siempre, hechos unos sinvergüenzas...

—¡Pobrecitos!

—¿Y vos cuando pensás dejar el hospital? — la interrogó él de mal talante. — Parece que te gusta pasarte la vida aquí.

—¿Cómo podés decir eso, Carlos? ¿Acaso es por mi gusto que hace seis meses que estoy en este maldito hospital?

—Pero, en resumidas cuentas, ¿te operan o no?

—El doctor me dice que la operación es delicada..., que puedo morirme...

Por el rostro del hombre no pasó la más leve emoción. Se dijera que su mujer le había dicho una noticia sin importancia.

—Todas esas son tonterías. Lo importante es saber si piensan operarte o no. Vos hacés falta en la pieza, y en vez de estar aquí perdiendo el tiempo, podías estar en casa ayudando a hacer algunas cosas.

—¡Carlos, Carlos!... Es que yo estoy muy enferma, te juro...

—Pues aquí está visto que no has de curarte. Yo ya estoy cansado de luchar con los chicos. La nena otra vez se ha quedado sin trabajo... ¡Así no podemos seguir!

—Tené paciencia... Esperá un poco más... Tal vez me operen pronto, y me curen de estos dolores y volvamos a ser felices...

Había una tremenda angustia en las palabras de la mujer suplicante. Pero el hombre parecía de mármol. Ni un músculo de su cara se contraía siquiera. Acaso había querido a Marta cuando se casó; pero ahora le era profundamente indiferente, y tanto le importaba que se muriera como si no. El egoísmo nada más era lo que le dictaba aquel deseo de que volviera a la casa, para que los chicos estuvieran cuidados por ella y no dejados de la mano de Dios.

Terminó el tiempo que permitían visitas en el hospital, y los visitantes se iban retirando. Carlos le dió la mano a su mujer y se marchó refunfuñando. Marta, como casi siempre que él la visitaba, escondió la cara en la almohada y derramó su dolor en amargas lágrimas.

—¡Qué hombre malvado! — la oyó murmurar entre sollozos la "25", una anciana que solía conversar con ella desde su cama.

II

Con el atado de sus pocas ropas, dejó Marta el hospital. No la habían operado, y cansada de esperar el día de la operación que nunca llegaba, había pedido ser dada de alta. Estaba en la puerta del establecimiento esperando que pasara el ómnibus que la llevaría a su casa. El marido se hallaba trabajando en otro extremo de la ciudad y no había podido o no había querido ir a buscarla.

Llegó el ómnibus y Marta subió a él con esfuerzo. Se sentía terriblemente cansada, como si las piernas ya no pudieran sostenerla. Todos los pasajeros la miraron con ojos de lástima mezclada de cierto recelo. Y su compañero de asiento se corrió cuanto pudo hacia la ventanilla para no sentir, ni levemente siquiera, el contacto de aquel pingajo humano. Ella entornó los ojos y se dió a pensar en sus criaturas...

A la media hora de viaje descendió en una calle sucia y de casas bajas. Caminó unos pasos y se detuvo ante una puerta desvencijada. Era su casa: un conventillo donde vivían veinte familias de obreros como la suya. Llegó hasta el patio, y de pronto un niño flaco y sucio, que jugaba con otros tan desharrapados como él, corrió hacia ella exclamando:

—¡Mamá, mamita!...

—¡Hijito de mi alma!

Los besos de la enferma caían sobre el rostro enflaquecido del niño al mismo tiempo que las lágrimas.

—¿Y papá? — le preguntó al niño.

—Papito está cada día más malo. Me echó de la pieza y se puso a dormir... ¡Tiene un olor a vino, mamita!...

—¡Borracho!...

Con el hijo de la mano entró Marta en la pieza. Tirado sobre la cama vió a su marido, que roncaba su borrachera. ¿Para qué despertarlo? Que siguiera durmiendo...

—¿Y Rosita? ¿Y Emilio? ¿Y la nena? — le preguntó al niño.

—La nena está otra vez trabajando. Ahora es en una casa mucho más lejos, mamita. Es por allá por Palermo... Y Rosita y Emilio se fueron a casa de abuelita esta mañana y todavía no han vuelto.

—Está bien.

Se dejó caer en una silla y se puso a mirar el pobre moblaje que había en la habitación. ¡Todo tan derrotado y raído, tan sucio y desordenado!... Se veía que ella había faltado seis meses, sí, porque cuando estaba allí todo parecía menos miserable, merced a su limpieza. Ella se des-

Ilustró



Miseria

NOVELA CORTA

Por

Héctor Ricardoni

vivía por que la habitación estuviese siempre limpia y arreglada. Y aunque la necesidad los obligaba a dormir a los seis en una sola pieza, no por eso Marta se había abandonado, como hacen otras mujeres menos fuertes, sino que se desvelaba por que todo no tuviese ese sello inconfundible de la última miseria.

En eso estaba, cuando Carlos abrió los ojos y los clavó en ella.

—¡Ajá! ¡Por fin me hiciste caso! ¿Cuándo volviste?

—Recién.

—¿Así que no te operaron?

—No.

J. LEMOS

—Si es lo que yo digo: a nadie más que a los pobres les suceden estas cosas. Tener a una mujer seis meses en el hospital, y luego, después de haber anunciado varias veces la operación, dejarla ir como si tal cosa... ¡Canallas!

—Estás borracho...

—¿Yo, borracho?

—Sí; vos estás borracho, y lo peor es que tus hijos te dejan solo porque no pueden verte así. ¡Les das asco y miedo, Carlos!

—¡Bueno, bueno, bueno! Ya llegaste vos para que empecés a sermonearme todos los días.

La mujer no respondió. ¿Para qué? Sabía que su marido era el tirano del hogar, que todos temblaban cuando él se encolerizaba, y que más valía resignarse, callarse y soportar como había hecho hasta ahora. Buscó la yerbera, y la encontró vacía; buscó en los cajones del viejo aparador, y no encontró un pedazo de pan duro.

—¿Qué buscás? —le preguntó irónicamente su marido.

—Algo que comer, Carlos. Tengo hambre...

Carlos estalló en una bárbara carcajada.

—Tenés hambre, ¿eh? ¡Pues como no te comás los muebles!...

—Pero ¿cómo? ¿Es que no hay nada que comer?

—Nada, ni una miga de pan.

—Pero, y los chicos, entonces, ¿qué van a comer esta noche?

—Rosita y Emilio se fueron a casa de mi vieja. Por lo menos, ellos comerán. Yo no voy. Tengo vergüenza... ¡Bastantes veces hemos comido en la casa de mis viejos!

Marta dobló la cabeza y se quedó con los ojos fijos en el suelo. Luego dijo:

—Pero, ¿es que vos no trabajás más en la fábrica?

—Hace rato. Me suspendieron hace quince días. No hay trabajo.

—Entonces tendré que ir a trabajar yo...

—¿Vos? ¡No me hagas reír! ¿Y cómo vas a trabajar si estás enferma?

—Haré lo que pueda. Los chicos no pueden morirse de hambre...

Ambos guardaron silencio. El niño, Pedrito, como si ya comprendiera todo aquel drama obscuro de miseria, miraba alternativamente a su madre y a su padre. De pronto, con los ojos llenos de lágrimas, el niño dijo:

—Mamita, yo quiero vender diarios y ganar mucha plata.

—¡Hijito de mi alma, qué bueno sos! —exclamó la madre deshecho el corazón de ternura por aquel hijo de diez años que quería salir a vende diarios por esas calles de Dios.

Enferma como estaba, Marta fué a trabajar a una fábrica de tejidos. La punzada que sentía en un costado no había desaparecido; pero ella parecía no hacerle caso, y así iba tirando del pesado carromato de su vida.

Carlos, que era un hábil zapatero y que había ganado sus buenos pesos trabajando en calzado de lujo, con la crisis y la escasez de trabajo se había venido totalmente al suelo, y a veces no trabajaba más que dos o tres días por semana. La situación era cada vez más penosa en el humilde hogar de Marta, que veía el porvenir cada día más negro.

Y esto se convirtió en insostenible cuando Carlos, caído en el vicio de la bebida y del juego, no trajo a su casa un centavo de lo que ganaba. El producto de sus contadas jornadas de labor lo gastaba por ahí con sus amigotes, y cuando Marta se lo reprochaba, se ponía fuera de sí y hasta amenazaba con pegarle. Y acaso lo hubiera hecho si no fuera porque el llanto de los niños levantaba como una barrera, que contenía los deseos del bárbaro.

Mas la rebelión de la mujer se produjo cierta tarde en que se enteró que este hombrè, su marido, al que daba hasta los cigarrillos, empleaba los días de paro forzoso para dedicarse a la conquista de infelices a quienes hacía creer que era soltero. Parecía mentira que hubiera mujerés que pudiesen enamorarse de un tipo semejante, que era repugnante tanto física como moralmente. Sin embargo, la verdad era que una, por lo menos, había creído en sus palabras y hasta había llegado a prendarse de él; que así de caprichosas son las hijas de Eva.

Saber esto Marta y rebelarse contra el déspota que la explotaba, fué todo uno. Y esa noche, cuando él regresó de sus andanzas, se encontró con que la mujer humillada y sufrida estaba dispuesta a no seguir siendo la mártir que hasta entonces había sido.

—Lo sé todo, Carlos. No te disculpés ni me digás nada, porque no te creeré. Yo me voy con los chicos adonde sea.

(Continúa en la siguiente.)

—Pero, ¿es que te has vuelto loca? —dijo él, sonriendo incrédulo.

—No. Me voy de tu lado porque comprendo que no puedo seguir viviendo junto a un mal marido y peor padre.

Y ayudada por sus hijos, que miraban a su progenitor con cólera, comenzó a liar sus cosas y las de sus hijos.

Carlos la miraba estupefacto, sin saber qué actitud tomar. Pero viendo que aquello era verdad, se plantó delante de ella, y con la arrogancia del hombre que se cree dueño y señor, le dijo:

—Como me abandonés, ¡te juro que te mato!

—Mirá: estoy enferma, tal vez no he de curarme más, y nada me importa morir. Así que podés hacer lo que querás. Pero te juro que en cuanto intentés tocarme, ¡te parto la cabeza!

Y desafiante como una leona, Marta, que empuñaba un martillo, se plantó ante su marido, que se quedó irresoluto en presencia de aquella otra Marta que no conocía. Los niños se agarraron de la falda de la madre y lloraron desgarradoramente. Entonces, Carlos, dominado por la fiera actitud de su mujer, tomó el sombrero y salió a la calle.

La tensión nerviosa había sido tan grande, que la pobre mujer, después que su marido se hubo marchado, se tiró de bruces en la cama y rompió a llorar. Partía el alma la escena de aquella infeliz madre proletaria, sollozando, y aquellas criaturas que también se entregaban al dolor, sintiendo prematuramente la mordedura de la desesperación.

De súbito, aquellos niños vieron cómo su madre dejaba de llorar, se ponía de pie, y extendiendo el brazo, como quien hace un solemne juramento, decía:

























—Pero juro que si ese hombre vuelve a poner los pies en esta casa, ¡lo mato!

Y un soplo de tragedia llenó el cuarto que acaso conocía muchos dramas como el que ahora se estaba desarrollando.

IV

Pasaron tres meses. Carlos no volvió a poner los pies en su casa. Y Marta, que continuaba trabajando en la fábrica de tejidos, sintió una tarde de crudo invierno que el viejo dolor se hacía más agudo, hasta hacerle perder el conocimiento. La llevaron rápidamente en una ambulancia al hospital. Había que operarla a escape. La enferma deliraba, presa de altísima fiebre, y en su delirio la desdichada llamaba a Carlos.

—¿Quién es ese Carlos? — preguntó uno de los médicos.

Nadie le contestó. Pero poco después se presentó una de las compañeras de Marta y ella fué la que informó quién era ese Carlos que llamaba en su delirio. Fué esa misma mujer a buscarlo. Después de mucho andar, logró encontrarlo, y con él volvió al hospital. Allí le dijeron que no podía verla y que volviera al día siguiente. Carlos hasta casi se peleó con los practicantes y enfermeros que le prohibían que viera a su esposa.

Volvió al día siguiente. Esa misma tarde Marta iba a ser operada.

—Tenga usted valor — le dijeron.— Su mujer es posible que no sobreviva a la operación...

Carlos dobló la cabeza sobre el pecho y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Se dijera que el remordimiento le destrozaba el corazón con terrible mordedura, y que sólo ahora comprendía que la infeliz había sido su víctima.

Llegó el instante dramático de la operación. Carlos se paseaba nerviosamente por los corredores del hospital, como una fiera enjaulada. A cada instante se acercaba a la puerta tras la cual su mujer luchaba bravamente con la muerte.

(Continúa en la página 65)

TODOS LLEVAMOS EL DESTINO EN LAS LINEAS DE LA MANO

Consultorio Quirosófico

Con el propósito de hacer públicas las numerosas consultas que recibimos a diario, sobre cuestiones relacionadas con esta página, y sobre todo para satisfacer la solicitud de análisis de manos que nos son remitidas, es que inauguramos este "Consultorio quirosófico". En él sólo tendrán cabida las preguntas de interés fundamental y general al mismo tiempo, y no aquellas que versen sobre asuntos tratados ya en esta misma sección con toda amplitud. Respecto a los análisis y predicciones quirosóficas, debemos hacer algunas advertencias referentes a la forma cómo debe ser impresa la palma y cómo nos debe ser remitida.

Para imprimir bien una palma debe ejercerse presión con ella, lo mismo que si se tratase de un sello de goma, sobre una de esas almohadillas entintadas que todo el mundo conoce. Cuando tanto los dedos como el resto de la extremidad superior están bien saturados de tinta, se apoya la palma, de una sola vez y sin moverla luego para evitar los "borrones" sobre un trozo de papel blanco y si es posible grueso. La operación se hace varias veces, en diversos papeles, debiendo remitírsenos la mano que haya quedado estampada en forma más nítida y limpia. Hasta ahora hemos hablado de "mano" para evitar confusiones, pero en verdad debe remitírsenos una impresión de la izquierda y otra de la derecha, o dos de cada mano para poder así nosotros elegir la más conveniente y clara.

Otro procedimiento muy bueno consiste en tomar fotografías de las palmas, del tamaño natural de las mismas. En cuanto a las impresiones con tinta, deberá esperarse a que se sequen y además colocarse en el sobre, si es posible, sin doblarlas.

Las respuestas irán publicándose por orden, con la salvedad de que sólo se insertarán las que correspondan a muestras de manos bien tomadas, o las que muestren rayas, montes y signaturas importantes y características, de modo que su análisis entrañe al mismo tiempo una enseñanza de índole común para todos los lectores de esta página.



Nº 1

MANO Nº 2. "CARMENCITA". CAPITAL FEDERAL. — Impresión inmediata: persona baja, gordezuela, inquieta. Lo interesante de su personalidad está evidenciado en el centro de la palma, en las "rejillas" del monte de Venus y en esa línea solar tan contradictoria que presenta. La línea de la vida (flecha número 1) denota una vitalidad generosa y una existencia vegetativa poco menos que perfecta. Pero esto está en contradicción con su línea de la cabeza (flecha número 2) tan tumultuosa e imaginativa, pues en sus tramos finales lanza una "rama" bien determinada que se interna en el monte de la Luna. La línea del corazón (flecha número 3) tampoco promete una existencia sentimental afortunada. Su mano, en términos un poco amplios y teniendo en cuenta la gran afluencia de rayículas que se entrecruzan, manifiesta un temperamento lleno de complicaciones. Usted cambia de ideas, de pareceres y de gustos continuamente. Lo que hoy le agrada le fastidia mañana. Es tornadiza, veleidosa, y los caprichos suelen alternar en su existencia con deseos repentinos de corregirse, deseos que no plasman nunca en un propósito constante. La línea solar, doble y arrancando en forma casi de horqueta del monte del Sol (círculo), denuncia que su buena suerte puede fallar y atraerle disgustos, porque se oponen a su proceso lógico todas las características y circunstancias anotadas.

MANO Nº 1 "FLOR DE LIS". SAN NICOLAS DE LOS ARROYOS. — Su mano denuncia a una persona alta, más bien delgada, de no muy buena circulación sanguínea y epidermis "fría" por lo habitual. Aunque la impresión ha sido tomada con los dedos abiertos, hay en ellos una natural inclinación a unirse (obsérvense los extremos y los pulpejos). Eso denuncia amor a la familia y espíritu de unión con los parientes. Pasemos ahora a las características particulares. Dominan en su mano Venus y Saturno. El monte de Venus (que es el marcado con una A, y su límite con el resto de la palma es la línea de la vida) está bien emplazado y es carnoso. Eso indica sensualidad y ternura al mismo tiempo. La línea de Saturno (letra B) sube hacia el monte de Saturno (C) sin llegar a él y formando una especie de gran estrella en el centro de la palma, que aparece encerrada en el círculo grande. Eso indica cierta capacidad para el trabajo, pero alterada por razones sentimentales. El amor influirá mucho en el éxito material, trastornando las posibilidades de obtenerlo o interponiendo influencias negativas. Hemos dicho muchas veces que el medio ambiente y la educación del carácter pueden y deben contrarrestar los malos indicios descubiertos en una línea o signatura. Nada hay fatal en la vida, y conocer un rasgo negativo no debe tener otro significado que aprestarse a neutralizar sus efectos.



Nº 2



"SANDALIO"

POR
D. NOVILLO QUIROGA

AL decir "Sandalio", no me refiero a ninguna persona. Hablo de un animal.

Un potrillo alazán "cabos negros", "estrellado" en la frente, que, en los desdibujados días de la infancia, conjuró mis ilusiones de muchachito criollo.

En la vida de todo chiquilín que haya conocido campo, ese abierto y luminoso campo argentino de la región pampeana, un nombre o un pelaje de caballo asumen la representación corporizada de un sueño que fué: inquietud de las noches insomnes, explosión de alegre entusiasmo en las mañanas limpias, anhelo esperanzado en la clausura de las siestas soleadas y rumorosas.

En el desfile velado de mis recuerdos, muchos nombres de caballos imprecisan una imagen, atisban un acontecimiento, evocan una emoción. Pero ninguno como el de "Sandalio".

El nombre de "Sandalio" está vinculado íntimamente al recuerdo de mis días niños más felices por esperanzados.

Entonces, los días de mi vida se sucedían con la diáfana claridad y el feliz suceso con que las ondas de un arroyo transcurren cantarinas al amor del sauce o el ceibo que se agachan como a besar su corriente.

Fué durante la primera mañana de unas vacaciones.

Con el freno al hombro y chicoteándome la bota, iba hacia el corral para "agarrar caballo": el viejo "Pichón", el doméstico zaino "tostado" en que habían dejado de ser "maturrangos" todos los chiquilines de la familia.

En el momento en que, con cariñosa solicitud palmeaba la "tabla" del pescuezo para saludar al viejo jamelgo, un rumor de cascos que redoblaban el parche sonoro de la "playa", y los alaridos aindiados del boyerito Navarro, me hicieron volver la vista hacia el tropel.

Erguidas o "amujadas" las orejas, restallantes los hocicos, arqueados los cogotes, batientes las colas — seguidas dificultosamente por las crías — en un galope elástico venían las yeguas finas, arreadas desde su cuadro por el boyerito.

Cuando "encerraron", pude ir identificando a cada una de mis viejas conocidas: la "Mercedes", obscura tapada, con un potrillito arratonado que acaso reeditara un día, "en toda cancha y camino", las proezas hípicas de su hermanos mayores; la "Pancha", vieja ya y estéril, que había quedado para "dama de compañía" de las otras yeguas jóvenes y rozagantes; la "Tacuara", la "Coneta", la "Ciudadela", la "Tablada" y otras a quienes como a las tres últimas, se les había bautizado con nombres rememorativos de las batallas en que se había batido bizarramente mi bisabuelo, "el Tigre de los Llanos".

Ilustró MONTERO LACASA

Apartada de las demás, junto a un poste esquinero, entristecida y amustiada, con su potrillo al pie, la "Fanny".

La pobre estaba enquistada y ésa era la razón de que se hubiera echado al corral la manada.

Me detuve largo rato en la contemplación del potrillo.

Era nuevecito, y como todos los potrillitos nuevos, feote de presencia. Cabezón, no muy bien proporcionado en los cuartos, torpe de movimientos; para un profano el tal potrillito hubiera sido simplemente "una porquería".

Pero para el ojo experto de un criollo — por más niño que fuese, — ciertos detalles del potrillo eran francamente promisores.

El ojo vivo, el pecho abierto, el riñón poderoso, los remos finos pero nerviosos y fuertes.

En una palabra: "me llenó el ojo".

Una voz pausada me sustrajo a la contemplación absorbente de la pieza. Era el viejo Rillo — el "agregao", — gaucho por donde se lo buscara.

—¿Y di'áhi, sanpedrino? Parese que l'agradao el potriyo...

(Continúa en la página 42)

Los CUENTOS GAUCHOS de "MUNDO ARGENTINO"

Don Fermín

POR DANTE QUINTERNO







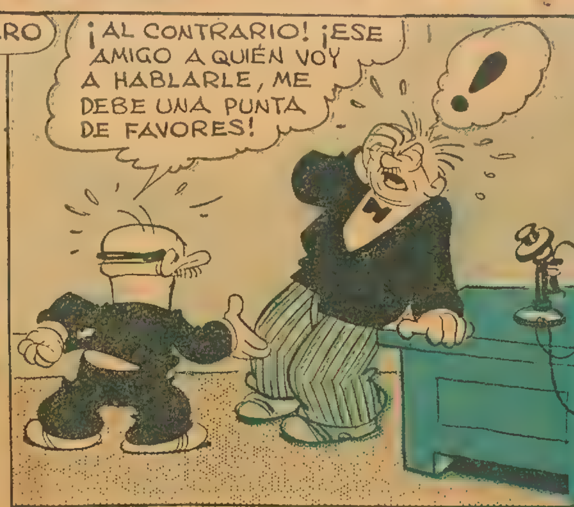


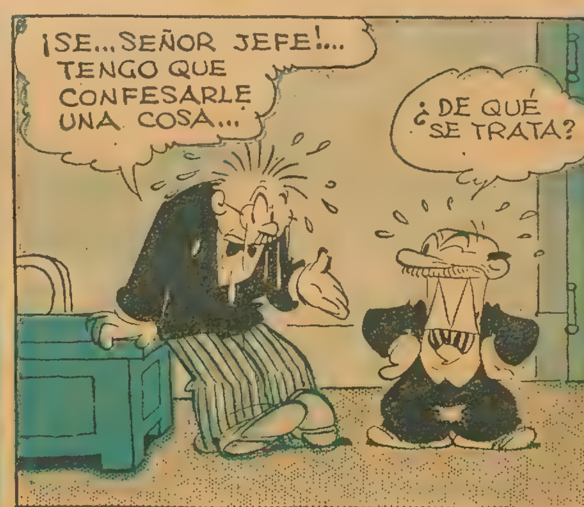


















A los 52 años *Christian Christensen* piensa nadar *mil millas* en mil horas

Dice ***DIEGO ARZENO,***
QUE LO HA ENTREVISTADO

"MENS sana in corpore sano". Esta leyenda, con su clásico sabor y su redondeado lugar común, la encontramos, escrita a mano, en la habitación del profesor Christian Christensen, dueño de ciento setenta y ocho medallas deportivas y setenta y ocho copas de otros tantos campeonatos.

¿Quién es Christian Christensen?

Puede afirmarse que todos los mares del mundo lo conocen. Es un nadador. Un atleta. Un campeón y un hombre sano y fundamentalmente bueno. Un hombre que salva vidas por deporte, que saca a los ahogados de nuestro río o a los imprudentes de nuestras piletas de natación. Lleva substraídas a la muerte nada menos que ciento setenta y ocho vidas, en cincuenta y dos años de luchas en el agua. Pero oigámosle a él:

—Realmente —dice el profesor Christensen, — he salvado a sesenta y cinco personas y un perro. El perro fué el que me dió más trabajo... Estoy en el agua, como el pez, desde el año 1893. En 1894, cuando tenía diez años, gané mi primer campeonato. Soy veterano de la guerra, habiendo prestado servicios en el ejército norteamericano, del que soy ex oficial instructor. Nací en Dinamarca, y he estado un poco en todas partes. Tengo actualmente cincuenta y dos años, y nunca me he sentido mejor. Soy el más viejo de los atletas en ejercicio, y todavía bueno, ¡eh!. He realizado seis mil millas de carrera pedestre. Contando todo el camino recorrido, entre esas carreras y las distancias cubiertas en mi entrenamiento, he dado la vuelta al mundo, a pie, seis veces. Soy fundador y director del servicio de salvamento de la Cruz Roja Argentina. Entre mis records cuento con el cumplido en Aalborg, Dinamarca, cubriendo 15.000 metros de carrera de postas contra seis corredores, de 2.500 metros cada una. Gané por doscientos metros en 47 minutos 48 segundos. En enero de 1913 repetí esta misma prueba, y gané por 40 metros. En 1907 establecí el record de marcha pedestre entre las ciudades de San Francisco y Los Angeles (California), cubriendo una distancia de 576 millas. Partí el 26 de noviembre de 1907 y llegué el 7 de diciembre. Tiempo oficial: 11 días y 25 minutos, batiendo el record del famoso corredor pedestre Edward Payson Weston, en 6 horas y 10 minutos. Ahora estoy organizando un nuevo record. Pienso hacer 1.000 millas en 1.000 horas, de manera de cubrir una milla por hora. He de emplear, según mis cálculos, 42 días y 21 horas en batir este record. Quiero hacerlo para demostrar que a mi edad, gozando de una salud a toda prueba, gracias al ejercicio diario y al entrenamiento, no solamente se puede tener fortaleza física, sino que mi ejemplo puede servir a la juventud como estímulo, y a todos en general como demostración de lo que puede la cultura física del cuerpo humano.



He aquí al profesor Christian Christensen, que puede considerarse el as de los nadadores. En efecto, ¿quién como él puede ostentar en el pecho 178 medallas, y guardar en su casa, como reliquias, 78 copas obtenidas en campeonatos? Como es de suponer, cada una de estas medallas significa una vida que ha salvado con peligro muchas veces de la suya.

El mayor orgullo del campeón no son sus medallas ni sus copas, sino su hija Evelyn, a quien llaman la "Venus del Lido". Esta chica, por cierto hermosa, es una atleta consumada. Como su padre, está haciendo una colección de medallas; ya tiene cuatro. Son, pues, cuatro los actos de arrojo que lleva realizados. Pero esto no puede extrañar si se tiene en cuenta quién es su maestro.

UN ATLETA PERFECTO, Y VENUS, SU HIJA

Junto a Christensen está su hija Evelyn. La llaman la "Venus del Lido", y es una atleta consumada. Ella nos enseña tímidamente sus cuatro medallas ganadas en actos de arrojo en el río.

—Yo también he salvado a algunos — nos dice, — ¡pero mi padre!...

Y el profesor Christensen calza sobre su duro pecho de atleta las medallas que ha ganado y posa ante nuestro fotógrafo. ¡Ya no le caben en el pecho! Necesitará pronto, decimos, un pecho de repuesto para ostentarlas. Son de toda clase y forma. De una gran variedad de metal. Así, vaciada la gloria en el bronce, el cobre y el oro, se ostenta orgullosamente sobre el pecho del gran nadador. Su hija lo admira y dice:

—Algún día serán mías esas medallas. Me ha prometido regalármelas cuando abandone su peligroso oficio.

Christensen sonríe... Es que, acaso, piensa no abandonar nunca el río...

UN PESCADOR DE VIDAS

Ha salvado a mucha gente. En San Francisco, en Barcelona, en San Pablo, en Texas... Documentos, cartas de agradecimiento, amarillentos recortes de diarios protocolizan en la frase admirativa esos salvamentos. Leemos: Franklin Fisa, de San Pablo, en una carta llena de gratitud, afirma: "Sin usted me hubiera muerto..." Otras cartas. Otros documentos...

—Son sesenta y cinco personas,— añade el profesor.—Las salvé de una muerte segura. Y un perro... El perro me manifestó su gratitud meneando la cola. Y ese su ademán fué para mí la mejor medalla.

—Es usted un hombre extraordinario — no podemos menos que decirle.

—¡Oh, no! Es que para mí, salvar a una persona que se ahoga es lo más sencillo. Es mi oficio. Yo trabajo de salvador... Me divierte y me gusta. Yo estoy en el río, de verano, en el balneario de Vicente López, donde soy profesor de natación. De pronto un grito: "Christensen, lo necesitan en el río"... Salto. Corro. Me interno y veo a un imprudente caído en un pozo, o alguien que se ha alejado de la costa cuando el río crece de golpe. Y los salvo, naturalmente... No me canso de recomendar prudencia. El río de la Plata es traidor. Es el peor que he conocido. Lleno de pozos y de remolinos, pone a prueba los nervios del más valiente, el ánimo del más templado. Yo mismo, cuando me interno a salvar a al-

(Continúa en la página 64)

NOTAS DE JUJUY



El nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi; el gobernador de la provincia, doctor Arturo Pérez Alisedo; el obispo diocesano, monseñor Enrique Muhn, y otras personalidades en el palco oficial, durante el acto inaugural de la fundación de la Acción Católica.



Distinguidas damas de la sociedad jujeña que organizaron una filial del Patronato de Leprosos, bajo los auspicios de las que funcionan en la capital federal.



Rodeado de los niños que tomaron la primera comunión, aparece en esta fotografía el primer obispo de Jujuy, monseñor Enrique Muhn.



Participantes en el concurso de tiro que organiza anualmente la Sociedad de Tiro y Gimnasia, celebrando el Día del Exodo Jujeño.

Fotos Pérez.



Miembros de la colectividad italiana que donaron un busto de San Francisco a la iglesia local, con motivo de la inauguración del nuevo templo que levantaron los franciscanos con la ayuda del gobierno nacional.

Los burritos "leñeros" son una característica de la mayor parte de nuestras provincias del Norte. Arreados desde los montes en la forma que ilustra la presente fotografía, cubren largas distancias hasta las poblaciones en las cuales es posible la venta del combustible. Se calcula que el importe de cada carga tiene el escaso valor de quince centavos.



He aquí un cuadro de la vida familiar en un rancho de la provincia de San Luis, situado en medio de una selva. Se trata de una familia cuidadora de cabras, que aprovecha el día domingo para reunirse en el patio a tomar mate y a escuchar un poco de música regional. Las mujeres, según se ve, trabajan también en fáciles labores domésticas.

ALGUNOS ASPECTOS

RURAL EN

Las provincias argentinas, especialmente las del centro y Norte, han conservado a través de los años las características primitivas en lo que se refiere a su vida rural. La campaña provinciana es de este modo un fiel reflejo de lo que fué el siglo anterior en su vivienda, en sus hábitos y en la forma en que aquellas gentes cumplen su labor. Basta asomarse a ellas para comprobar cómo la evolución impuesta



Esta tropa de carros que marchan cargados de cueros, cubre en varios días largas distancias hasta llegar a la primera estación del ferrocarril, donde la carga seguirá con rumbo a los centros industriales de la república. De este modo, a marcha lenta, la tropa de carros cruza por los ásperos caminos serranos, bajo un implacable sol de fuego que hace penosa la travesía en estos meses del año.



El curtido de los cueros se hace en la campaña puntana de acuerdo a los procedimientos primitivos. Son tres las etapas que exige el viejo sistema; para los tres se utilizan unas bolsas, de cuero también, tal como puede verse en la fotografía, y que se llaman "noques". En el primer "noque" se despela el cuero mediante el uso de la cal; en el segundo se curte con la cáscara de coco, árbol muy común en la sierra, y en el tercero se le da color a la suela utilizando plantas de la región.

Un alto en el camino. Los troperos han decidido proporcionarse un reposo en la marcha, y a falta de una sombra mejor se han refugiado, por así decirlo, bajo uno de los grandes carros. Allí toman mate y comen frugalmente, a la espera de que el sol amengue la fuerza de sus rayos y se pueda seguir adelante. Muchos son los que prefieren marchar de noche, guiados por la luz de la luna.

TIPICOS DE LA VIDA SAN LUIS

por el progreso ha demorado en llegar hasta esos parajes, alejados casi siempre de los centros de cultura. Para los sencillos habitantes de tales regiones la vida es la misma de sus antepasados: les es suficiente la pequeña parcela de tierra donde levantar la pequeña vivienda, la majada de cabras y los pocos burritos destinados al transporte de la leña.



Los medios de transporte no han variado en los últimos cien años en las poblaciones rurales de San Luis. He aquí a una familia que un día domingo va de visita. En la casa que ellos ocupan no han quedado más que los perros como seguros guardianes. Flores y frutos llevan los visitantes para ofrecer a sus relaciones en prueba de amistad y afecto.



Un corral bien típico de la provincia de San Luis. Está formado, según es fácil advertirlo, con troncos y ramas colocados en forma de constituir un cerco que permita mantener en encierro a la majada de cabras. Cada tarde, en efecto, la majada se reintegra al corral, para colocarse al abrigo de los posibles asaltos del puma voraz y de la fuerza de la tormenta.



Desde que se puso en vigor la ley del descanso dominical, los almacenes de la campaña debieron cerrar sus puertas. Pero como la ley no se refiere para nada a las ventanas, he ahí que el comercio sigue desarrollando sus actividades en la forma que ilustra este grabado. Un cliente extrae su mercadería, mientras los otros dos parecen aguardar su copita de aloja, para no perder la costumbre de echar un traguito que ha de refrescar el garguero...

Fotografías de "Press Graphic News of - Buenos Aires"

Aprendiendo a boxear, el niño adquiere confianza en sí mismo

Es indudable que saber manejar los puños constituye una gran ventaja en esta vida, pues desde tiempos inmemoriales el hombre ha preferido siempre pegar una trompada a recibirla. El box es en este sentido el único deporte cuyo conocimiento no sólo constituye una seguridad personal, sino que otorga al individuo esa confianza en sí mismo que tan necesaria es a veces. Al estimular con estas palabras el aprendizaje del box no significamos la pretensión de otorgar a un hombre una arma que lo capacite para romper las narices de su vecino con más o menos facilidad. Lejos de nosotros tal idea, admitimos en cambio la ventaja de que cualquiera sepa manejar sus puños para defenderse cuando las circunstancias lo requieren. En esta doble página aparecen diversas escenas observadas en un club deportivo de Berlín, donde los niños, sujetos a las indicaciones de un profesor competente, reciben lecciones. Cuando ya poseen regulares conocimientos se les obliga a asistir diariamente al gimnasio, aunque tan sólo dos veces por semana boxean, tiempo suficiente para que las lecciones recibidas no sean olvidadas. Pero, por sobre todo, se les dice que la verdadera finalidad de ese aprendizaje no consiste en convertirlos en tipos prepotentes y dañinos que en todo momento buscan pendencia, sino en hacer de ellos hombres capaces de tener frente a un enemigo un arma violenta, pero a todas luces necesaria.



El profesor ha reunido a sus discípulos y gradualmente les enseña el manejo del punchingball, mostrándoles el sitio correcto en que deben pegar y la posición que el puño debe observar al entrar en contacto con el cuero.



Ya el combate ha empezado. Los que no participan de él contemplan las acciones observando a los adversarios con quienes acaso muy en breve tendrán que pelear. Todos los rostros reflejan la enorme tensión del momento.



El referee da las últimas instrucciones. El alumno lo escucha con atención y, aunque no muy seguro de sí mismo, a todo contesta afirmativamente. El momento es decisivo, pues segundos más tarde comenzará la lucha.



Con guantes de ocho onzas el pequeño discípulo adopta la seriedad digna del momento y deja que su profesor se los calce. Los demás observan la escena, aguardando el momento en que habrán de entrar en acción.



Los Dempseys en miniatura han hecho un pequeño paréntesis y adoptan una pose más o menos engañadora. El de la derecha demuestra la forma cómo colocaría su golpe favorito siempre que el otro le diera permiso...



Ha terminado el primer round y uno de los boxeadores es atendido por su segundo principal. Sus admiradores lo rodean y no falta alguno que, en gesto o en palabras le indique la conveniencia de que pegue sin miedo.



Y he aquí otra pose que marca el casi imposible final de una pelea en el club. Los compañeros miran al caído y al ver que no se levanta no ocultan su temor de que acaso a alguno de ellos pueda ocurrir lo mismo.

Todas las grandes

Se ha dicho que en la naturaleza no hay dos cosas iguales, y que una hoja es semejante, pero no exactamente igual a otra. El parecido físico de ciertas personas, sin embargo, es tan extraordinario, que ocurre a menudo que nos hace incurrir en graciosas confusiones. Así, en estas páginas que ofrecemos el lector podrá comprobar cómo grandes o conocidas figuras mundiales tienen su "sosias" o su "doble" que han provocado incidentes regocijantes, advirtiendo que los chasqueados no pocas veces eran personas que se jactaban de conocer perfectamente a quienes tienen su "doble".



Notable es también el parecido del almirante de la flota británica sir Charles Ed. Madden con el rey Jorge V de Inglaterra.



S. M. EL REY JORGE V DE INGLATERRA



Capitán retirado del ejército norteamericano es Frederick Rusell, que, como puede verse, es el "doble" del famoso comediógrafo británico Bernard Shaw.



BERNARD SHAW



SEÑORA DE ROOSEVELT, ESPOSA DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS



Sorprendente es la semejanza que tiene la señora de Merle Protzman, maestra rural de los Estados Unidos, con la esposa del presidente norteamericano, Franklin O. Roosevelt.

figuras mundiales tienen su "doble"



Este peluquero de Nueva York se llama Frank Valentino, y es el "sosias" de Benito Mussolini, no sólo por sus rasgos fisonómicos, sino también por su enérgica expresión.



BENITO MUSSOLINI



EL EX PRESIDENTE NORTEAMERICANO HERBERT HOOVER



CHARLES LINDBERG



Diedrich Romke, empleado de banco, es el nombre de la persona que más se parece al coronel Charles Lindberg, gran figura de la aviación norteamericana y famoso en todo el mundo por la audacia de sus vuelos.



WILL ROGERS



Rasgos comunes y la misma expresión burlona tiene el lechero Harry Nanos, de Woodfords (Estados Unidos), que Will Rogers, el celebrado artista cómico de la pantalla, muerto no hace mucho tiempo en el accidente de aviación en que también pereció el aviador Wiley Post.



Oficial de la policía de Los Angeles (California) es Tom Jesen, a quien la naturaleza ha dotado de unas facciones singularmente parecidas a las del ex presidente de los Estados Unidos, Mr. Herbert Hoover.

ROSARIO CULTURAL Y DEPORTIVO



Aspecto de la concurrencia al cocktail de camaradería que realizó la Asociación de Ex Alumnas de la Escuela Normal Nicolás Avellaneda. La reunión alcanzó vastas proporciones y reinó un ambiente de alegría y buen humor.



Señoritas que tomaron parte en el programa que se desarrolló durante el cocktail de camaradería de la Asociación de Ex Alumnas de la Escuela Normal Nicolás Avellaneda.



Personas que concurrieron al acto inaugural del pabellón donado por el señor Julio Ulises Martín, distinguido sportsman, para el sanatorio de tuberculosos Llanura.



Demostración ofrecida a los ganadores del Campeonato Bandera, disputado en Santa Fe, por las autoridades del Tiro Suizo Rosario, del cual los homenajeados fueron dignos representantes.



Un notable tirador se ha revelado el niño de doce años Oscar S. Olmos, que tomó parte en el reciente concurso organizado por el Tiro Suizo Rosario.



El equipo del Tiro Suizo Rosario obtuvo el Campeonato Bandera, para reservistas, que tuvo lugar en Santa Fe. Los ganadores con el trofeo. Son ellos los señores Leonardo Mesa, Jorge Cabaud, Santiago J. López y M. C. Mesa



En honor del Círculo de la Prensa se efectuó en el salón de actos de "La Favorita" un acto de concierto y recitación a cargo de las señoritas Coto Serrano Yguzquiza, pianista, y María Susanita Baglietto, recitadora.

Fotos Flores Toledo



Amado Giustina, del Club Provincial, se clasificó ganador en el lanzamiento de la bala, prueba perteneciente al torneo atlético abierto que organizó el Club Atlético Puerto Rosario.

CUANDO SE ES UN BANDIDO DE PRIMERA CATEGORIA...

EL bandido Coroiu es, sin duda, en Rumania, una personalidad de primer orden, un bandido de los más temibles, que durante varios meses tuvo aterrorizados los departamentos de la Moldavia del Norte, y a quien, sin embargo, se le permitía gozar un régimen especial en la penitenciaría de Botosani.

Su reciente evasión, realizada con la complicidad del personal de la prisión — el bandido se había comprometido a ausentarse durante algunos días, según versiones de los iniciados en el asunto, para poner en lugar seguro algunos objetos de valor de su pertenencia, debiendo regresar en seguida a su celda; — su evasión, repetimos, habiendo dado lugar a una investigación sobre el terreno, ha revelado algunas cosas de tal calibre que ponen los pelos de punta.

El director de la prisión de Botosani era (puesto que ya no lo es, porque los hechos que se leerán a continuación han obligado a las autoridades superiores a destituirlo) un viejo abogado llamado Ursache. Sin duda que ha sido su vieja profesión la que le ha inducido a hacer buenas migas con los criminales, antes defendidos por él, y más tarde confiados a su generosa custodia. Generosa, en efecto, porque he aquí lo que la investigación levantada en seguida de la evasión de Coroiu ha permitido comprobar al procurador general Pogonat:



El bandido Coroiu, cuya evasión de la penitenciaría de Botosani originó un largo proceso contra el director del penal y su destitución.

En seguida de haber sido encarcelado el bandido, condenado a un régimen carcelario muy riguroso, trató de convencer al director de la prisión, el abogado Ursache, valiéndose de hábiles argumentos, de que su estado de salud requería ciertos cuidados.

El director de la prisión se conmovió. Y Coroiu fué sacado de su celda de rejas y confortablemente instalado en una gran habitación contigua al departamento que ocupaba el director.

—Mi caro amigo — suplicaba algún tiempo después el bandido, — yo necesito tomar, de cuando en cuando, algunos medicamentos. Pero las cadenas que me aprisionan las manos me lo impiden.

—Eso no tiene importancia — repuso el amable director de la prisión. Y ordenó a un guardián que sacase al bandido las esposas.

—Yo estoy un poco débil — insistió un tiempo después el bandido Coroiu, — y me es imposible hacer el arreglo de la habitación como se debe. ¿No sería posible que se me consintiese tener un muchachito a mi servicio?

El director, convencido por todos los argumentos que el criminal adujo, puso al servicio de su pensionista un muchachito tzigano, llamado Mutzila, que, desde entonces, arreglaba la pieza al bandido y le hacía todos los encargos.

No obstante todas esas condescendencias, Coroiu no se sentía satisfecho todavía. El recuerdo de los opíparos almuerzos que acostumbraba disfrutar cuando gozaba de su gloriosa libertad, no dejaba de hostigarle. Y un día le insinuó sobre el asunto a su querido director:

—Pero ¿qué? — le dijo éste. — ¿Es eso todo lo que ahora le preocupa?

Y desde el día siguiente, una buena cocinera, pagada por el bandido prisionero, quedó al servicio del mismo.

Todas las noches el director de la prisión, especialmente invitado por su pensionista, se regodeaba con los mejores pollos y los mejores vinos que podían adquirirse en los almacenes del pueblo.

Encantado de pensionista tan chic, Ursache no sabía qué más hacer para tenerlo contento. Y cuando, abatido por una ausencia tan prolongada, Coroiu le confesó que le sería muy grato verse con su antigua amiga, la bella Adela Dodoi, el director la hizo venir a la prisión y la instaló... en su propio departamento.

A partir de este día, todo allí fué una sucesión no interrumpida de orgías, de homéricas partidas de póker, de esparcimientos báquicos y de otras muchas diversiones raramente concedidas a un penado de tal condición. Hasta que, llegado el día en que pensó el penado en la conveniencia de ausentarse durante algún tiempo de la prisión, Coroiu solicitó al director que le concediese este supremo favor. Ursache consintió y, el día convenido para la evasión, colocó delante de la puerta de la habitación que aquél ocupaba, un centinela de confianza.

Coroiu se evadió, volvió algunos días después, no sin haber pronunciado antes algunas palabras ante el micrófono de una sociedad de films de actualidad: "Estoy encantado de tener un director tan complaciente...", y al reintegrarse a la prisión, no fué esta vez a parar a la cómoda habitación de antes, sino a aquella su primera celda de rejas de hierro. Entretanto el ex director de la prisión, M. Ursache, condenado y preso a su vez, medita ahora sobre el inconveniente de acordar demasiados favores a un penado tan generoso, y tan espectable como Coroiu.

POR MIGUEL ARTECHE



El ANILLO y la SOGA

CUENTO
Por E. LANDIN

LA sangre de David Stanton estaba enardecida con la atracción que sentía por una muchacha gitana. Labios rojos, dulces y pesados como una granada madura. Ojos verdes. Cabellos negros que se bronceaban cuando la luna empalidecía. Cutis delicado como el color del oro. Carnes suaves, pero firmes. Misteriosa.

Hacía tres semanas que el hechizo de la muchacha pulsaba en sus venas. Sus palabras se repetían cantando en su cerebro. Los demás podrían hablar del tiempo, de la correspondencia, del encanto de estas tierras del Sur, del sortilegio de la luna que se volcaba en la larga playa blanca...

Pero él sabía. Había hallado a una gitana con un trazo rojo por pollera y una bufanda amarilla por blusa. Había aprisionado la música de su risa. Había estrujado, hasta lastimarlos, sus labios contra los suyos.

El era el vencido. Pero ella solamente se había reído. Riéndose se alejó por la arena blanca hacia el lago bordeado de estrellas. Pero le había dado alcance. La trajo de vuelta. La hizo cesar en su risa, hasta que ella también se quedó quieta, callada, esperando.

Y él se iba a casar con Catalina Oatley, cuyos ojos azules nunca habían contemplado la ruta al paraíso, en una sola mirada ardiente; cuyas manos pálidas, finas, eran frías y reposadas. No eran como las inquietas palmas de ámbar estrujadas de besos de una gitana. Se iba a casar con Catalina Oatley cuando terminase el verano. Ella haría hacer tarjetas con sus nombres en relieve, compraría la mantelería haciendo juego con la loza..., y le recordaría, cuando pasaran los años, el hotel donde habían pasado juntos un verano siendo novios, invitados por la señora de Colman.

Si ésta no hubiese invitado a todo el grupo a pasar las vacaciones en Rumania, con sus días de sol brillante y sus noches estrelladas, David quizá hubiese seguido amando a Catalina.

Era una locura. David lo sabía. Debía olvidarla. No buscaría a la muchacha otra vez. Pero siempre que tomaba esa resolución, corría con más ansias al lugar de la cita. Una vez, cuando no se dejó vencer por el deseo, vió en la ventana el rostro delicadamente gitano, sonriéndose...

Catalina notó su extraña inquietud y se había reído de él. Una dulce risa que le había hecho pensar en el sonido cristalino de hielo en vasos altos. Pero la risa de la gitana era cálida, jugosa como las frutas rojas, sangrientas, que dan fragancias de vino a los valles.

—La muchacha gitana que trae las verduras te ha echado el ojo, David — le había dicho, bromeando, uno de sus amigos. — Pero te aseguro que vale la pena. Este lugar abunda en gitanos. Pero la mayor parte de ellos son ladrones, sucios...

—¡Un momento!

David se sorprendió del tono fuerte de su propia voz.

—Porque sea una belleza, no quiere decir que se arrastrará en el fango como las otras damiselas errantes. Quizá nos pudiese dar una buena lección a algunos de nosotros...

—David siempre es el defensor de los pobres y oprimidos — dijo Pablo riéndose. — Che, viejo: ¿es buen modelo para los cuentos que estás escribiendo?

— Ella no pertenece a la literatura... ¡Tiene demasiada vida, demasiado colorido!

Cambió la conversación súbitamente.

— ¿Quieres que hagamos una caminata, Catalina ?

— ¿Caminar? ¿Con este diluvio? ¡Me empaparía! Vamos a jugar al bridge esta tarde, querido.

— Yo me voy a caminar.

— Entonces, ¿me harías un favor?

Se sacó un anillo del dedo, el anillo que él la había dado.

— La piedra está un poco floja. ¿Quieres hacérmela arreglar? Tengo miedo de perderla.

No puedo dejarla en mi cuarto, porque han desaparecido muchas cosas. Dicen que los gitanos roban todo...

—Una de las invitadas perdió un valioso prendedor de perlas — dijo otra de las chicas. — Había visto esa mañana a una vieja rarísima en los alrededores, pero luego desapareció. Los gitanos son muy astutos. Están robando a los campesinos la comida y la ropa. Al ladrón que agarren lo van a colgar para que sirva de ejemplo.

—¿Colgarlos? — preguntó David perplejo.

—¡Ya lo creo! Ahorcados de un árbol para enseñarles a respetar la propiedad ajena.

—No dejes el anillo en la joyería — le previno Catalina. — Espéralo mientras lo arreglan. No tardarán más que unos minutos, y me siento perdida sin él. Adoro las esmeraldas, y al paso que vendes tus cuentos, pasarán años antes que tenga otro... ¡Oh! Perdóname, querido, no quise ofenderte; pero ya sabes lo que son los editores...

David meneó la cabeza. Se las había visto demasiado negras para conseguir ese anillo. De todos modos, no le gustaban las esmeraldas.

Afuera, la lluvia caía en un mar plomizo, y la carretera que llevaba al cerro, más allá del pueblo, estaba blanqueada por el aguacero. Quizá la tormenta disipase el tormento que bullía en su mente, y empezó a caminar cuesta arriba. Súbitamente recordó que ésta era la dirección por donde siempre desaparecía la gitana. Cuando pensaba en ella, el brillo de sus cabellos negros aprisionaba su fantasía nuevamente, y el aroma inquietante de un perfume voluptuoso lo ponía somnoliento, a pesar de que la lluvia caía con más fuerza.

No se sorprendió cuando ella apareció ante él súbitamente.

—Venga — le dijo. — Tengo fuego y abrigo.

El asintió con la cabeza y la siguió. Fuego y abrigo. Lluvia pesada. Y la muchacha gitana... ¡Los dioses eran buenos!

La gitana se paró delante de una choza y abrió la puerta. El fuego brillaba en el fogón. Había libros en los estantes, almohadones en el suelo, velas que se habían acortado y achatado iluminando muchos crepúsculos.

—Pero...

—Venga. Séquese la ropa.

—¿Quién es usted? ¿Entonces usted no es gitana? ¡Ha estado jugando conmigo!

Trató de abrazarla; pero ella se escurrió con ágil movimiento.

—¡Escuche! Soy gitana. Mi madre era gitana. Mi padre no lo era. El me enseñó las palabras que dicen los libros... Me llevó con él cuando viajaba. Yo conozco su mundo. He sido educada en él. Pero todos los veranos vuelvo a esta choza vieja. ¿Por qué? No lo sé. Sigo simplemente el impulso de mi sangre cuando las brisas se hacen dulces, melodiosas... Usted quería novelas, aventuras para los cuentos que escribe. De modo que me disfracé para usted. Cuido mi huerto y vendo verduras para ocuparme en algo. Esta vez desempeñé un papel. Quise ser... la heroína novelesca que usted no podía hallar.

Se le acercaba cuando hablaba. Puso un almohadón a los pies del hombre.

—Tengo la piel de gitana y el sol la ha conservado suave. Conozco también la civilización. Por eso comprendí lo que usted deseaba.

David la tomó en sus brazos y ella no se resistió. Estaba muy quieta. Y súbitamente, porque tenía que hacerle algún don y no tenía nada más para darle, le puso el anillo de esmeraldas en el dedo. Ella tomó su cara entre las manos y David presintió que esta vez también los labios de ella estaban vencidos.

David se fué cuando cesó la lluvia y el crepúsculo moría rápidamente. Hasta que oyó la voz de Catalina no se acordó del anillo.

—¿Está arreglado mi anillo? — le preguntó. — Hoy tuve mucha suerte, pero esa piedra siempre me da más...

—No estará hasta mañana. Pero puedes estar segura, perfectamente segura. Yo te lo traeré.

¿Cómo lo haría? No lo sabía. ¿Cuándo? No lo había pensado. Pero debía hacerlo. Estaba comprometido para casarse con Catalina. Quizá pudiese escaparse sin ser visto e ir a la choza cerca del mar, cuando los otros se retirasen.

David quería huir. Podría haber olvidado a una gitana; pero a una gitana que conocía los dos mundos, era distinto. Debía conseguir el anillo. Quizá fuese más sensato referirle toda la historia. Le diría de nuevo cuánto la amaba. Pero ella sabía eso, lo sabía como las estrellas saben cuándo termina el crepúsculo, como el violinista sabe cuáles son los ritmos de amor y cuáles los de lágrimas.

A la mañana siguiente dijo que tenía ciertos asuntos pendientes, y se fué solo a vagar por la costa.

La noche estaba ya muy entrada cuando regresó. No había tomado ninguna resolución. Porque continuamente los cabellos negros, los ojos verdes y la voz risueña volvían a él.

De una cosa estaba seguro: tenía que comprar otro anillo para Catalina si no se lo reclamaba a la gitana. Un escritor de cuentos, sin embargo, tiene poco dinero para gastar en esmeraldas.

Pablo vino corriendo hacia él cuando se acercaba al hotel.

—¿Qué pasa?

—Rápido, Stanton, por aquí. ¡Van a colgar a una gitana!

—¿A una gitana?

—Por robar. Debemos impedirlo. Es la muchacha que traía las verduras. Tenía puesto el anillo de Catalina. Lo reconocimos, corrió la noticia y los campesinos la agarraron. Tenemos que impedirlo.

Los hombres corrían al hablar. David solamente sabía que un torrente de sangre circulaba por sus venas, y que sus piernas no parecían moverse, aunque los árboles volaban a su paso.

¡Iban a colgar a una gitana, a su gitana, a quien él le había dado el anillo! ¡Y ella no era, en realidad, una gitana!...

—¿Ella no ha explicado nada?

—No. No ha dicho una sola palabra.

Llegaron donde estaba el gentío. Las llamas del fuego que los hombres habían prendido danzaban en la hierba. Los hombres tenían ojos glotones y las mujeres ojos fríos. Los veraneantes trataban de salvar a la muchacha de las manos de los campesinos.

—¡Tenía mi anillo! — David reconoció a Catalina. — ¡Pero no la pueden matar! ¡Yo no quiero que la ahorquen! ¿Por qué no la ponen presa?

No tenía tiempo ahora para explicarle a Catalina. Se acercó a la muchacha. Notó que estaba de pie, esbelta, rígida, desafiante, echando fuego por los ojos.

—Yo ayer le di el anillo a la gitana — dijo David despaciosa y claramente. — No lo llevé a la joyería. Pregúntenselo al joyero.

—¿Usted se lo dió?

—¡Sí! Ella no lo robó. Y ahora váyanse a sus casas.

El gentío se dispersó. Los veraneantes hicieron una o dos preguntas, movieron la cabeza sabiamente y se retiraron. Solamente quedó Catalina.

—¡Hasta mentiste por proteger a una gitana! La podías haber salvado sin esa maniobra. ¡He terminado contigo!

Y le tiró el anillo, que cayó en el pasto; nadie se inclinó a recogerlo. David supo entonces que Catalina no sospechaba. Creía culpable a la gitana y que él había mentido para salvarla. Era mejor así.

Pero debía aclarar la situación de la muchacha de ojos verdes como el mar



bravío y de sombras crepusculares en los cabellos.

—Catalina, estás equivocada. Nadie robó tu anillo. Yo se lo di; se lo di a esta muchacha porque... ¡la amo! Lo siento, Catalina, de todo corazón...

—Entonces, ¿el anillo no estuvo nunca en la joyería?

—No. Me olvidé.

—Es claro. Pero no es de importancia ahora. O quizá sea. Quizá haya sido mejor... que te olvidases.

Caminó hasta donde había caído el anillo. Se agachó y pasó la mano por el suelo. Cuando se paró, la piedra brillaba en la palma de su mano. Brillaba con una belleza siniestra, traicionera, que aprisionaba la luz del mar. El rojo vivo del fuego que los campesinos habían encendido, resplandeció súbitamente. Resplandeció alto y fuerte, y a su luz el rostro de la muchacha estaba muy pálido. Pero su frente la mantenía alta.

—Si no te importa, David...

Pero no terminó la frase y arrojó el anillo a las llamas. La gitana no se había movido. Había en sus ojos algo muy tierno y muy triste. David más bien lo adivinó que vió. Sabía que tenía que decir algo. Debía impedir que Catalina se fuese. La llamó por su nombre y aguardó. Pero se alegró de que ella no le contestara, que se diera vuelta y huyera rápidamente...

—¡Usted fué bueno! —dijo la muchacha gitana. — Yo no sabía nada de esa señorita hasta hoy. Lo siento mucho. Es mía toda la culpa.

Y se apartó de los brazos de él suave y orgullosamente. Pero el hombre la atrajo nuevamente, estrechó su pequeña cintura y su boca besó sus cabellos fragantes.

—¿Usted hubiese preferido morir antes que decirlo todo?

—No me hubiesen matado. O quizá sí. ¡Nunca se sabe! Pero, ¿qué importa? Muchas gracias otra vez.

Esta vez consiguió escaparse y huyó por la larga carretera hacia la choza. Era un fantasma que huía en la noche. Una muchacha de la tierra gitana, con las promesas de un edén en sus ojos soñadores. Una muchacha que corría como si supiese las maravillas de la noche y el misterio de las sombras, y no tenía miedo. Pero David iba pisándole los talones, y el brillo de la pollera roja y la blusa amarilla le guiaban. Dió vuelta la cabeza y vió que los ojos verdes eran muy dulces y que los labios rojos estaban entreabiertos en una sonrisa.

FIN

Hojeando los últimos Libros

MARIO SAENZ: "LAS DICTADURAS Y LA DEMOCRACIA"

Editorial "Anaconda" — Buenos Aires

Aunque ni el editor ni el autor lo dicen expresamente, se duduce de algunas palabras de la introducción que el presente libro del doctor Mario Sáenz forma parte de una serie destinada a estudiar "la aparición de las dictaduras personales, al margen del régimen constitucional". El doctor Sáenz ha tenido ocasión de observar — "in situ" — cuatro dictaduras representativas: la de Italia en 1923 y 1924; la de España en 1924 y 1925; la de Chile en 1929 y la de Argentina en 1930. Sobre ellas ha dictado algunas conferencias, examinando especialmente el problema de las relaciones entre la dictadura y la democracia: entendiendo aquélla como una doctrina que impone soluciones por el imperio de la fuerza y entendiendo a ésta como una doctrina que inspira soluciones por el imperio del derecho. En la primera es una sola voluntad la que actúa; en la segunda, es la voluntad concurrente del mayor número. Dilucidar ambas tesis, en relación con el estado social contemporáneo, es el propósito de la obra, que comienza abordando el tema de "Italia y el fascismo".

Aunque el volumen pasa de cien páginas, no crea el lector que encontrará en él algo así como un estudio esquemático, pero denso de los orígenes, evolución y decadencia del fascismo en Italia. En un libro vigoroso, a pesar de algunas apreciaciones parciales, Pietro Nenni nos mostró hace años — a través de las páginas de "Las luchas de clase en Italia" — el panorama político y social de la península, con los verdaderos motores de su conducta, tanto en el orden interno como en el externo. Para el que ya está acostumbrado a rastrear los ocultos resortes de la política contemporánea, el estudio de Nenni dejaba una impresión de hondura, perspicacia y reciedumbre. Y aunque el análisis no estaba conducido con la magistral seguridad que Ernst Henri demostró más tarde al estudiar "El plan de Hitler", no es menos cierto que el lector extraía una enseñanza memorable.

Junto a esos análisis, el libro del doctor Mario Sáenz deja una impresión más bien penosa. La descripción es incompleta y apresurada; la explicación, casi ausente. Porque si bien es cierto que el doctor Sáenz asegura que el fascismo "apareció para defender los intereses de ciertas clases sociales, como el capitalismo, y de algunas instituciones del Estado, como el ejército y, sobre todo, los ex combatientes licenciados después de la guerra" (página 21) — enumerando así en un mismo plano los motivos reales con los secundarios y hasta adventicios, — no por eso se detiene a demostrar con los hechos y con las cifras hasta dónde se ha llegado, no sólo en la defensa del capital, sino en la ofensiva a fondo contra un movimiento obrero, cuyos "hechos vandálicos" (página 27) son severamente repudiados por el doctor Sáenz.

Para colmo, el autor, que ha empezado subrayando el carácter original del fascismo italiano (página 26) y su imposibilidad de trasplantarlo, olvida él mismo lo que ha escrito para incurrir en forzadas analogías entre la realidad italiana y la argentina: lo mismo cuando escribe que "el 6 de septiembre de 1930 asistimos a la reproducción en pequeño de la marcha sobre Roma" (página 77), que cuando afirma que "el 8 de noviembre de 1931 la dictadura reeditó aquí el espectáculo de las elecciones de Mussolini" en 1924...

Graves errores que saltan a los ojos de cualquiera y que provienen en gran parte de la manera cómo el doctor Sáenz concibe y analiza en abstracto la dictadura y la democracia. Peligroso procedimiento que impide enfocar los hechos en su verdadera perspectiva histórica y que lo aleja, de tal modo, de la verdadera realidad que su libro da, como impresión final, la de una imagen fuera de foco.

Aníbal Ponce

"Sandalio"

(Continuación de la página 28)

—Así es, viejo. Mirá: a éste le echo el fallo. Va a ser un pingaso morrocotudo.

—¡Oh!, si lo que es éste no faya, guapaso nomás va'ser...

Y ya nos entreveramos en una tenida sobre caballos y pelos y cualidades.

Durante los días que la "Fanny" estuvo a galpón para su cura, menudearon mis visitas al potrillo.

Nos hicimos grandes amigos.

Ya no esquivaba mis caricias. Al contrario: parecía encontrar gran complacencia en que le palmeara el cogote o el "encuentro" — parecía no tener ya cosquillas, — en que le anduviera con los dedos por la frente.

Comía de mi mano el azúcar, y cuando me le acercaba con los labios chasqueantes y la mano tendida en ademán de dar, el alancito me saludaba con un relincho reconocedor.

Al "patrón" no se le había escapado esa afición mía por el potrillo. Y un día, cuando, la madre ya sana, iban a ser largados de nuevo al cuadro, me dijo:

—Bueno, amigo; ya que el alazancit[o] parece gustarle tanto, se lo regalo. E[s] el premio de los exámenes. Es suyo. Pongalé nombre nomás y disponga de él.

¿Necesitaré decir toda la complacencia, la alegría, la profunda satisfacción de mí mismo que experimenté al saberme dueño del alazancito?

Lo de ponerle nombre fué para mí cuestión de dilatadas inquietudes.

Lo pensé largamente.

Me costó muchas noches de insomne revolverme entre las sábanas, demandando a la luna, que metía su claridad por la ventana abierta, una inspiración para que el nombre fuese "machazo" como correspondía al—para mí— tan grande ejemplar de la familia equina.

Consulté con todos.

El capataz Espíndola — baladrón y presuntuoso de guapezas — opinaba que debía llamarle "Hachazo".

El viejo Lemos, cocinero de los peones — sandunguero y amigo de jaranas, — quería que se le pusiera "Fandango".

El negrito Navarro, el boyerito, se inclinaba por el nombre de "Arriador".

Malvido, el domador, decidía su preferencia por "Corcovo".

Todos esos nombres, si me satisfacían, no lo era del todo.

Quería para el potrillo un nombre bien masculino y bien criollo.

Al cabo de mútiples cavilaciones, me decidí por "Sandalio".

A lo largo de todas esas cavilaciones, el potrillo fué el eje en torno al cual giraron todos mis pensamientos y mis actividades.

Me pasaba las horas muertas trenzándole los bozalitos con hilo sisal, que sacaba de las segadoras.

Cuanto lienzo caía en mis manos, servía para la confección de mantas.

No hubo a mi tiro bolsa que no se transformara en morral.

Y hasta inutilicé unas botas nuevas para elaborarle una "trompeta". (Esto último me valió un "sosegáte" de padre y señor mío.)

Vuelto a la ciudad, las horas del estudio se me distraían en un puro pensar en el potrillo.

"Sandalio" aquí y "Sandalio" allá, en las conversaciones con mis compañeros y la gente de la servidumbre.

En las horas tormentosas del invier-

ANVERSO Y REVERSO DE LA ACTUALIDAD BIBLIOGRAFICA

Por JAIME FALCON

● LA WALKIRIA...

...Apareció el segundo volumen de la tetralogía de Ricardo Wagner, que se publica bajo los auspicios de la comisión pro difusión de la obra del gran maestro alemán. En este, como en el anterior volumen: "El oro del Rin", prólogo de la tetralogía, se contienen notas explicativas sobre la Walkiria (primera jornada del poema), también la traducción castellana adaptada a los versos del mismo y la guía temática de la obra, por el doctor CARLOS J. DUVERGER, que es quien dirige esta magnífica obra de difusión, tan completa y ajustada, que viene interesando grandemente a los amantes del arte lírico. Impreso por Cavallari y del Pozo para la Editorial Pro Arte.

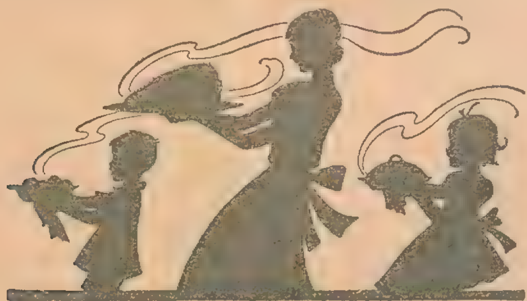
● EL PAGANO...

...Es una reciente novela de JOSE MARTINEZ OROZCO, en la cual el autor pretende desarrollar una sátira filosóficosocial adaptada al ambiente argentino. El grado en que el autor lo consigue es un punto que sugiere juicios contradictorios. El libro tiene un prólogo de Octavio Amadeo.

● ALMAFUERTE...

..."El amor y las mujeres en la vida del poeta". Este es el tema que HUGO DIAZ ha desarrollado en una conferencia leída por el autor en la Agrupación "Bases" de La Plata, y que esta institución acaba de editar en un elegante folleto. En ella se estudian interesantes y poco conocidos aspectos de la vida del poeta.

DEFIENDA USTED SU SALUD



¡No desechéis la cáscara!

UNA de las costumbres más absurdas — desde el punto de vista de la ciencia de la alimentación — y, por cierto, bien extendida, es la de "despellejar" las frutas y las legumbres.

¿Es acaso una costumbre absurda? Sí, como se ha comprobado científicamente. Un grupo de destacados hombres de ciencia, ha estado estudiando con detenimiento las diversas variedades de cereales, frutas y verduras, llegando a conclusiones terminantes. Fué la suya una tarea minuciosa y esmerada, prueba de lo cual va este ejemplo. Reunieron una cantidad de plantitas de trigo, que habían germinado bajo condiciones cuidadosamente controladas, y las sometieron a un estudio minucioso tomando luego nota de sus observaciones y comparándolas mutuamente. Llegaron así a la conclusión de que el trigo que había sido expuesto al rayo solar, podía curar el ratiquismo; que el que había crecido en invernáculo tenía un poder curativo muy débil, y por último, que aquél que había crecido en la obscuridad carecía en absoluto de poder curativo alguno.

Eran esas observaciones categóricas y concluyentes; pero no contentos aún con su trabajo, los investigadores realizaron otros experimentos, al cabo de los cuales, ya bien documentados, declararon que las vitaminas se forman en aquellas partes donde la planta recibe la acción directa del sol, principalmente en la corteza que recubre el grano, y que esa es la parte que más difícilmente pierde el poder de las vitaminas.

Por si este ejemplo no fuera suficiente, vaya este otro: un médico, pertenecientes a la Asociación Médica Norteamericana, ha anunciado recientemente el resultado de sus estudios, que concentró en una sola fruta, nuestra vieja amiga la manzana.

"Aunque parezca extraño — decía el eminente científico en su declaración, — la cáscara de la manzana encierra un valor mucho mayor que el resto de la fruta, pues además de su dureza, tan necesaria al proceso digestivo, la corteza contiene seis veces más vitamina C que la pulpa."

Ante conclusiones tan terminantes, nuestros lectores podrían preguntar, con sobrada razón, por qué desechamos entonces la cáscara del pepino, de la papa y de la pera.

En primer lugar, por la errónea interpretación de la famosa teoría de los gérmenes nocivos. Para muchos, el descubrimiento que varias enfermedades son motivadas por gérmenes virulentos, ha significado la creación de un temor de que esos microscópicos seres se hallan esparcidos por doquier, listos para abalanzarse sobre ellos e inyectarles su ponzoña. Esos individuos aterrorizados consideran que la parte exterior de la fruta, por su contacto con el aire y la tierra, constituye una región propicia para la congregación y el desarrollo de los gérmenes; de ahí que tengan siempre la precaución de quitar cuidadosamente la corteza, para "mayor seguridad".

Claro está que esta precaución es infundada, ya que luego de ser lavadas a conciencia, las frutas, al igual que las verduras, no deben ofrecer motivo alguno de preocupación, y, aun más, las sales y vitaminas contenidas en la corteza, hacen a ésta menos susceptible a los gérmenes infecciosos que cualquier otra cosa.

Otro concepto erróneo en lo que a este asunto se refiere, es el de que es más "refinado" pelar las frutas antes de comerlas en la mesa. De dónde procede esa costumbre ridícula, nadie sabría decirlo, pero lo cierto es que por más estrictas que sean las formas de la etiqueta, no podrá menos de aceptar los hechos — producto del estudio, del criterio y de la inteligencia — sin reticencias.

Los animales, al igual que las personas no civilizadas, no obedeciendo a otra razón que al instinto, comen siempre la corteza de los alimentos. La ciencia ha demostrado que el hombre haría bien en imitarlos.

Algún día, tal vez, tomaremos una manzana de la frutera, y luego de mondarla, comeremos la cáscara, desechando la pulpa. Y si alguien osara criticarnos, diríamos, a tiempo de masticar vigorosamente: "Esta humilde cáscara encierra un tesoro de salud."

---

no, mi inquietud llegaba a la desesperación.

¡A lo mejor esos bárbaros de la estancia ni siquiera se habrían acordado de poner a galpón a "Sandalio"!

¿Lo cuidarían como ya había recomendado?

Tan juguetón y travieso como se había puesto el potrillo, no fuera que, retozando, saliera "quebrándose" en algún alambrado...

Pasó el tiempo.

"Sandalio", de potrillo, se convirtió en potro.

Y eso trajo terribles torcedores a mi sentimiento como paternal.

La doma suscitó en mi espíritu crueles desazones.

Peleé como bárbaro para que no le echaran en el lomo a Malvido, con sus ochenta y tantos kilos.

Conseguí que lo domara Eleuterio, el liviano peón galponero.

¡Los saltos que me daba el corazón y el íntimo suplicar para mis adentros — como en un rezo: — "Portáte bien, "Sandalio", no macaquiés, que ese bárbaro te va a moler a chirlos! ¡No te boliés, que podés quebrarte!" Pero... ¡qué! Si a "Sandalio" lo había domado yo "de abajo" con mis caricias... Cuando Eleuterio le bajó las caromas

(Continúa en la página 64)

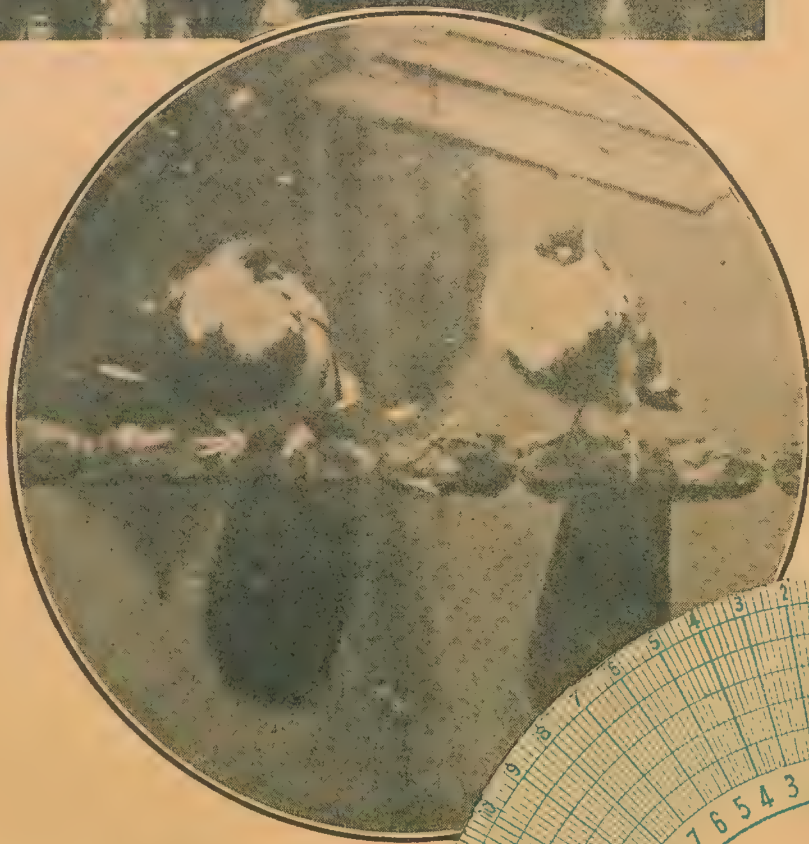
Los PALOMOS "piratas", como los DON

Es la opinión de

FACUNDO LAS HERAS



Las palomas, como los seres humanos, tienen sus pasiones y sus debilidades; de ahí que entre las hembras las haya versátiles, como las mujeres, y entre los machos, donjuanes como los hombres. Esto nos prueba que un palomar es algo así como un pequeño mundo. La presente fotografía muestra a los múltiples habitantes de un palomar evolucionando sobre él, de regreso de una de sus excursiones.



He aquí un hermoso par de "seductores", listos para iniciar un vuelo de caza, del que volverán con un excelente botín. Artistas en el arte de conquistar, muchas serán las palomas que se sentirán atraídas por estos seductores, y abandonarán su palomar para correr el albur de una aventura acaso inocente, pero que puede costarles hasta la vida.

CREIAMOS—con la completa ignorancia en que se vive con respecto a gallineros, huertas y tejados en las redacciones — que era privilegio exclusivo del hombre eso de seducir y enloquecer al sexo femenino, llegando al rapto como recurso extremo.

Pero henos aquí con que un telegrama de España bien pronto nos plantea el interrogante: "¿Y si no fuera solamente patrimonio de la humana condición raptar y dejarse raptar?"

Decía el telegrama: *"Mediante palomos piratas, un colombófilo español robó trescientas sesenta palomas hembras."* Y agregaba, luego de historiar el hecho: *"El ingenioso criador ha sido puesto en la cárcel bajo la acusación de robo, y sus palomos han sido enjaulados — que es como decir encarcelados también, — a fin de que no sigan haciendo estragos entre la población femenina de los palomares de la ciudad."*

Comprendimos de inmediato que si la noticia no había sufrido abultamiento, lo de los "palomos piratas" bien podía ser cierto. La comprobación era difícil, ya fuera intentando averiguarlo con los propios interesados o dedicándonos a criar palomas para estudiar sus costumbres. En cuanto a eso de ir a entrevistar a un colombófilo — el recurso más sencillo — y preguntarle a boca de jarro: "¿Qué podría usted decirnos sobre el amor entre las palomas y la forma cómo seducen los palomos?", parecíanos ridículo. Pero la curiosidad del periodista es impenitente, mucho más que en cualquier otro ser humano — incluso las mujeres, — y fuimos a lo de Costoya.

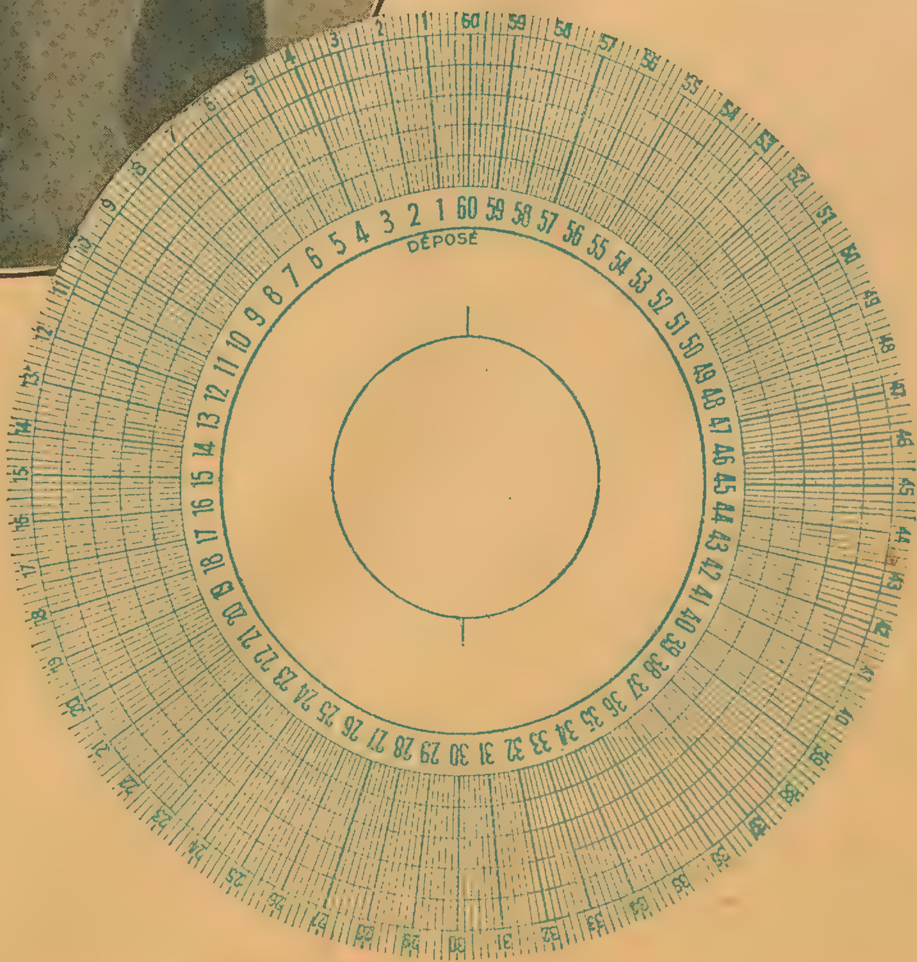
LO QUE OPINA EL DUEÑO DE LAS PALOMAS PORTEÑAS

Lo abordamos y nos pareció que Benito Costoya — al mirarnos de reojo acariciándose la negra barba — meditaba el adjetivo con que pensaba devolver la extraña pregunta. Pero no fué así. Hombre conocedor del "ambiente", lleva más de veinte años dedicados a las palomas, y para él, que tanto las quiere, ninguna curiosidad sobre ellas puede llamarle la atención. No ha hecho de ese cariño una industria; pero ellas le han dado, en cambio, una popularidad envidiable, que acrece cuando en cada festividad patria lleva sus treinta mil alas azules y blancas a la plaza de Mayo. Para Costoya ya no tienen secretos.

— Usted habrá leído — nos dice — que en los libros de novelas y poesías se habla de las palomas cada vez que se quiere asociar el amor apasionado y las promesas inquebrantables de fidelidad. Nada más falso. La paloma es, sí, por su manera de "comportarse", el animal más delicado, más amoroso y más convincente para ganar el afecto, diríamos, de su pareja, pero no es la especie más fiel.

— ¿De manera que los palomos son muy volubles? — preguntamos.

Minutero y horario de los relojes que utilizan los colombófilos para controlar el vuelo de las palomas, y mediante los cuales



JUANES, también RAPTAN a sus AMORES



Señor José Querol, presidente de la Asociación Colombófila "La Sud Americana", que en el curso de la presente nota hace interesantes consideraciones sobre la vida característica de las palomas.

—Exactamente. A veces he visto grabados que representan una pareja en una rama: "ella" abriendo en abanico sus plumas de la cola; "él", imponente, severo, orgulloso, inflando su brillante "buchón".

"La gente podría pensar que esa situación es estable. ¡Gran error! Las otras parejas de las demás especies zoológicas guardan una unión más duradera. Se acompañan mucho tiempo. Es sabido cómo se defienden las familias de ciervos entre sí de cualquier enemigo, y cómo hasta los leones bajan de la selva cerrada a los ojos de agua con sus cachorros a la zaga. Los mismos pájaros — sobre todo en las especies argentinas que mejor conocemos — hacen, como el hornero, un nido, y cada casal vive junto. El palomo, como el gallo, es el Don Juan incorregible de cada palomar."

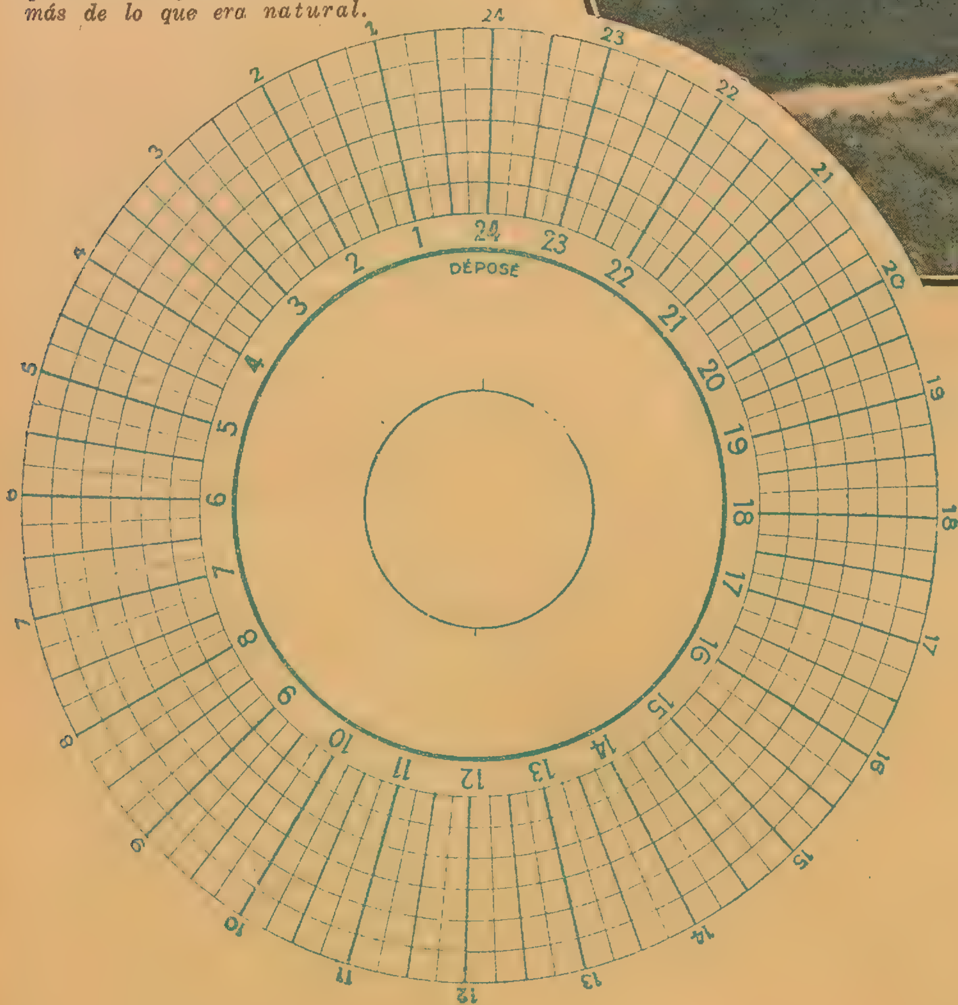
Costoya nos hace pasar a los galpones donde se alinean en hileras interminables las diez y siete mil palomas de su propiedad. Nos hace ver la arrogancia de los donjuanes, muchos de ellos "piratas" que cortejar por igual a toda la bandada.



También don Benito Costoya habla para nuestros lectores sobre las costumbres de los "palomos piratas". El señor Costoya, que es un veterano criador de palomas, aparece aquí rodeado de un grupo de ellas, que le siguen y le obedecen ciegamente mediante silbidos.



He aquí un ejemplar típico de palomo pirata, en el que puede advertirse el desproporcionado "buchón" que lo caracteriza. Es de observar que estos animales son el terror de los criadores de palomas, porque valídos de sus artes donjuanescas, raptan a las más sensibles a sus seducciones.



se puede saber si el animal ha tenido un "flirt" en el camino que le ha obligado a demorarse más de lo que era natural.

—Así se explica — agrega, entrando al fondo de la cuestión — que exista (y eso lo saben muy bien todos los colombófilos) las llamadas vulgarmente "palomas ladronas", que son, en especial, las de la clase denominada "valencianas".

LA TECNICA DEL RAPTO

—Estos animalitos tienen una mentalidad (si mentalidad puede llamársele) muy suya. Cuando el dueño del palomar los deja en libertad, remontan el vuelo, alto, muy alto, y otean la vecindad. De improviso se observa que se lanzan a todo escape. A poco descienden y comienza el trabajo de "seducción" en las inmediaciones de un palomar. Desgraciadamente, los naturalistas no han logrado descubrir la técnica que emplean, pero lo que es cierto es que el cortejo existe en toda regla. "El" da un gracioso viraje alrededor de "ella", zureando, grave e insinuante. La paloma, a igual de las jovenzuelas tímidas, vuela nerviosamente de un lado a otro, mientras el pirata, con su batir de alas profundo y acompasado, infla más aún el "buchón", que equivale, en la especie humana, al movimiento típico del galán que se compone el pecho e imprime a su figura un aspecto más varonil y gallardo de conquista. El "pirata" está magnífico.

"La diferencia que hay entre los palomos y los hombres es ésta: que mientras en los últimos no todos poseen ese flúido que hacía irresistible a Don Juan, en aquéllos todos lo tienen. De otro modo, habría que sospechar de la liviandad de las palomas, y eso sería inferirles un agravio gratuito.

"Lo cierto es que, a poco, se ve que el palomo regresa a su palomar con una compañera. Ella a veces se arrepiente, o lo simula, amenazando con un descenso forzoso que él anula,

(Continúa en la siguiente.)

Si usted desea subscribirse a la revista Mundo Argentino debe llenar el presente cupón y remitirlo en la siguiente forma:

Señor Administrador
de la EMPRESA EDITORIAL HAYNES Ltda.
Río de Janeiro 262 y 300 - BUENOS AIRES



Sírvase tomar nota de mi subscripción a la revista "MUNDO ARGENTINO", por el término de .... para cuyo efecto adjunto la cantidad de $ .... moneda legal.

NOMBRE Y APELLIDO ....

CALLE .... Nº ....

LOCALIDAD ....

PROVINCIA .... F. C. ....

PRECIO DE SUBSCRIPCION

Mundo Argentino — SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

	REPUBLICA ARGENTINA	EXTERIOR	
	CAPITAL E INTERIOR	TODA AMERICA Y ESPAÑA	DEMAS PAISES
1 año (52 números)	$ m/n 9.—	$ m/n 11.—	$ m/n 15.—
6 meses (26 „)	„ „ 5.—	„ „ 6.—	„ „ 8.—

NOTA: Las subscripciones se anotan en la fecha que se recibe su importe (el que debe ser remitido en Giros Postales o Bancarios, Valores declarados, cheques sobre esta plaza), y únicamente por los períodos indicados en la presente tarifa.

persuadiéndola con violentas "caídas de ala". Llegan así al palomar en un vuelo tranquilo y armonioso: el vuelo prenupcial. Pero como entre las palomas parece no rezar aquello de que los besos alimentan o de "contigo pan y cebolla", la dama, en cuanto distingue granos de centeno o maíz, abandona al seductor por un instante, y de cuando en cuando — entre picotazo y picotazo — responde a su arrullo urgente con un breve zureo. Pero he ahí que el cazador — dueño del palomo pirata — está apostado, esperando que, siguiendo la distribución del maíz la paloma pise la base de una terraza por la que ha de deslizarse, al conjuro de una soga, a la trampa. Mientras tanto el palomo se pasea cada vez más orgulloso inflando aún el desproporcionado "buchón". "¡Que pruebe la recién llegada la calidad del buen yantar!" Después vendrá el frotar de picos y el concierto arrullador.

Pero, de improviso, la infeliz cae en el garlito. Tras el enrejado observa al seductor que, desde afuera la contempla breves instantes. Ya no es la elegida de su corazón. Ha caído como las otras, que, abajo, se disputan sus favores. Vuelve a alzar vuelo y con singular obcecación, insiste en reanudar la cacería: todavía hay muchas palomas en los tejados vecinos...

—En un día, trabajando sólo dos horas — termina diciendo Costoya, — un amigo llegó a substraerme quince palomas, que, claro está, me devolvía de inmediato.

Tal lo que relata, minuciosamente, el hombre que se ha hecho casi mundialmente famoso con sus palomas.

¿SIGNIFICA UN PELIGRO EN EPOCA DE GUERRA?

Convencidos de que las palomas pueden ser seducidas y alejadas de sus palomares por "seductores profesionales", dimos en reflexionar sobre el alcance que podría tener el auge de semejante tipo de asaltante.

Bien se ha visto que robar palomas ajenas, mediante palomos piratas, es un delito que cae bajo las sanciones que el Código Penal prevé. A lo menos en España. En nuestro país parece ser que el donjuanismo de los animalitos no se desarrolla en vasta escala. Sin embargo, en tiempo de guerra, ¿no podría ser un medio excelente para atrapar la mensajera enemiga?

Hacemos esta misma pregunta a don José Querol, presidente de la Asociación Colombófila La Sud Americana, una de las más antiguas del país, afiliada a la Federación Colombófila Argentina, entidad que funciona por la necesidad que existe de controlar los palomares, bajo el patrocinio de la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Guerra.

—La pregunta es interesante — contesta el señor Querol, — y, claro está, que en ello se ha pensado, pero no crean que mucho, porque el adiestramiento a que se somete a una paloma mensajera de raza, se entiende, aleja toda posibilidad de..., ¿cómo dijeron ustedes?

—De seducción.

—Eso es: de seducción. Y hay que creer en el instinto de la paloma. Jamás bajará donde no vea su palomar. El señuelo que ella conoce la hará descender. A igual que las mujeres espías o contraespías — pensamos nosotros, — esa clase hace oídos sordos al zureo del pirata enemigo.

—Eso — agrega nuestro entrevistado — en lo que respecta al tiempo de guerra. Pudiera ser que ante el reclamo del Don Juan, como dicen ustedes ("ladronas" según nosotros), la mensajera se llegara a un palomar extraño.

"Sería en primavera, cuando todo en la naturaleza es amor, ley a la que no se substraen por cierto las palomas. Pero seguro es que no pisará la trampa.

"Claro está que, en una guerra, ello permitirá poner a la mensajera al alcance de un fusil. Pero, repito, es casi imposible: digan ustedes que los ejemplares que los colombófilos preparamos, difieren, entre otras cosas, de las vulgares, en que son "incorruptibles..."

Y don José Querol sonríe, como técnico, extrañado de que lo abordemos para preguntarle sobre semejante punto que a él, como a sus colegas, no inquieta en lo más mínimo.

Así nos enteramos también de que entre las palomas, como entre las mujeres, hay quienes anteponen su condición y sus obligaciones a la irresistible tentación de los arrullos.

FIN

"La Chica del perro"

(Continuación de la página 15)

Había muerto, en efecto. Ya no me inspiraba ni siquiera un sentimiento de asco o de rencor. Yo mismo me extrañaba de mi actitud, recordando que en más de una ocasión había querido indisponer a todo el vecindario en contra de aquella familia que con su indiferencia daba un mal ejemplo a todas las chicas del barrio. Y no lo hice, no por falta de voluntad, sino por no haber encontrado ambiente entre los vecinos. El primero a quien me dirigí, no sólo no dió importancia al asunto, sino que se encogió de hombros:

—¡Bah! Eso no es nada del otro mundo. Un pequeño sacrificio. Nosotros, los hombres, hacemos cosas más raras, más peligrosas y más ridículas que las mujeres. ¡Todos, todos! ¡Yo he hecho cada cosa!... Me he pasado horas enteras de plantón en la esquina de la casa de mi novia, sufriendo frío, y sol, y lluvia, y sin poder tener al fin la suerte de acercarme a ella para decirle unas palabras que me quemaban los labios, y para escuchar su voz que era una música divina para mí... Y no era esto lo grave, sino que el vecindario había dado en reírse de mí, por mi estupidez, en lugar de aplaudirme por mi constancia. Comparándolo con esto mío, ¿qué importancia tiene lo de esa chica?

Después de oír a ese hombre, ¿era posible que yo intentara campaña alguna contra "la Chica del perro" y su familia? De ninguna manera. Afortunadamente el otoño me recluyó por las noches en la salita familiar, y no pensé más en ella, sino de tarde en tarde, traída a colación por cualquier hecho circunstancial.

Una noche de mediados de mayo, de fuerte viento y llovizna, la ventana de la sala, mal cerrada, se abrió de golpe, dándonos un susto tremendo. Corrí a cerrarla, y, al hacerlo, miré a lo largo de la calle, solitaria a aquella hora cercana a la medianoche. De pronto, entre las tinieblas de la noche, vi que algo muy pequeño se deslizaba por el medio de la calzada. Agucé la vista, y, no sin asombro, pude precisar lo que era: ¡era el famoso perro..., pero sin la chica!

¿Qué habría pasado? Esperé anhelante junto a la ventana. Unos minutos después, una chillería que salía de la casa de "la Tota" atrajo a los vecinos a las puertas. Nosotros también nos asomamos, pero no nos fué posible enterarnos de lo que ocurría. El frío y la lluvia nos impidieron continuar en la puerta. Pero al día siguiente supimos la gran verdad, la terrible verdad. Aquella noche el perro había regresado solo, llevando en el collar un papelito en que sólo decía:

"¡Perdón, papá! ¡Perdón, mamá!..."

FIN



Labores

Para alegrar el cuarto de la "jeune fille"

Un "bouquet" realizado en paño lenci, de diversos colores, es un adorno novedoso y de gran actualidad, que puede aplicarse sobre diferentes muebles, renovando así el aspecto de una habitación, con una nota alegre y delicada. La ejecución es sumamente sencilla, dependiendo el resultado del buen gusto y prolijidad con que se realice el trabajo. Damos algunos motivos ampliados que permiten apreciar con mayor facilidad los detalles de esta bonita labor.







Deportistas elegantes



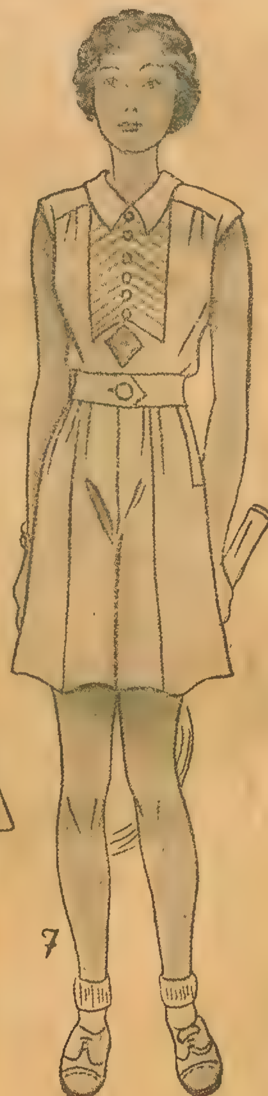
1. Práctico ensemble formado por una falda de hilo y "sweater" de lana blanca rayada de rojo. 2. De brin blanco es un conjunto formado por "shorts" y casaca abrochada en el delantero, que adornan las insignias del club, bordadas en algodón perlé. 3 y 4. Los dos dibujos permiten apreciar detalles interesantes en un modelito práctico y juvenil, interpretado en hilo. Los recortes son de género cuadrillé amarillo y blanco. 5. Para los momentos de descanso resulta muy cómoda una capita que se echa sobre los hombros, sujetándose con una écharpe cruzada. 6. "Shorts" y una casaca aparecen en otro conjunto de hilo. Muy novedoso el ancho cinturón de cuero, con iniciales. 7. Para tennis es apropiado este conjunto que adorna una pechera formada por gruesos pespuntes. 8. De color vivo son las aplicaciones que adornan un vestido de brin. La misma combinación de tonos se repite en el sombrero. 9. Pespuntes adornan un sencillo abrigo, especialmente indicado para las mañanas frías.













Una CLASE de BELLEZA por SEMANA

Por DELIGHT DIXON

EL MAQUILLAJE Y EL PEINADO DEBEN ARMONIZAR

Famosas bellezas de la pantalla ejemplifican al arte de acentuar el encanto y la personalidad, mediante el uso correcto del maquillaje y su armonía con el peinado.

DESDE los tiempos de Eva la mujer ha creado siempre sus propios cocktails psicológicos. Un nuevo peinado, un maquillaje original, un rulo coquetón colocado en lo alto de la cabeza, en la sien, o en la nuca, un modo novedoso de distribuir el "rouge" bastan, muy frecuentemente, para crear una nueva y revivida personalidad. Un peinado novedoso, favorecedor, alienta a cualquier mujer a enfrentar al mundo entero con sonrisa tranquila y confiada.

No se requiere sino sentido de las proporciones y del equilibrio para descubrir el medio de obtener el efecto que se busca, ya sea de dignidad, de coquetería, o de gracia tranquila y serena. Pero, ante todo, es prudente estudiar varios tipos distintos de cara y el modo cómo el peinado y el maquillaje pueden cambiar sus expresiones.

Las fotografías que ilustran este artículo muestran claramente el efecto logrado mediante el cambio en el arreglo del cabello. La encantadora Jean Muir, bien conocida entre nosotros por su actuación destacada en numerosas películas, aparece en dos de ellas. Si la sencillez es prueba de distinción, miss Muir ha logrado el máximo resultado en lo que a apariencia distinguida concierne, mediante un peinado sencillo y un uso inteligente de los cosméticos. El aire de dignidad y sofisticación está subrayado por la parte que podríamos llamar central, del maquillaje: la acentuación bastante generosa del labio inferior y el empleo discreto de los lápices y sombras en los ojos. Nótese que en la frente la raya del cabello termina un poco de costado, sobre el extremo interior de la ceja izquierda, pero que vuelve al centro mismo de la coronilla, en el otro extremo. Grandes ondas apenas marcadas, que comienzan a tres centímetros de la cara y cubren la línea natural del pelo en las sienes, agregan un aire de serena mundanidad a este peinado, favorecedor en extremo.



La encantadora Jean Muir adquiere, en esta forma, un aire de serenidad y "sofisticación" mediante el arreglo del peinado y el artístico empleo del maquillaje. Nótese la diferencia entre éste y el efecto logrado en la otra foto de miss Muir, que aparece en la página.



Una raya al costado y el uso moderado de los cosméticos, colaboran eficientemente para hacer resaltar el juvenil encanto que encierra la personalidad de Jean Muir.



La personalidad muy definida de Dolores del Río no puede ser fácilmente alterada mediante un cambio de peinado o de maquillage. Un estudio detenido es imprescindible antes de enfrentar cualquier variación del tipo facial.



Josefina Hutchinson coloca una raya en el centro de su peinado y usa un maquillaje discreto para crear un efecto de gracia y de delicada sencillez.



Aquí, contrariando las reglas generales del maquillaje, un empleo liberal del color presta un aspecto de ingenuidad al tipo de encanto personificado por miss Hutchison.

Estudiemos ahora, cuidadosamente, las fotografías de miss Muir, y comparemos luego el maquillaje de los ojos de la primera con el que aparece en la segunda y tercera. En la primera foto, los extremos exteriores de las cejas son ligeramente más anchos y acentuados que los interiores. Un poco de sombra ha sido aplicada a los párpados. Este empleo sutil y discreto de los cosméticos presta al rostro la dignidad, que constituye el principal encanto de tal tipo particular de encanto mundano.

Volvamos a observar las dos fotos. En la segunda, que muestra el pelo partido al costado, las puntas externas de las cejas depiladas, la falta de sombra en los párpados y la ligerísima aplicación de "rouge" en el labio inferior, contribuyen todos a darle el aspecto de juventud modesta y recatada, el extremo opuesto del efecto creado en la primera foto.

Y volviendo a observar las fotografías, ¿es acaso posible imaginar el peinado sofisticado de la primera combinado con el juvenil maquillaje de la segunda? La discordancia es evidente. No debe olvidarse el importante detalle de la armonía cuando se elija un nuevo tipo de peinado y maquillaje.

Dolores del Río ofrece un marcado contraste, tanto con miss Muir como con Josefine Hutchinson. La vibrante personalidad de la actriz mejicana es tan fuerte,

(Continúa en la página 64)

De seda imprimé es un bonito vestido que luce entre otros detalles un cuello doble que cae formando un gracioso drapé.

Los vestidos de seda blanca tendrán gran aceptación esta temporada. El modelo, de grueso crêpe, se impone por la sobriedad de sus [illegible]as.

Vaporoso vestido de noche en crêpe rosalba color verde agua. En los hombros y la cintura se adorna con "nids d'abeille".

Traje de tarde, en seda imprimé azul sobre fondo blanco. Un lazo anudado, de crêpe azul pastel, señala el talle.

PARA LA

ORIGINALIDAD

DOS CARACTERISTICAS



MUJER

Y ELEGANCIA:

DE LA MODA ACTUAL



Muy original este traje de noche, en seda color corteza de árbol, sobre el que se destaca un lazo de chiffon rojo vivo.

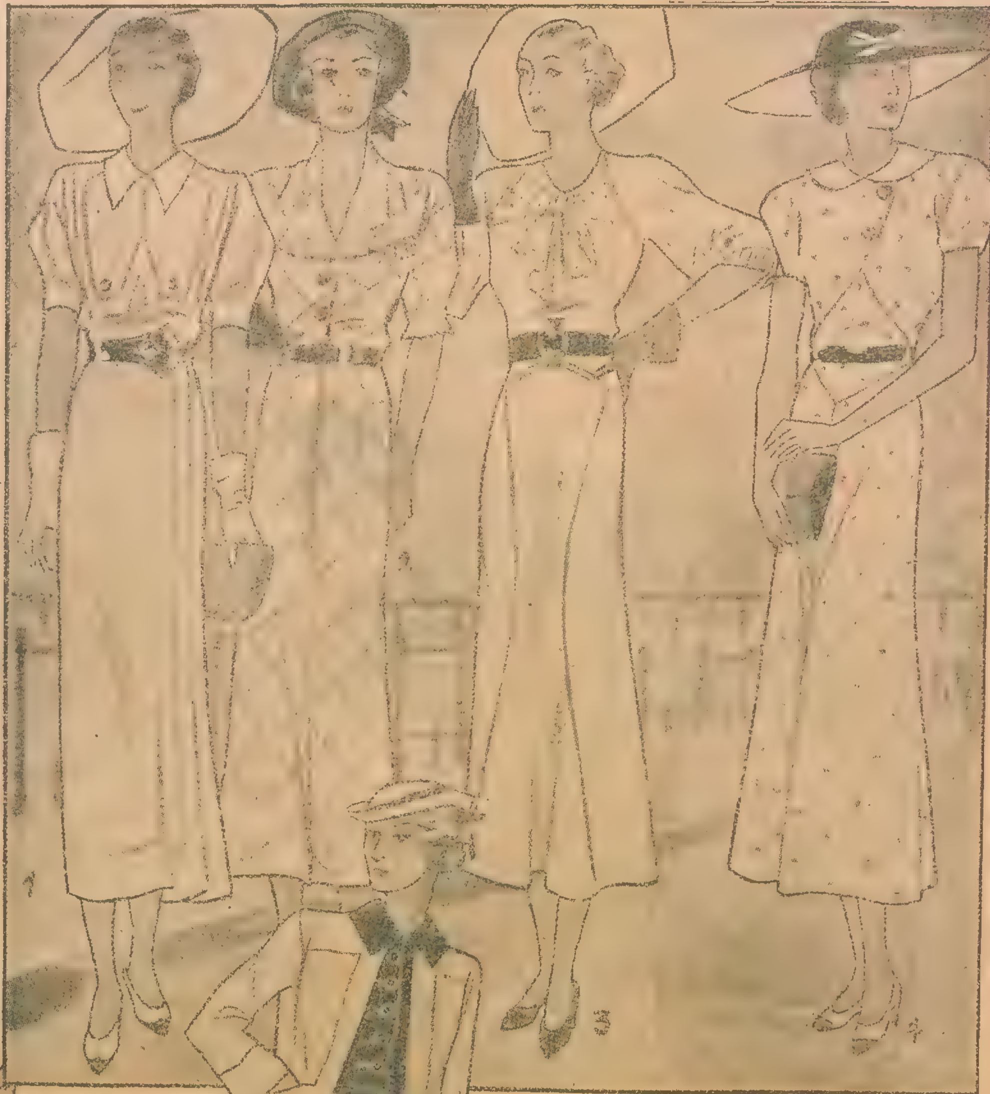
Por su sencillez resulta muy chic este vestido de seda opaca, de corte muy ceñido. El cuello alto es muy original.

Para el "cocktail party" es apropiado un conjunto que forman un saquito de seda pesada, sobre un vestido imprimé.

Traje de noche en organza estampada. En los hombros se advierten pequeñas pinzas que dan amplitud al corsage.

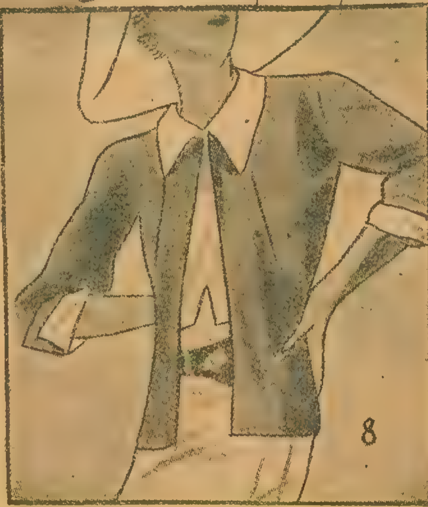
PARA LA MUJER

Siluetas elegantes









Delicadeza y sobriedad, dos características de la elegancia femenina, aparecen en estos modelos, con los que obtendremos un conjunto chic para lucir en los paseos por la mañana y por la tarde. 1. Obsérvese el corte simétrico con que se realza la silueta en este modelo de seda blanca. 2. De seda cuadrillé es este vestido. Los adornos plisados terminan el cuello y las mangas. 3. En la falda se concentra la amplitud de este sencillo modelo. El cinturón es de antílope. 4. Hilo imprimé es el material empleado para este traje. Botones cierran el corsage. 5. La chaqueta que acompaña este vestido lo hace sumamente práctico. El empiécement es de seda imprimé rojo y blanco, y por su corte drapeado resulta muy chic. 6. Otra interesante combinación se ha logrado en este modelo de lino blanco. La cartera hace juego con el resto del conjunto. 7. La blusa, abotonada, en hilo azul, renueva un conjunto del mismo material, pero en blanco. El saco ofrece detalles de actualidad. 8. Para acompañar un vestido de lino es muy práctica una chaqueta de toile azul marino.

UN CANSADO DE LA VIDA

Por JOSE M. BRAÑA



ESTOY tan cansado de la vida — me dijo mi amigo Eleno Cuatiá confidencialmente,—que no debe extrañarte que el mejor día, cuando más ajeno estés a recibir una mala nueva, recibas la noticia de mi partida a ese precioso mundo del que nadie ha querido regresar todavía.

— Harías muy mal en quitarte la vida con tu propia mano. Sólo Dios, que nos la ha dado, es quien puede quitárnosla cuando le venga en gana.

Eleno Cuatiá, apoyado contra un poste telefónico junto al cordón de la acera, guardó silencio unos instantes, como si concentrara toda su atención en algo que le importara mucho. Por fin, con un dejo de duda en la voz me preguntó:

— ¿Estás seguro de que Dios es el único dueño de las vidas humanas, y que sólo El puede disponer de ellas con absoluta libertad?

— Segurísimo. ¿Por qué me lo preguntas con tanto retintín?

— Porque al decirme tú tal cosa, he caído en la cuenta de que, en efecto, Dios es el único que puede quitarme la vida. Las varias veces que he intentado quitármela, ha fallado mi propósito.

— ¡Ah! Pero, ¿es que ya has intentado suicidarte?

— Sí; y siempre fracasó mi tentativa, a pesar de haber recurrido a procedimientos infalibles. Una vez me arrojé debajo de un ómnibus. ¡Fíjate! De uno de esos armatostes que no perdonan la vida a nadie. ¿Pues quieres creer que se detuvo en seco sin tocarme siquiera un pelo?

— Es que estaría de Dios que no debías morir entonces.

— Otra vez compré un revólver con su correspondiente carga de balas. Me encerré en mi cuarto y apoyé el cañón del arma en la sien y disparé una vez, y otra, y otra... Disparé como veinte veces, ¡y nada! No salió ni un miserable tiro.

— Dios no habría querido que murieras tampoco en esa ocasión. ¿Y volviste a intentar semejante desatino?

— Dos veces más. Una de ellas arrojéndome al paso de un tren. Pero me ocurrió la cosa más peregrina que puedas imaginarte. Al dar el envión para arrojarme, se me enganchó el saco en un alambrado de púa en que no había reparado, y no sólo no pude suicidarme, sino que para sacarme de entre los alambres fué necesario el esfuerzo de dos hombres robustos.

— ¿Y la otra vez?

— La otra vez me fuí a un paraje solitario del puerto para arrojarme de cabeza a las aguas sucias del dique; pero en el momento de llevar al cabo mi trágico propósito, ¡paf!, siento que una mano vigorosa me toma del cuello y una voz terrible me dice: "¿Qué va usted a hacer infeliz? ¿No sabe que está prohibido arrojar inmundicias al agua, y que puede comprometerme?" Como puedes suponer, se trataba de un marinero de la Prefectura en quien no había reparado.

— ¿Te convences, Eleno, que cuando Dios no quiere una cosa es inútil querer torcer su voluntad?... ¿Y ahora?

— Ahora me propongo tentar la muerte por la última vez. Tengo un medio infalible — y se me acercó cuanto pudo para decírmelo al oído: — un medio que va a hacer fallar el sumo poder del Altísimo. Repara. ¡Cianuro! En cuanto lo pruebe, ¡a ver si Dios es capaz de salvarme!

Como a pesar de cuanto me había dicho no le creía capaz de quitarse la vida, ni siquiera le creía a la vista del frasco terrorífico que tenía entre los dedos temblorosos, le dije en son de broma:

— ¡Qué vas a ser tú capaz de apurarlo!

Más vale no lo hubiera dicho.

— ¿Que no, dices? ¡Fíjate, si no!

Destapó el frasco y se lo empinó. Yo, espantado, abrí tamaños ojos. Eleno Cuatiá revolvió los suyos y se dejó caer, exclamando:

— ¡Me voy para siempre, Polonio! Si quieres hacerme un favor, reza por mí un par de padrenuestros...

Por no ver su terrible agonía, eché a correr y no paré hasta llegar a mi casa. Ya en ella, siempre poseído del mismo espanto, me zambullí entre las frías sábanas del lecho. No pude conciliar el sueño hasta las primeras horas de la mañana, en que me dormí con un sueño agitado. Pero en lo mejor de mi sueño fuí despertado por mi suegra, que me entregó una carta que acababa de traer un mensajero para mí. Semidormido abrí el sobre y leí la firma estampada al pie de la hoja escrita que contenía. Y por poco no me desmayo. Firmaba Eleno Cuatiá. Y el papel sólo decía: "Tienes razón, mi querido Polonio. Dios es el amo de nuestras vidas. No he muerto. ¡El cianuro era falsificado!"

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR



















El mundo en la







LOS LENTES DE MICROVISION DEL DOCTOR FEINBLOOM

Una verdadera revolución en la ciencia están llamados a producir los lentes inventados por el doctor William Feinbloom, con los cuales van a recobrar totalmente la vista muchas personas que son prácticamente ciegas. En la fotografía de la izquierda aparece el señor Isidoro Cohen acompañado de su esposa. Este hombre quedó ciego a los doce años, y ahora, a los cuarenta y siete, ha recobrado la visión merced a los prodigiosos lentes de microvisión del doctor Feinbloom.



LA MANSEDUMBRE DE "HORACIO"

El hipopótamo más bueno del mundo se encuentra en el Jardín Zoológico de Londres y se llama, como el célebre poeta latino, "Horacio". Es pequeño comparado con sus congéneres, y los niños que visitan el zoo hasta juegan con él como si fuera un perro. "Horacio" entorna los ojos llenos de bondad y se deja acariciar por las criaturas, sin que hasta la fecha haya dado muestras del más ligero mal humor.



TEMPORADA DE LAS OSTRAS EN WHITSTABLE

La estación de las ostras se ha iniciado con mucha fortuna en Whitstable (Inglaterra), donde la pesca del sabroso molusco se hace en gran escala. La tarea de envasarlas no deja de ser grata, sobre todo si se tiene por compañera a una sonrisa femenina, que es un acicate para la labor de acondicionar las ostras que acaban de ser atrapadas.



LA MAS PEQUEÑA DE LAS GRANDES ARTISTAS DEL CINE

Como un descanso a sus tareas de filmación, que han sido bastante intensas últimamente, la encantadora Shirley Temple hizo un viaje de recreo a las islas Hawai, donde fué muy agasajada por los muchos admiradores que también tiene en aquellas regiones. Tanto fué así, que hasta la obsequiaron con el collar de flores que en las mencionadas islas dan los nativos a los visitantes de honor. En esta fotografía aparece con James A. Farify, alto funcionario de Nueva York, que fué a dar la bienvenida a la pequeña actriz a su regreso de Hawai.

fotografía y en el comentario





COLISION DE UN BUQUE INGLES CON UNO ALEMAN

Navegando en aguas de Sandgate chocaron el buque británico "Ramillies" y el alemán "Eisenach", produciéndose graves averías, especialmente las que sufrió el último, como puede apreciarse en la fotografía de arriba, que muestra el tremendo boquete que le hizo el encontronazo con la nave inglesa. Felizmente, las cámaras de seguridad del "Eisenach" lo salvaron de una verdadera catástrofe y pudo ser llevado a puerto por su misma tripulación. A la izquierda vemos al "Ramillies" mostrando las averías sufridas en la colisión.

DOS PINGUINOS INTERPRETES DE CINE

Aunque no lo parezca, "George" y "Percy" son dos intérpretes de cine que ya han aparecido en varias películas y se han desempeñado en forma tal, que han merecido los más vivos elogios del director y de sus compañeros de labor. Como premio, después de actuar ante las cámaras, se les saca a pasear, y esta niña es la encargada de recrear a los pingüinos, que se ganan, como quien dice, el pan que comen.





LA SENCILLEZ DE LA MADRE DEL PRESIDENTE NORTEAMERICANO

La madre del presidente Roosevelt es una dama de ejemplar sencillez, y así, no se niega nunca a prestar su concurso en numerosas obras de beneficencia o de cultura que se realizan en el país, aunque sean organizadas por instituciones modestas. Recientemente se efectuó en Rhinebeck (Estado de Nueva York) un concurso de belleza infantil, y la madre del presidente de los Estados Unidos aceptó el ofrecimiento que se le hizo de formar parte del jurado para otorgar los premios, tarea que llevó a cabo con imparcialidad y haciendo gala de su característica sencillez.



Sarita Watle, fuera del escenario, hace una vida recogida que hasta llega a sorprender. Aquí la vemos escribiendo sus memorias, que, sin duda, resultarán una lectura interesante el día que se decida a publicarlas.

TRES VEDETTES NOS HACEN SUS CONFESIONES: Sarita Watle, Aurora Gibellini y María Esther Gamas

SI trasplantásemos nuestro concepto sobre Sarita Watle de la escena a su vida íntima, si quisiéramos imaginarnos a nuestra cotizada "vedette" en su aspecto espiritual, fuera ya del ambiente teatral, sólo podríamos definirla bajo un aspecto lógicamente deducible: que debe ser alegre, dinámica, despreocupada, comunicativa; debe tener muchos amigos, muchas satisfacciones y mucho tiempo para perder.

Sin embargo, una deducción tan simple, casi tan lógica, contrasta con la verdadera vida que Sarita "vive".

Emotivamente nos fué refiriendo un aspecto de su vida; su habilidad para el baile le sirvió para debutar en el teatro a la edad de ocho años. Había quedado huérfana de padre; las necesidades eran múltiples; bailaba inconscientemente, pero se defendía de la miseria; luego, la primera "tournée", jiras y triunfos y la definitiva consagración.

Por eso Sarita rechaza ahora su forzado trabajo, reacia a las amistades, reacia al ambiente teatral. De sus sufrimientos y aspiraciones nadie se preocupa; de sus penas nadie se imagina.

— Ninguno me comprendería; tuve que encerrarme poco a poco en una intensa vida interior, trabajar en lo que no me gustaba y tener que seguir luchando hasta poder abandonar todo esto. Por eso mitigo el contraste de todo lo que hago con lo que me gustaría hacer, y vuelco mis cuitas en un diario; porque tengo un diario íntimo; todavía creo en él, repaso con fuición mi colección de recortes como si repasara mi vida misma; suelo abrir la ventana, sentarme lo más alto posible y recibir plenamente el aire casi frío y el cielo casi estrellado, leo y mucho, y también me repito mil veces que no soy como algunos podrían creer...

Sarita Watle nos ha defraudado, seriamente defraudado en nuestro reportaje.



Los recuerdos de su vida son otra de las preocupaciones de Sarita Watle. Pásase las horas hojeando sus álbumes, por cuyas páginas desfilan horas y figuras inolvidables para ella, tanto del pasado como del presente.



El piano también constituye uno de los atractivos de su vida íntima. La música llena su corazón de ternura, y la hace aun más devota de su recogimiento. Luego, asomándose a la ventana, sueña y medita bajo el incesante parpadear de las estrellas.



María Esther Gamas, fuera del escenario, es mujer de otra pasta. No escribe memorias ni sueña con el pasado; consagra parte de su tiempo a sus lecturas predilectas.

Es indudable que María Esther Gamas es una excelente ama de casa. Todo en su hogar brilla como el oro. Y lo hace todo cantando, riendo, como si la limpieza constituyera un arte para ella. Aquí la vemos con su perro favorito, que es su mejor amigo.



No se avergüenza María Esther Gamas de que el fotógrafo la sorprenda en tan prosaicos menesteres. "¿Es acaso denigrante — pensará ella — hacer la limpieza de la casa? ¡De ninguna manera!" Y así es cómo no teme que se le estropeen las manos en el fregado de vajillas y vidrios.

MARIA Esther Gamas es espontáneamente modesta, instintivamente sencilla, remilgada y voluntariamente "hacendosa". Al sorprenderla casi colgada de una ventana en una postura digna de la misma torre de Pisa, gastando los vidrios de tanto repasarlos y sonriendo beatificamente de su pulimentadora labor, saboreamos de la escena casera que nos ofreciera, justipreciando al momento la amalgama de recursos de nuestra celebrada vedette.

— ¿Ensayando?

— Nada de eso; sacando basurita con la mayor seriedad.

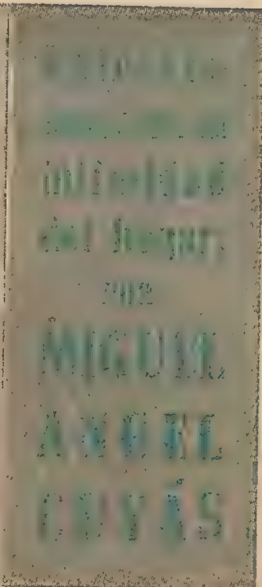
— Su labor artística no finaliza, pues, con la caída del telón.

— No lo tomo como cumplido. Fuera del teatro no soy ni más ni menos que una buena ama de casa.

— Lo de buena habría que consultar primero con la opinión de sus familiares.

— De la solidaridad de ellos estoy segura..., en fin, casi segura; siempre que sepa servirme yo sola las





cosas y limpie o barra de cuando en cuando.

—¡Qué explotación!

—¡Cállese, y no se meta en lo que no le importa! Son reivindicaciones que gané a costa de ingentes esfuerzos.

—No los justifique, María Esther; respete por lo menos la reglamentación del descanso obligatorio.

—A propósito del descanso, ¿quiere hacerme el favor de salir de esta silla? Tengo que sacudirla con el plumero. Además, le ruego que no cuente nada de lo que está viendo.

—¡Pero algo tendremos que decir de usted!

—¡Por Dios! ¿Qué dirán de mí?

—¿De usted? Pues hija, que huele a limpio.

En cambio, Aurora Gibellini tiene otro ideal, lejos de las tablas. No escribe memorias ni desempeña las simpáticas funciones de ama de casa. Hace algo más efectivo: duerme. El sueño es su debilidad, su pasión. El fotógrafo la ha sorprendido junto al teléfono, acaso despidiéndose de sus relaciones antes de meterse en cama.

AURORA Gibellini lleva consigo lo que ciertas teorías filosóficas definen como "su propia contradicción". Porque Aurora se mueve a saltos, felinamente, provocando en sus movimientos nerviosos una baraúnda descomunal. Aurora es movimiento y desorden, y, sin embargo..., bajo esta pátina de dinamismo hay unas ganas bárbaras de dormir.

El sueño de Aurora es la quintaesencia de la abulia; pesados o ligeros, sus sueños, sueños son.

A duras penas la Gibellini salta de la cama y se presta al reportaje.

—Despabílese, Aurora, y cuéntenos sobre sus actividades fuera del ambiente teatral.

—Usted lo vió ya: ¡dormir! ¡Viva el sueño!

—Sosiéguese; hay cosas que deben decirse con mayor apatía y, en cuanto a dormir, la cosa tiene su límite.

—Lo sabía, pero no conmigo.

—¿Nunca se le ocurrió salir tempranito de casa, pasear, tomar aire químicamente puro? Piénselo, Aurora; le hará bien, a lo mejor.

—No predique; la cabra al monte tira, y a mí me tira el sueño. ¡Aunque también me gusta molestar por teléfono!

—No deja de ser una novedad dentro de su "actividad".

—Señor cronista, se hace lo que se puede; lo esencial es molestar a mis amigas, aun bajo la forma de chimento. Termino con el teléfono y derechito a la cama.

—Dígame, Aurora, ¿para usted no existen los llamados nuevos horizontes?

—Si es por horizontes, tranquilícese usted; pienso viajar; creo que a fin de año estaré durmiendo en París.

—Para dormir no necesita cruzar el Atlántico. Sea formal, Aurora: ¿con qué objeto realizará usted este viaje?

—Para distraerme y, de paso, aprender algo nuevo dentro de mi género.

—¡La felicito! ¡Viva la inquietud! ¡Viva la cordura!

—¡No! ¡Viva el sueño!



Y aquí la vemos en el lecho, hojeando un libro, sin duda con el propósito de atraer el sueño, acaso un poco rebelde. Pero, una vez logrado, ¿será fácil substraerla a él?

el consejero de los novios

Por NENUFAR

EN EL CASO DE USTEDES es mejor que sea el mismo interesado quien hable con sus padres.

El debe explicarles los motivos que tiene para proceder como lo hace, y nada debe temer dada la seriedad que guía sus intenciones. Me halaga, querida amiguita, saber que mi consejo anterior le resultó tan saludable.

Tendré el gusto de publicar la poesía que me envía.

Contestando a "Mirtha Elena", de Corrientes.

• •

EL HOMBRE atraviesa, en algunas ocasiones, la vida bajo un cielo tranquilo y un sol tibio de primavera; otras, en cambio, bajo el azote de la tempestad; pero una circunstancia imprevista cualquiera puede modificar la dirección de la ruta y transformar la dicha en dolor, la derrota en triunfo. No se desespere, pues, amigo mío. Comprendo que la serie de acontecimientos más que desagradables en que le tocó actuar y tantas emociones extremas y contrarias lo hayan desorientado. Pero mientras lo acompañe la fe de la mujer amada, toda alma y bondad, no debe claudicar; por el contrario, debe aunar energías para salir airoso en la prueba.

Contestando a "Sufro mucho", de Capital.

• •

1º—**SUPONGO QUE EL HOMBRE** en cuestión tendrá curiosidad de saber si es o no correspondido; entonces esa pregunta surge de la misma declaración.

2º—Para expresar a una mujer el amor que inspira no es menester aprendizaje previo; basta hacerlo con las palabras que surgen espontáneas, inspiradas en ese mismo sentimiento. Por eso, aunque yo publicara una declaración, podría no adaptarse, al hacerlo, a las circunstancias en que usted quiere hacer la suya.

Contestando a "Inocente", de Rosario.

LA POESIA que me envía, aunque lo siento, no se publicará, pero si se la enviara a esa señorita conjuntamente con una carta, quizá surtiera el efecto que desea.

Me dice usted que "se aman, pero poco, a pesar de sus deseos". No alcanzo a interpretar claramente el sentido de esa frase, pues por lo que agrega más adelante, creo entrever que no es mucho su cariño, ya que la ausencia y el silencio no logran intranquilizarlo. Las cartas pueden ayudarlo a vencer su timidez; puede en ellas explayarse a su antojo y expresar sin miedo sus verdaderos sentimientos.

Mi agradecimiento por sus felicitaciones.

Contestando a "M. B. B.", de Salta.

• •

COMUNIQUE a su familia la decisión de casarse con ese hombre, pues lo ocurrido anteriormente no puede ser obstáculo para frustrar sus planes.

Si está segura de ser querida realmente, no titubee.

Contestando a "Alma en flor", de Caucete.

• •

EN MI SECCION no puedo hacerle saber lo que tanto le interesa, porque esas colaboraciones no entran para nada en mi jurisdicción. Son otras las personas encargadas de esa tarea.

Aunque siento no poderle hacer la "gauchada", retribuyo su saludo de amigo.

Contestando a "Jack", de capital.

ESE DESMEDIDO AMOR al dinero puede llevarla a la infelicidad. Si son tan grandes sus ambiciones, hace mal en aceptar a ese hombre, que podrá ofrecerle mucho amor pero muy pocas riquezas.

Piense bien lo que hace; tenga presente que está en juego su porvenir.

Contestando a "Primavera", de Salta.

• •

LA VERDAD es que esa chica hasta ahora no lo ama. Eso es lo que deja traslucir a través de su proceder. Por lo tanto, no es conveniente que vuelva a escribirle.

Deje que esta separación resuelva su problema.

Si ella ha lamentado su alejamiento, a su regreso asumirá distinta actitud.

Contestando a "Tormentos", de Mendoza.

• •

ESTA A TIEMPO de cambiar el rumbo de su vida.

Si continúa la actitud indiferente y despectiva por parte de ese joven, nada le impide devolverle la palabra empeñada, ya que me parece que también su amor por ese hombre languidece.

En cuanto al otro candidato, por el momento no debe usted hacer nada por su acercamiento. Si él piensa como antes, al saber que es usted libre, la buscará.

Contestando a "Arrepentida", de B. Blanca.

• •

LA CONCLUSION a que se llega es terminante. La ausencia llevó consigo el olvido. Es doloroso comprobarlo, pero ante la evidencia de los hechos, no cabe la duda. Hace muy bien en mantener su dignidad y no rogar. No obstante puede escribirle otra carta lacónica, reiterando el pedido de devolución en vista del incumplimiento de lo prometido.

En cuanto a su pena, amiguita, el tiempo se encargará de atenuar su grandeza y de alejar la tristeza que hoy la embarga.

Contestando a "Te amaré mientras viva", de Robles.

• •

SON MUY GRANDES los compromisos que atan a ese hombre a la otra mujer para que pueda desligarse de ellos. Aunque ahora sufra y le parezca imposible la vida sin su amor, la reflexión debe hacerla decidir a poner punto final a esas relaciones que sólo la llevarán a un mayor desengaño.

Los hechos le han demostrado que muy poco vale la palabra de ese joven. Entonces, ¿por qué continuar la farsa?

Contestando a "Indecisa", de Adrogué.

• •

ES MAS CORRECTO, que no teniendo ya nada que ver con ese joven, le devuelva las cartas y obsequios que aún guarda en su poder.

En cuanto a pretender conquistar a quienes pasan a su lado indiferentemente, será vano empeño de su parte, y sólo conseguirá sufrir nuevos desencantos. Cuando alguien se interese realmente, no será necesario que sea usted la que busque cuál es la mejor forma de atraerlo.

Contestando a "Alma doliente", de Corrientes.

• •

DE LO QUE QUIERA GASTAR depende el obsequio a hacer.

Una alhaja es siempre un regalo apropiado para una novia.

Contestando a "La amo", de María Teresa, Santa Fe.

(Continúa en la página 65)

ENLACES QUE SE EFECTUARON EN EL MES DE SEPTIEMBRE

Disolina E. Rosetti con Juan Luis Schiavoni, en Rosaria Tala (Entre Ríos).
Inés Perugorría con José Luis Souilhé, en Jobson (Vera, Santa Fe).
Anita Grosso con Ricardo Maniezzi, en Casilda (Santa Fe).
María Gabriela Smith Leroux con Ramón Virgilio Torres, en Rosario.
Ana L. Beytía con Angel Ates, en Malabrigo.
Esther Bernard con Godofredo Lozano, en La Plata.
Magdalena Hure con Ramón Cortés (hijo), en Chabás.
Emilia Navas con Luis Antonio Orellana, en Tucumán.
Carmen Márquez con Fernando P. Godoy, en Pergamino.
Ana M. Belmartino con Antonio Lo Gioia, en Dolores.
Marta A. Reyes de Roa con Edmundo Fonso, en Rosario.
Aída Scarabino con Luis A. Gallo, en Rosario.
Elena A. Gatti con Santos A. Tosturella, en Arroyo Seco.
María S. Díaz Cisneros con Juan C. González Sasso, en La Plata.
María Ana Eliceche con Rodolfo Dufoure, en Banderaló.
Rosmunda Piga con Mario Nicolini, en Maza.
Delfina Gómez con León F. Grazide, en Tucumán.
María Luisa Piñeiro con Sergio Urien, en Isidro.
María E. Atienza Medrano con Leopoldo Chacama, en Rosario.
María M. Rodríguez de la Torre con Arturo Vázquez Avila, en Córdoba.
Sara G. Fittipaldi con Pedro Subiza, en Coronel Suárez.
Nélida Suárez con Manuel Deza, en Piñeyro.
Clara Grassi con Valentín Frizza (hijo), en Tornquist.
Amalia Frangella con José Jorge Dassonvalle, en Tigre.
María Esther Muffatti con José L. Gálvez, en San Fernando.
Ana Armagno con Luis Ponce de León, en 25 de Mayo.
Elsa B. Marino con José Maizano, en Necochea.
Blanca Baudín Cañás con Atilio Depetris, en Lomas de Zamora.
Blanca A. Pierotti con Pablo Bisso, en Bánfield.
María Lusarreta con Santiago Ruiné, en Rauch.
Blanca Dávila con Ramón Baliño, en La Plata.
María E. Berasain con Juan J. Podestá, en Bragado.
Clelia Barbieri con César H. Ayala, en Chajarí (Entre Ríos).
Leonor Dolores Varela con Francisco Gaspar Pulido, en Junín.
Blanca Suárez con Alberto Vivaldelli, en Mendoza.
Elena Macarrone con José A. Lizarraga, en la Capital Federal.
Inés Míguez Sarbach con Ricardo Emilio Anselmino, en Monte Maíz.
María Imelde Clarión con Ernesto Piagna, en Bengolea.
Emilia Cina con Narciso A. Nazar, en Santiago del Estero.
Virginia Báez con José Mercado, en Desamparados (San Juan).
Zumilda C. Magnoni con Isidro Goldar, en General Lavalle.
Mariana Miguel con Gilberto Bosatta, en Dolores.
Trinidad Sánchez con Enrique Molina, en Ascensión.
Paulina Bordone Prat con Federico Mantegazza, en Burzaco.
Elena O'Reilly con Eduardo L. Beláustegui, en la Capital Federal.
Ermelinda Rosende con Antonio Ortega, en Gerli.
Teresa Vazallo con Luis Lozano (hijo), en Metileo (Pampa).
María Teresa Mac Loughlin con Tomás Rush, en Marcelino Ugarte.
Ilia Guagli con Armando Fagotte, en Alvarez (Santa Fe).
María N. Casas con Pablo P. Savioli, en Rosario.
Herilda A. Casey con Julio F. Sachavanne, en Alberti.
Leonor Fernández con Nicolás Carosella, en Rauch.
Juana A. Lema con Manuel Rivas, en Maza.
Ana M. Podestá con Enrique Podestá Igarzábal, en la Capital Federal.
Elisa Caviglia con José F. Bonino, en San Isidro.
María Cristina Aráuz con Ernesto Lascano, en La Plata.
René Forcat con Alfredo Cristi, en Rosario.
María Echeverría con Petrus Rey, en Carlos Casares.
Nélida E. Scolari con José M. González, en Carhué.
María Elena Román con Antonio Sibilla, en Munro.
Amelia Coniglia con Marcelino V. Lemos, en Vicente Casares.
Ana Fazio con Joaquín Foppiano, en Bernal.

A LOS NOVIOS DE TODA LA REPUBLICA

Como ya anunciamos hace algunos números, "Nenúfar" publicará en esta sección, en el primer número de cada mes, la nómina de los enlaces a realizarse en el curso de él, a fin de que la noticia de este simpático acontecimiento llegue a todas las relaciones de los contrayentes.

Por tanto, "Nenúfar" invita a los novios de todo el país a que envíen la noticia de su enlace con una anticipación de veinte días, por lo menos, para poder ser incluída con las demás.

Los inconvenientes de los purgantes de sabor desagradable

Tomar de tiempo en tiempo un buen purgante para depurar la sangre y eliminar las impurezas del organismo, es tanto para los niños como para los adultos una necesidad tan obvia e indiscutida, que es hasta superfluo hablar de ella en sí, pues sería repetir lo que ya todo el mundo sabe.

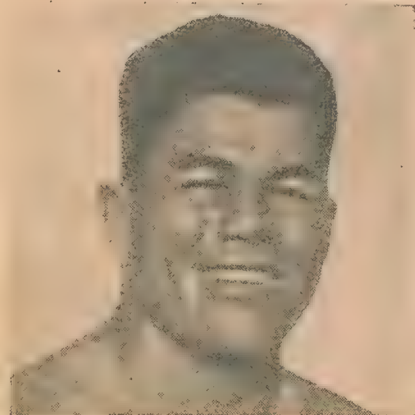
Pero lo que sí a este respecto cabe recomendar es la conveniencia de elegir un purgante que resulte grato al paladar. Varias son las razones, siendo la principal la que débese tener presente que la mayoría de los adultos y la totalidad de los niños prefieren purgante o laxantes de gusto agradable porque éstos se toman con placer, y en esta forma se evitan esas sensaciones desagradables de repulsión, náuseas, salivamiento, y hasta vómitos, que ya de por sí anulan la acción medicamentosa, sensaciones desagradables, éstas que repercuten sobre el sistema nervioso malgastándolo inútilmente.

Estos inconvenientes se salvan fácilmente suministrando a los niños los acreditados "Bombones Nagell" laxantes y purgantes. Son bombones tan exquisitos como los más finos de confitería que los chicos comen siempre con suma fruición y sin percatarse siquiera de que se trata de un purgante, evitándose de este modo por completo los inconvenientes que acabamos de puntualizar. Los "Bombones Nagell" son el purgante ideal para niños y señoras, se venden en todas las farmacias.



VIDAS de BOXEADORES

Por CHARRÚA



COMO FUE DESCUBIERTO ICOCHEA

En la mayor parte de los casos el conocimiento de los hombres es obra de la casualidad junto al ring.

Prueba al canto: cómo el manager Julio Iturriaga conoció al fuerte medio pesado peruano Alberto Icochea, hace doce o trece años.

Resulta que aquél había ido a Nueva York con Firpito, y como era de cajón, al gimnasio del Madison. Llegó el momento de ajustar el abono de un ropero donde guardar los útiles de entrenamiento. Y entonces les aconsejaron, por economía, tomarlo a medias con otro sudamericano que se entrenaba en el mismo gimnasio. Se entendieron. Un rato después Iturriaga lo vió hacer guantes. Y a partir de ese momento, con su característica sagacidad de manager, "descubrió" al hombre que pocos años después iba a ser el tremendo adversario de Frattini. En aquel entonces Icochea, por recompensas insignificantes, hacía hasta dos peleas semanales, sin que a nadie se le ocurriera sacar mejor partido de su mandíbula de acero, procurándoles a sus puños un adversario de consideración.

Así fué cómo, por obra de la casualidad, el buen manager entró en arreglos con el buen pupilo; se lo trajo a Buenos Aires y lo hizo debutar con el negro Bornetto en el Club Policial.

UN EMPRESARIO MASCOTA

No recuerdo en qué pelea, hace años, dieron las diez de la noche, sin que pasaran de tres los palcos que se habían vendido en el Parque Romano.

Cansado de ir y venir de un lado a otro sin provecho, el señor Villar, empresario del estadio, se ubicó en un palco, ordenándole al acomodador que diera parte en la boletería, a fin de doblar la localidad.

Diez minutos después se presentó un caballero acompañado de dos damas a ocupar justamente ese palco, que acababa de adquirir en boletería. El señor Villar, fastidiado, ocupó otro y repitió la orden al acomodador. Sólo que a poco también este palco pasó a mano de mejor dueño, y ya entonces aquél, sin poder contenerse, se fué como una exhalación a encararse con los boleteros, reprochándoles su falta de consideración, y haciendo méritos del antipático papel que se veía obligado a representar en su propia casa.

—¡Qué más quiere!... — replicaron aquéllos — ¿No ve que así los palcos se venden?

Villar había resultado mascota...

"MUÑECO DE TRAPO"

La credulidad de Kid Uber, en el campamento donde los aficionados argentinos se congregaron en vísperas de la selección sudamericana, era famosa. Cuanto "bolazo" discurrían los compañeros iba a parar a los oídos del chico Uber, dispuesto a darle crédito.

Uber usaba habitualmente sobre dos gruesas camisetas una tricota de lana para precaverse del frío, circunstancia que le daba la apariencia de un muñeco de trapo. Así lo bautizaron los compañeros, y una de esas noches en que le tocaba subir al ring, el anunciador del espectáculo vino a notificarle que la Federación había dispuesto anunciarlo en el instante de la pelea por el apodo. Uber no tenía consuelo. Pero tan se había hecho convencimiento en él este aviso, que cuando el speaker dijo Kid Uber en lugar de "Muñeco de trapo", no pudo contener una expresión de alborozado azoramiento, y volviéndose a los segundos, dijo:

—¡Bolada!... Se equivocó el speaker...

UN AVISO SABIO

Entre los peores errores que pueda cometer un profesional novicio, está el de distribuir mal sus energías a través de los doce rounds que dura una pelea de fondo.

Cualquier espectador de box está cansado de ver muchachos que en la primera vuelta se portan como titanes, sólo que después las fuerzas comienzan a abandonarlo, y el resultado final favorece al que ha sabido reservar su provisión de nafta para correr los últimos diez minutos.

Naturalmente que en aquéllos prima el deseo de impresionar bien de entrada y hasta si es posible de apuntarse un knock-out que es el principio de la consagración, principio por el que suspiran los más ambiciosos.

Con el tiempo la experiencia se encarga de "domesticarlos", digamos así, demostrándoles que el ataque más inteligente no es el más continuado.

A Víctor Druda le salió una vez un adversario de aquella especie. Sonó el gong, y, como si se hubiese desatado una tromba, se encontró envuelto en una nube de piñas.

Druda, que conservaba su serenidad, lo paró en seco:

—¡Eh, amigo!... Un momento. ¿No ve que tenemos que pelear doce rounds?

¡AHURA TE QUIERO VER!...

¿Se acuerdan los lectores del match Argote-Cecarelli? La pelea, que concluyó con un empate, dejó a los partidarios del primero muy amoscados.

Argote era un peso pesado vasco que tenía la velocidad y a ratos la eficacia de un mediano, en cuanto a la dirección y la justeza de sus golpes. Pareció esa vez que hubiera debido corresponderle la victoria por puntos, pero otro fué el criterio del jurado.

Quedaron, pues, picados los ánimos, y dos días después, Balerdi, manager del español, y Ruggero de Sanctis del italiano, se encontraron en el Parque Romano y entraron a discutir el fallo, hasta que Ruggero de Sanctis, con aire zumbón, formuló esta propuesta:

— Faremo la rivancha per tuta la bolsa al vinchitore. E dopo, io yuoco cuesta bolsa a lei, a dodiche rounds.

— ¡No hable de dosce runes, hombre!... — replicó amostazado Balerdi. — ¡A un solo run se la juego yo!... ¡Ahora mismo!... ¡Aquí mismo!...

Y como sobre la amenaza iba la acción, y el manager del vasco se quitaba el saco para empezar a cascar, hubo que impedir el encuentro "porque no estaba legalizado en la Comisión Municipal de Box"...







¡Oh alegría!... Se trataba de un anciano que había sido arrollado en la vía pública y que yacía en el suelo...

EL SALVADOR

UN día mi adorada Rosalía me dijo con una bella sonrisa. "Yo no me casaré si no es con un hombre que haya realizado una buena acción por la cual merezca ser recompensado." Tristemente pensé que la guerra había terminado y que me sería muy difícil conseguir una medalla como premio al valor civil.

Durante cinco meses vagué a la orilla del río. Varios individuos, hombres y mujeres, se tiraron al agua ante mis propios ojos o casi. Pero me fué imposible aprovecharme de estas ocasiones porque no sé nadar y no encontré ningún suicida de buena voluntad que se echara al río en un lugar donde yo pudiera salvarlo sin ningún peligro.

Decidí entonces probar fortuna en tierra firme. Después de tres años malgastados en buscar la forma de hacer chocar a una anciana contra un ciclista principiante, a empujar delicadamente un niño bajo las ruedas de un automóvil, a provocar, en suma, doscientos sesenta y tres accidentes de los cuales no me pude aprovechar de acuerdo con mis intenciones, empecé a desistir de mi boda con Rosalía.

Ayer paseaba por la calle de San Pancració, cuando sentí un grito desgarrador. Me di vuelta pensando que se trataría de algún poeta futurista que estuviera declamando sus versos. Pero no... ¡Oh, alegría! Se trataba de un anciano que había sido arrollado por un automóvil en la vía pública y que yacía en el suelo con la pierna derecha completamente destrozada.



Cuando una desgracia de este género sucede en una calle desierta, la primera cosa que se debe hacer consiste en no moverse.

Luego, cuando la pobre víctima a fuerza de gritar ha reunido bastante público, uno debe acercarse despacio como si recién se diera cuenta de la desgracia.

El anciano que trataba en vano de levantarse tenía una magnífica voz de bajo profundo, por lo que el número de personas que se reunieron fué bastante considerable.

Me acerqué. Dije que había asistido al choque. Una señora me sonrió compadeciéndome. Todo esto no duró mucho, y menos de treinta minutos después empezamos a ocuparnos del herido.

Un joven me ayudó a levantar a aquel cortés anciano. ¡Ah éramos verdaderamente dos almas caritativas! Supe más tarde que el joven en cuestión — un verdadero filántropo — había aligerado al herido de algunos objetos que hubieran podido por su peso, hacer difícil la conducción, especialmente de una libreta de cuero que se asemejaba a una cartera...

Nos dirigimos a la comisaría más cercana al lugar de la desgracia. Yo pensaba, mientras tanto, en Rosalía y en mi medalla...

El anciano se dió vuelta y me dijo:

—Le doy las gracias, señor... Ahora puede dejarme... Debo ajustarme mi pobre pierna.

Pensé que el choque y los dolores agudos que había sufrido le hubiesen transtornado el juicio a aquel pobre diablo. Naturalmente, me guardé bien de dejarlo andar solo y proseguimos.

¡Al fin podía esperar la famosa medalla!

El anciano insistió:

— Le ruego que me deje... Ya le he dicho que quiero acomodarme la pierna.

No quise contrariarle y respondí:

— Sí; sí. En seguida...

Aceleré un poco el paso porque deseaba entregar la víctima al comisario antes de que la crisis fuera peligrosa.

Pero mi protegido se negó a proseguir, parándose en un zaguán.

Dos

Por MAX

Ilustró



Desde mi puesto de observación vi a mi víctima colocarse tranquilamente su pierna y salir caminando...

Carcajadas Francesas

ALEX FISCHER

—En resumidas cuentas, ¿quiere o no dejar que me arregle la pierna?... Por última vez le pido de un modo cortés que me deje acomodarla. No quiero que se me arruine por completo.

Traté de convencerlo, pero él montó en cólera. Con una fuerza de la que no lo hubiera creído capaz por su avanzada edad, me propinó dos soberbias bofetadas que me lanzaron a diez pasos de distancia.

Desde mi puesto de observación, vi a mi víctima colocarse tranquilamente su pierna y salir caminando tan campante.

Tengo verdaderamente motivo para lamentarme de mi mala suerte. Aquél señor llevaba una pierna mecánica articulada, último modelo.

BUEN SENTIDO

Carta abierta al director de un diario de la mañana:

"Distinguido director:

"Desde hace un tiempo nuestros políticos no hablan más que de la necesidad de realizar economías en los servicios del Estado.

"Creo que será permitido a un ciudadano sugerir una importantísima reforma, en la cual evidentemente no se ha pensado. Se trata de una economía en el servicio ferroviario

"Para que los trenes puedan marchar con alguna probabilidad de no chocar con otros trenes, son innegablemente necesarios jefes de estación y los maquinistas y fogoneros...

"Pero ¿para qué, Dios mío, los ferrocarriles del Estado continúan manteniendo a los inútiles guardas? Por poco que usted haya viajado no ignorará la misión de estos empleados. Estos odiosos individuos entran en el compartimiento del viajero durante el viaje, piden el billete y practican en él un pequeño agujero con una especie de tenaza.

"¿Cuál puede ser la utilidad de esto? Confieso que no lo sé. Admitiendo que el agujerito en cuestión tuviese alguna utilidad, ¿no es verdaderamente absurdo pagar a un numeroso personal sólo para cumplir un trabajo tan fácil y tan sonso?

"Se me contestará: — Resulta más conveniente comprar los trocitos de cartón intactos y hacerlos marcar por el guarda.—¡Pero esto no es cierto! He interrogado recientemente a un fabricante de cartón:

"— ¿A qué precio — le he dicho — podrían venderme algunos trocitos de cartón que tuvieran la forma de los billetes de ferrocarril?

"— A razón de un franco el mil.

"— Gracias; ¿y cuánto me costarían con uno o dos agujeritos?

"— A razón de un franco y dos centésimos el mil.

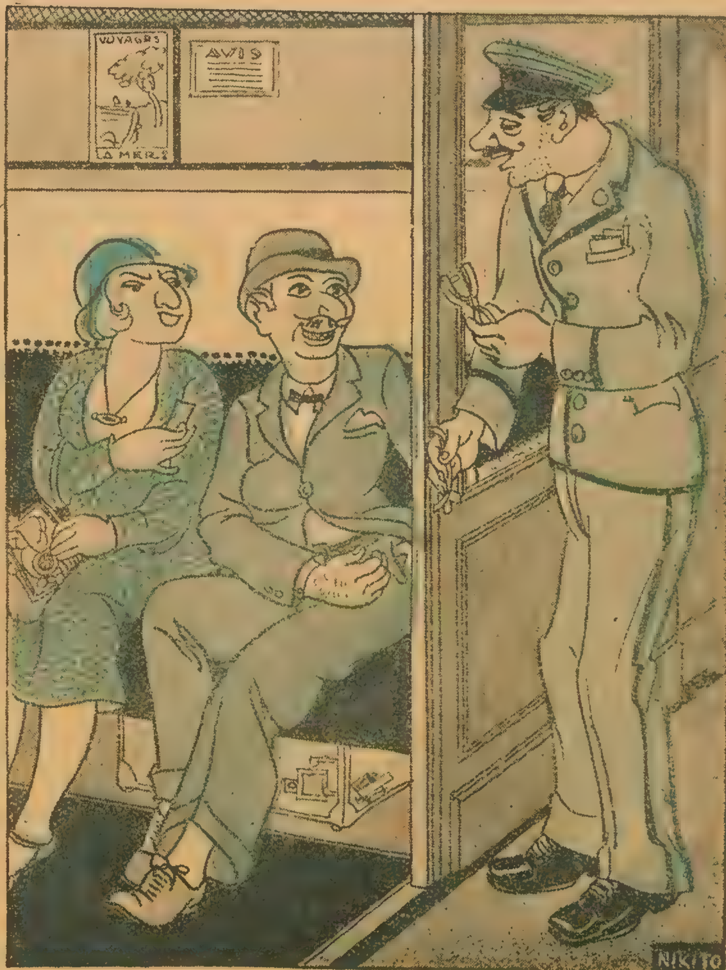
"No pienso insistir, pero el estado haría una economía enorme comprando los billetes ya perforados y ahorrándose el sueldo de los guardas.

"Espero que estas consideraciones de un ciudadano de buen sentido no estén destinadas al canasto.

"Agradeciéndole la publicación, me despido

Fulano de Tal."

FIN



NIKITO

"Sandalio"

(Continuación de la página 43)

—sin que "Sandalio" hubiera hecho otra cosa que alguna simple "jarana", —manifestó, no sin cierto desencanto de su amor propio no sometido a prueba:

—¡Bah, si lo qu'es éste, es una uveja! Si ya'staba entregau...

Han llegado ya las vacaciones.

Al despertar de la primera mañana, mando echar al corral la tropilla de "puros".

Miro para todos lados, y "Sandalio" no aparece.

(El patrón, que está a mi lado, cambia con el capataz Espíndola una mirada de inteligencia.)

—¿Y "Sandalio"? —alcanzo a preguntar con la voz estrangulada por una creciente angustia.

—¿"Sandalio"? — repite Espíndola —el patrón le va'decir...

Y el patrón, no sin cierta dificultad, explica:

—"Sandalio", amigo, está cumpliendo con su deber. Es caballo de carrera y su misión está en el hipódromo. Está en La Plata y ya se varea fuerte. Parece que va a salir parejito. Va a ganar mucha plata para usted, que es su patrón. El importe de los premios que gane, se le va a depositar en el banco a su nombre, para cuando sea mozo.

Hay un gran vacío en mi espíritu.

Comprendo y no alcanzo a comprender.

No contesto nada, y me quedo mirando un poste del alambrado.

Es el primer desencanto de mi vida.

La noción dolorosa de la primera injusticia. Más dolorosa y amarga porque debe aceptarse sin rebeldías.

¿Cómo? Le regalan a uno un potrillo. Se lo dan a uno, supongo que para que uno haga con él lo que se le antoje. Y al cabo salimos con que disponen de él sin consultarlo a uno... Es decir, entonces, que uno es el dueño de un potrillo del que no es el dueño. Le regalan a uno un potrillo. Y cuando se hace caballo lo mandan por ahí sin que uno siquiera lo haya podido montar ni una sola vez para darse un galope en él... ¡Bah!..., ¡bonito modo de hacer regalos! ¡Qué demonios se me importa del banco ni de la plata que gane "Sadalio"! ¡No la quiero, caracho! ¡Que se la guarden!

(Y como se me ha enseñado que no lloran sino los cobardes, ahogo un sollozo y me trago unas lágrimas...)

Una clase de belleza

(Continuación de la página 49)

que no puede ser fácilmente alterada. Sus expresivos ojos, bien delineados labios, definido contorno facial, y equilibrados rasgos, son tan característicos, que un cambio de maquillage y peinado debe ser muy radical para hacer variar su tipo. Por lo tanto, aquellas lectoras que posean las peculiaridades físicas de Dolores del Río, hallarán más facilidad y ventaja en acentuar los rasgos salientes de su personalidad "básica" que en tratar de adoptar otra diferente.

Josefine Hutchinson, por lo contrario, pertenece al tipo que podríamos llamar flexible. En la foto del centro, lleva el cabello partido al medio, y arreglado en grandes ondas que terminan atrás en rulos sueltos. Su peinado y maquillage forman un cuadro de graciosa feminidad. Los afeites han sido empleados con discreción. Ligeros toques de lápiz en las cejas, *rimmel* en las pestañas y *rouge* en los labios, armonizan con la sencillez del peinado. La sombra alrededor de los ojos, ha sido reemplazada por un ligerísimo toque de aceite en los párpados, que aumenta el brillo de los ojos. El arreglo del cabello descubre la línea de su nacimiento, y da así, altura y amplitud a la frente. Las cejas han sido obscurecidas, pero sin que se alterara su forma o espesor, con lo cual se acentúa también, el efecto de simplicidad y se completa el cuadro de elegante delicadeza.

Observemos ahora la última foto de esta deliciosa estrella cinematográfica. En ella, Miss Hutchinson personifica otro tipo muy distinto. Una generosa dosis de maquillage ha sido empleada en los labios y en los ojos, pero la habilidad de su aplicación, sumada a la línea suave del peinado, expresa una personalidad más joven, alegre e ingenua.

El delicado juego de luces y sombras en las anchas y profundas ondas, brinda un fondo perfecto para el maquillage facial. El libre uso del *rouge* acentúa el agradable contorno de los labios de Miss Hutchinson. La generosa aplicación del rimmel, da a sus ojos una expresión ingenua. Las cejas son más anchas en sus extremos interiores, y han sido afinadas y alargadas hacia el exterior.

Una raya al costado da a la frente, la ilusión de altura. Ondas suaves descienden en cascadas en la parte superior de la cabeza. La segunda onda está situada sobre las orejas, y pequeños rulos se forman en las sienes. Las puntas del cabello han sido recogidas en rulos muy sueltos.

En todos los casos es imprescindible que el peinado y el maquillage estén en perfecta armonía. Ambos deben poner de relieve el aspecto de la propia personalidad que se desee subrayar. No se cometa nunca el error de llevar un peinado juvenil con un maquillage de atrevido modernismo. Cuando se trate de enfatizar una personalidad ingenua, no se elijan trajes aventurados o perfumes exóticos. Estos últimos deben reservarse a las actividades nocturnas, cuando aun niñas jóvenes pueden adoptar un ligero aire de madurez sin parecer ridículas. Cuídese siempre de que el maquillage y el peinado armonicen, y de que el vestido esté de acuerdo con el tipo que desee adoptarse. A nadie se le ocurriría llevar un sombrero de sport con un traje de noche. ¿Por qué tratar de lucir un peinado de complicada elegancia con un maquillage juvenil?

En manos de cada mujer está la elección del tipo que ella quiera hacer propio. El peinado y el maquillage pueden convertirla en orgullosa, serena, moderna, ingenua, según sea la ocasión. ¿Por qué entonces no apelar al más antiguo de los remedios, contra ese molesto ataque de depresión que a veces se empeña en visitarnos? Renovémonos mediante un peinado original y el maquillage que con él armoniza.

¿QUIÉN LO DIJO?...

POR

MAX SABELOTODO

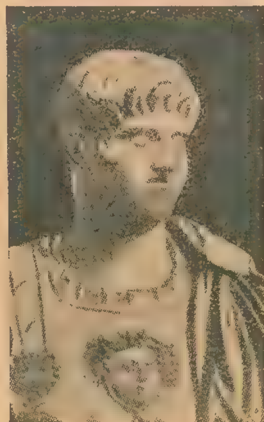
Locuciones, refranes, aforismos y frases célebres desfilan por aquí, proclamando su verdadero origen unas veces, y negando otras el que les atribuye la versión popular, aceptada con frecuencia hasta por los "eruditos", que los utilizan de segunda mano.

● ●

¡QUE ARTISTA MUERE CONMIGO!...

ESTA EXCLAMACION

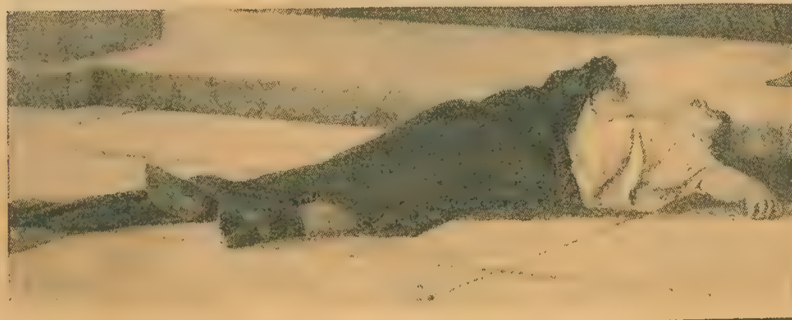
pertenece al famoso emperador romano Nerón, y fué proferida en latín del siguiente modo: "Qualis artifex pereo!"



Lucio Domicio NERON,

emperador romano, fué el sucesor de Claudio. Exaltado al gobierno, practicó en principio con dulzura los consejos de su maestro Séneca. Después, como arrepentido de sus virtudes, comete infamias y crímenes que exceden los límites de la más generosa imaginación. Hace envenenar a su hermano Británico y asesinar a su madre Agripina, y desde entonces se apodera de él el desenfreno, que lo convierte en un histrión.

Piensa en su laringe, en el instante de su muerte, e intenta en vano reproducir una nota musical, pues rodeado de una corte de aduladores, ha vivido alimentando la ilusión de su genio, y entonces exclama: "Qualis artifex pereo!" ("¡Qué artista va a perecer!"), frase que ha perdurado como la expresión de una insensata jactancia.



Christian Christensen

(Continuación de la página 30)

guien que está en comprometida situación, no sé cómo saldré después. El fondo acecha, tira, anuda y se corre de veras serio peligro. Pero, ¡qué le vamos a hacer..., eso me gusta!

Así, sencillamente, habla el profesor más antiguo de natación que existe y vive en nuestro país.

Y se ríe. Una risa infantil y buena juega siempre en su noble rostro, viril y lleno de vida. Y nos dice:

—Los muchachos son muy bromistas. Se ríen y juegan pequeñas bromas al viejo Christensen. Pero el viejo Christensen es el que a la postre ríe último y mejor. Escuchen esto ustedes. Un día en la pileta, el nadador William Camet, un gran nadador, sin disputa, quiso hacerme una broma. Dijo:

"—Vamos a jugar con el viejo. Yo me tiro al agua y hago como que me ahogo, y cuando venga a sacarme, yo disparo. Nos vamos a reír.

"Dicho y hecho. Se tiró y comenzaron los gritos. Yo, sin saber quién era el que gritaba, me tiré a sacarlo. Lo reconocí. Era el gran nadador, dispuesto a una jugarreta. "¡Ah, sí —me dije, — pues ahora verás!" Camet no puede nadar mucho tiempo debajo del agua, y yo, en cambio, resisto hasta tres minutos. Lo alcancé, entonces, y sin hacer caso de sus protestas, nos hundimos bajo el agua, llevándolo bien agarrado. Entonces, después de los minutos del caso, lo salvé de veras... ¡Como que lo había salvado a la fuerza! Desde entonces ya no me hace más bromas, no.

El profesor Christensen, dinamarqués, con muchos años de residencia en nuestro país, campeón, atleta completo, nada en veintitrés estilos diferentes. Ningún secreto de la profesión le es desconocido. Pescador de vidas, ha salvado a mucha gente. Su presencia en el balneario de Quilmes es una garantía de seguridad. Salva a los que se ahogan y los liberta poco a poco de la asfixia, pues entre sus conocimientos, el profesor Christensen tiene los de ser auxiliar médico en los casos de prolongada inmersión.

Así es el profesor Christian Christensen, que tiene nombre de capitán de barco, de antiguo barco, de fragata empavesada de cuatro palos, de buque escuela, en fin. Un hombre que sólo habla de ondas y de olas, de braceos y de salvamentos. Un hombre que pesca vidas, despreciando la propia, y que tiene en sus cincuenta y dos años duros, fatigados y espléndidos, un magnífico desprecio por la muerte y un amor romántico por la vida.

Miseria

(Continuación de la página 26)

A la hora se asomó un hombre vestido de blanco cuyo guardapolvo mostraba algunas gotas de sangre. No había más que verle la cara para darse cuenta de lo que había ocurrido. Aquel hombre puso una mano sobre el hombro de Carloe y no pronunció más que esta elocuente palabra:

—¡Valor!

Carlos se abrazó a él y lloró con el desgarramiento de una criatura abandonada.

Después, como un sonámbulo, comenzó a bajar las escaleras del hospital. De pronto vió que delante de él se detenía una niña de unos catorce años y que tenía un vago parecido con él. La niña, serena, aunque intesamente pálida, venía acompañada de una mujer pobremente vestida. Como viera Carlos que su hija, porque aquella muchacha no era otra que su hija, lo miraba fijamente y no le decía una palabra, intentó abrazarla, al tiempo que balbuceaba:

—¡Se nos fué para siempre, nena, para siempre!

Mas la niña se echó hacia atrás para evitar el contacto de aquellas manos, como si se tratara de esquivar un animal monstruoso. Sus ojos fulguraron de ira. El viejo rencor de su madre resplandecía en sus miradas, y con los labios apretados de rabia, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡No me toque! ¡Usted no es mi padre! ¡Usted es solamente el asesino de mi madre!

—Pero, nena, ¿qué decís? ¡Soy tu papá, querida!

—¡No, no! ¡Le digo que no me toque! ¡Usted ha muerto para mí, y mi odio ha de acompañarlo más allá de su muerte!

Carlos, aterrado, sintiendo que el mundo trepidaba bajo su pies, se lanzó como un loco hacia la calle. Anduvo sin rumbo, cruzando calles y más calles, hasta que llegó al río.

Y el río, piadosamente, lo acogió en su seno.

FIN

El consejero de los novios

(Continuación de la página 60)

1º—**VOLVERA** si tiene interés; pero seguramente dejará pasar un tiempo. Después de lo ocurrido con su hermana no es digno ese joven de que se le tenga mucha confianza.

2º—Puede darle a su novio esa prueba de afecto, si tal es su deseo.

Contestando a "Una de 18 quiere a su negro de 28", y "Quieres que te bese", de Capital.

● ●

LOS ANILLOS deben entregarse antes de que asistan los convidados a la reunión en que se festejará el compromiso. Sus poesías, aunque lo lamento, no se publicarán.

Contestando a "Ingenuo", de Rosario.

● ●

¿QUE DEBE HACER? Esperar a que ese niño caprichoso y travieso, que se llama Amor, hiera su corazón con una de sus certeras flechas que lo saque de ese estado letárgico.

En cuanto a su poesía, el diagnóstico debe ser fatal; no se publicará, lo lamento.

Contestando a "Admirador de Nenúfar", de Capital.



PAGINAS OLVIDADAS

A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán, ¿quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera?

¿Has llorado por mí, cuando otra mano
limpia el polvo a la crin de tus melenas?
¿Recibes las caricias siempre ufano?
¿Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagadundo,
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es
es el aliento de la vida humana, [gloria,
la constante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
Con renegridos ojos y cabellos,
esclavo el corazón sus hijas dejan.

Crecen allí las flores y las mieses
sin el cansancio de la frente humana,
y señala el camino de los meses
fruto sabroso que perfume emana...

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella
[aurora
cuando llegando a la ventana mía,
hallaste mi cabeza indagadora
ante el libro doblado, que mentía?

Ya del Oriente el resplandor velaba
del lucero de amor la mustia lumbre,
y la aromada brisa que reinaba
el pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto
mi ser me pareció: tendí los brazos,
y sólo sombras y silencio quieto
halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,
que en mi inocente corazón nacía,
y a mi joven incauta inexperiencia
placeres y deleites prometía.

¡Placer! ¡Deleite! Espinas y dolores
sólo encontré cuando clavé los ojos
en los de una mujer, tan seductores,
que alfombra hizo a su pie de mis
[despojos.

¡Oh! Yo la amé cual se ama la pri-
[mera,
la vez primera que el amor sentimos,
cuando está el corazón en primavera
y al sol de las pasiones nos abrimos.

La idolatré y hasta la estampa leve
besé de sus pisadas vagorosas
sobre la hierba de la senda breve,
formada de jazmines y de rosas;

y en el aroma de mi patrio río
cuando ella entre las bellas argentinas,
en las auroras dulces del estío
se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
más de una vez has inundado el seno
de otro alazán fogoso y diligente,
con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas a las suyas confundidas
se vieron muchas veces en la arena,
cuando en voces del alma desprendidas
conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
por mi amada en los campos preferido,
y el paso redoblabas placentero
de mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez, desde tu inquieta
[espalda,
de flores despoblé la enredadera
para adornar su sien de una guirnalda
que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria ha-
[llabas
puesto ya el sol, su calle y su ventana,
e inclinando la frente te parabas
ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó!, del pobre desterrado,
en el variable pecho de la bella,
no hay ni un recuerdo del amor pasado,
ni en sus paternos campos una huella.

JUAN MARIA GUTIERREZ

Cartas de un argentino que se enoja

La República Argentina no puede actuar como simple comerciante

Señor Director:

Hay entre nosotros gente que parece complacerse ante las trágicas amenazas de guerra que se ciernen sobre Europa cuando escribo esta carta, y que espero no se hayan convertido en realidad cuando esta carta se publique. Los he visto restregarse las manos ante las perspectivas bélicas. "Los argentinos vamos a pura ganancia" — les he oído decir. — "Venderemos bien nuestras carnes, nuestros cereales"... El recuerdo de los exorbitantes precios que alcanzaron los productos agropecuarios durante la pasada guerra hace olvidar a muchos el pavoroso panorama humano que el mundo volverá a presentar, si no se conjuran las actuales amenazas. Y los hace olvidar también de circunstancias económicas notorias, como la crisis que atravesamos, consecuencia auténtica de la conflagración mundial.

Pero no sólo, señor Director, he recogido ese concepto en los comentarios corrientes. Un reputado cronista, al aludir a las conversaciones de Ginebra, sugería recientemente a los países que tienen carne para vender, la conveniencia de permanecer en silencio. Es decir, de no comprometer opiniones que pudieran malquistarlos con cualquiera de las naciones en pugna, probables clientes en caso de guerra. Según la sugestión de tal cronista — que felizmente no es argentino, aunque escribe en diarios argentinos, — nuestro país debía contemplar la actual situación europea exclusivamente como un negocio. El representante nacional ante la Sociedad de las Naciones, en vez de contribuir con su granito de arena a la solución pacífica del conflicto como seguramente contribuirá, debería esperar tranquilamente que la guerra estallase, para luego presentarse a las naciones beligerantes y ofrecerles los productos argentinos.

No es la primera vez que censuro desde aquí esa nociva tendencia a fundar la prosperidad nacional en la miseria de Europa, tendencia que desgraciadamente está bastante generalizada. Cuando la crisis actual comenzó a dejar sentir sus efectos entre nosotros, fué fácil advertir hasta qué punto resultaba peligrosa la casi absoluta supeditación de la economía argentina a las cambiantes necesidades de los mercados extranjeros. En vano tratamos de reconquistarlos a veces con embajadas demasiado onerosas. La necesidad, por fin, nos enseñó a organizar nuestra economía en otra forma, vinculándola más íntimamente con el propio consumo. Hicimos el maravilloso descubrimiento del mercado interno, causal de la prosperidad norteamericana de antes de la guerra.

Hicimos también otros descubrimientos maravillosos. Los arrendamientos rurales eran excesivamente altos, las máquinas agrícolas de tracción a sangre resultaban más económicas que las de tracción mecánica, los elevadores de granos abarataban la cosecha. En fin: descubrimos que todo el mecanismo de nuestra riqueza agropecuaria estaba artificiosamente fundado todavía en los fabulosos precios de la guerra. Y como era lógico, tratamos de ajustarlo a la nueva realidad económica, destinada, sin duda, a perpetuarse, con ligeras variantes, por largo tiempo. Abaratamos, en otras palabras, la producción de suerte que los bajos precios resultasen remunerativos. Aprendimos a cosechar a más bajo costo. Y lo mismo podemos decir de todas las demás industrias, sin exceptuar las manufactureras. Estoy seguro de que todas ellas han alcanzado durante estos años de crisis un grado de perfección que, por cierto, no conocían.

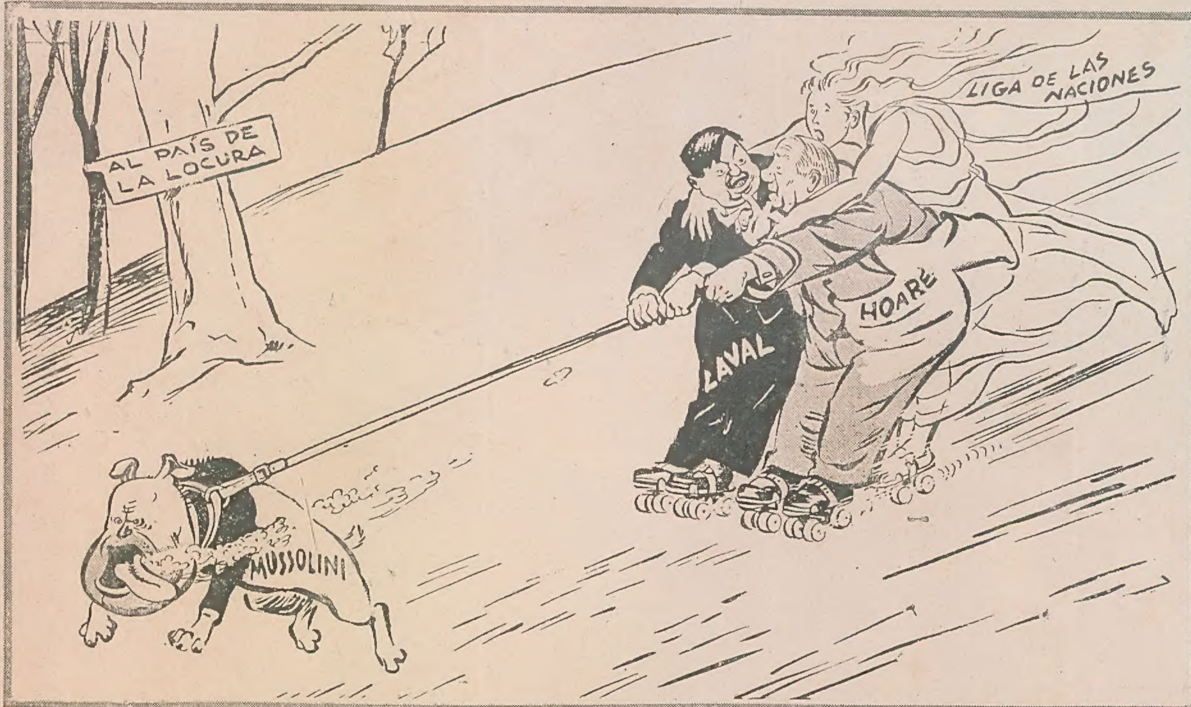
Hemos logrado, por culpa de la crisis, cierta ponderable independencia económica. Es mejor eso que la fugaz prosperidad creada por una guerra, cuyo epílogo inevitable es la más espantosa miseria. Recordemos, además, que la supervalorización de hace años no benefició por igual a todos los argentinos. La numerosa clase media que vive de empleos, nacionales o particulares, no vió aumentar sus sueldos mientras contemplaba cómo los alquileres y los comestibles se iban a las nubes. Muchos comerciantes vieron restringidos los negocios por culpa de la sensible merma que sufrió la importación. Y todo esto si nos colocamos en el plano exclusivamente materialista.

Pero no es ese el plano en que debemos colocarnos. La República Argentina, país de tradición generosa e idealista, no puede actuar en Ginebra como un simple comerciante de carnes. ¡Ningún argentino puede sostener eso, señor Director! Pocas palabras quizá tengamos que decir en el terrible entrevero actual de las grandes potencias de Europa. Pero si llega el caso de decirlas, esas palabras deben ser sinceras y leales, de acuerdo con nuestra tradición internacional. Saben mis lectores que yo soy poco amigo de que nos mezclemos en los asuntos de Europa. Y a propósito: ¿no sería más oportuno que nos ocupásemos un poco — me refiero al simple comentario — de la paz americana, que no parece aún definitivamente asegurada? ¿No acaba de exclamar el presidente de Bolivia, según información de los diarios, que la guerra *no ha terminado? Y el delegado argentino en Ginebra, que declaró que la guerra del Chaco había terminado, ¿no tuvo que rectificar en el sentido de que "las hostilidades" son las que han terminado? La probabilidad de que la guerra del Chaco no se haya efectivamente terminado constituye para nosotros los americanos una perspectiva tanto más siniestra que la que nos ofrece Europa.*

Argentino D. Veras

Mundo Argentino EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES
Dirección y Redacción: RIO DE JANEIRO 300 — U. T. 60, Caballito 1020-29
EMPRESA EDITORIAL HAYNES LIMITADA S. A.

El CONFLICTO ITALOETIOPE en la CARICATURA



1 **HOARE A LAVAL. —** Sospecho que hemos estado perdiendo tiempo con tantas conversaciones.

De "Evening Standard"



3 **LA LIGA DE LAS NACIONES. —** ¿No oye los gritos de esa pobre víctima?
JOHN BULL. — ¿Qué gritos? Yo no oigo nada.

De "La Stampa"



¡Acabemos con la esclavitud!... Vamos a Etiopía....

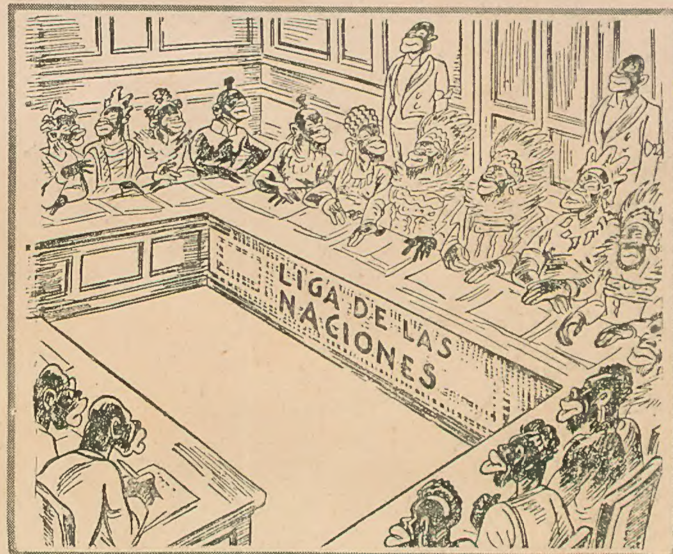
2 **UNA HISTORIA SIN PALABRAS**



LA MODA DE ADDIS - ABEBA 4

La paz que quisieran hacer triunfar.

De "Gazzeta del Popolo"



5 **Lo que la Liga será en breve, si se sigue a este paso.**

De "Guerin Meschino"

OPINIONES BRITANICAS

(1) En la Gran Bretaña se considera que la determinación de Mussolini de atacar a Etiopía, tendría forzosamente que arrastrar al imperio, conjuntamente con Francia, hacia una guerra insensata, propia de dementes, en defensa de los principios que dieron origen a la Liga de las Naciones. Al no asumir una actitud enérgica en un principio, Hoare y Laval permitieron que los acontecimientos adquiriesen un impulso difícil de contener.

(2) El pretexto italiano de que los etíopes no merecen ser considerados como miembros de la Liga por su carencia de civilización, es satirizado en esta historieta, que señala al Duce como dispuesto a abolir la esclavitud en Abisinia mediante el sistema expeditivo de destruir al pueblo esclavizado.

OPINIONES ITALIANAS

(3) La prensa de Italia expresa su punto de vista sobre la intervención británica en el conflicto italoetíope, no justificando una guerra de conquista, sino comparándola con lo ocurrido en Extremo Oriente, donde la Gran Bretaña trató de muy distinto modo la agresión japonesa en China, que tiene mucha semejanza con lo que ocurre en Africa.

(4) Abisinia, país de esclavitud, no es digna de tratar en pie de igualdad con la Italia fascista, y sus proposiciones de paz son un ramo de olivo inaceptable a la conciencia civilizada.

(5) El hecho de que a Abisinia, miembro de la Liga, se la ha escuchado a la par de Italia, ha despertado sorpresa y rencor en quienes niegan derechos a las pequeñas naciones.

Impreso en los Talleres Gráficos de la Empresa Editorial Haynes Ltda., S. A.